ELISA MAYO

NO ME TOQUES LA CORBATA



NO ME TOQUES LA CORBATA

Elisa Mayo

© No me toques la corbata
Elisa Mayo
Edición, mayo 2026
ASIN:
Maquetación y deseño de cubierta: Elisa Mayo
Imágenes de cubierta: Adobe Stocks / Canva

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mi marido,
porque, pase lo que pase, siempre está ahí.
Y a su camiseta de Homer Simpson,
prenda que me dio la idea para esta historia.

ÍNDICE

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

OTRAS PUBLICACIONES DE LA AUTORA:

PRÓLOGO

—No, lo siento. No participo en tríos. Gracias de todos modos por la invitación —contesté.

Era la segunda pareja que me lo ofrecía esa noche. Llevaba apenas media hora sentada a la barra, con un Margarita entre los dedos y jugueteando con mi móvil. Quizá fuese que, en realidad, no debía haber salido, porque estaba exhausta, pero tampoco quería quedarme en casa un viernes por la noche; ya tenía ese plan para el sábado.

El club era tranquilo, podía ir sola sin que pareciera raro y nadie se molestaba si la respuesta a su propuesta era un «no». Esas eran las reglas. Si solo quería beber una copa, podía hacerlo sin tener que entrar al trapo. Supuse que, sin pretenderlo, esa era mi intención aquella noche, porque no estaba por la labor de fijarme en los hombres que había en la sala. Era como estar en una aplicación para ligar, pero cara a cara y en directo.

Estaba divorciada y no tenía tiempo para perderlo en conversaciones estúpidas o en aguantar las tonterías del tipo de turno. Allí ibas a lo que ibas, y sin salir del local.

La parte principal era el bar, con una barra larga en forma ondulada, una pequeña pista de baile y mesas con sillones para entrar en materia mientras tomabas una copa. Todo iluminado de forma tenue que se complementaba con música suave y sensual. Como en ese momento, que sonaba *Paradise*, de Sade. Canción que me encantaba. La parte interior se dividía en habitaciones, como un pequeño hotel, donde podías seguir con lo que habías empezado, previo pago de la estancia por horas. Sí, un club para ligar y follar, ya fuese en pareja o más personas implicadas en la juerga.

Llamé al camarero para que me pusiera otra copa. Me sonrió y me ofreció lo que le había pedido. Justo en el momento en que me

llevaba el borde salado a los labios, una voz me llegó desde el lado izquierdo.

—¿Puedo? —Señaló el taburete que había junto a mí.

Lo miré. Tenía una sonrisa bonita. Y tímida. No lo había visto por allí con anterioridad. Supuse que no era asiduo a aquel lugar.

—Claro —sonreí.

Retiró la banqueta y se sentó con movimientos lentos. Llevaba una camisa blanca arremangada hasta los codos, dos botones del cuello desabrochados y unos pantalones oscuros. No estaba nada mal.

—Me llamo Ander. —Me ofreció su mano.

—No deberías usar tu nombre real en un sitio como este —contesté al estrechársela. Su piel era suave y estaba tibia.

—¿Cómo sabes que es mi nombre real?

—Porque uno no dice llamarse así si no es cierto. —Sonreí de forma amable.

—De acuerdo. Entonces, soy… Hans. ¿Mejor?

—Mucho mejor.

—¿Y tú eres…?

—Brenda. Encantada de conocerte. —Soltamos las manos en ese instante—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, claro. —Levantó la cabeza y le hizo una señal al camarero —. ¿Puede ponerme lo mismo que a la señorita? —El otro asintió y se apartó para preparar el cóctel—. Y dime, Brenda, ¿cuál es la dinámica de este sitio? —preguntó, cordial.

—¿Nunca has estado en un lugar como este?

—Sí, pero cada uno tiene sus normas.

Me hizo gracia. No parecía azorado ni cortado por no saber cómo funcionaba el asunto, y parecía de verdad interesado en que yo se lo explicara.

—Es sencillo. Es un bar para ligar, follar, intercambio de pareja, tríos, cuartetos y hasta orgías. Aunque estas últimas hay que programarlas con el local. Solo hay un par de salas grandes para acoger a un grupo numeroso de personas.

—¿Has practicado todas las modalidades? —Levantó una ceja, divertido.

—No. No me gusta el sexo con tanta gente de por medio.

—Y, ¿qué es lo que te gusta, Brenda? —Me miró directamente a los ojos.

—Follar a lo bruto y largarme a casa a dormir, sola.

—Me parece un buen plan.

CAPÍTULO 1
Sexy and Athletic

Maya

Bolso, llaves, móvil… Bien, todo en orden. Los lunes que debía recoger del colegio a mis hijas eran un tanto caóticos. Después de una semana sin ellas, el piso parecía otro; mal que me pesara, necesitaba el fin de semana para descansar, en cambio, me lo pasaba limpiando y organizando porque sabía que, con las niñas y el trabajo, poco podía hacer.

Llevaba casi dos años divorciada del padre de mis hijas y, a veces, aún me costaba acordarme de los horarios. Teníamos la custodia compartida, y las niñas pasaban una semana con cada uno, aunque los miércoles siempre iba a verlas para pasar la tarde con ellas, y mi ex, Iker, hacía lo mismo cuando estaban conmigo. Nos llevábamos, más o menos, bien; no éramos amigos pero tampoco enemigos. A fin de cuentas, habíamos estado juntos más de doce años y teníamos dos hijas en común. Aunque la separación fue un tanto… incómoda para ambos.

Salí de casa con el tiempo suficiente para meterme de pleno en el tráfico de la ciudad y llegar a la oficina. Era publicista en una empresa mediana del sector. Me había costado mucho esfuerzo llegar a donde estaba y adoraba mi trabajo, estudié para ello y no estaba dispuesta a renunciar a mi carrera. Sí, ese fue el motivo por el cual me separé. Iker pretendía que me quedara en casa con las niñas, mientras él se dedicaba a trabajar. No estuve de acuerdo. Además, en los últimos tiempos, ponía pocas ganas en el sexo con la excusa de estar cansado. Yo también lo estaba, pero me gustaba para relajarme, para acabar bien una jornada llena de estrés, horarios impuestos y la cabeza a mil por hora.

Entré al edificio por el *parking*, donde tenía una plaza, cortesía de la empresa, y subí en el ascensor hasta la séptima planta. La recepción estaba a oscuras, solo las luces de emergencia iluminaban la estancia. Traspasé la puerta que daba a mi departamento y me dirigí a mi despacho, que estaba al fondo de la zona común, donde mi equipo trabajaba a diario.

Era la directora de Grandes Cuentas, con cuatro personas a mi cargo. En los últimos años, habíamos conseguido clientes muy importantes y, Martín, el director general de Publicidad, decidió reunir todas esas cuentas en un mismo departamento: el mío. Tanto habíamos crecido que ese mismo lunes teníamos una reunión para conocer a un nuevo miembro del equipo. No me había contado nada con respecto a él, o ella, ni siquiera sabía eso, aunque era lo de menos. Lo de más era que, cuando me dijo que estaba negociando las condiciones del contrato laboral, me pillé un buen cabreo, porque… ¿cómo contrataba a alguien para mi departamento y no me tenía al tanto? Me dijo que ya me lo explicaría cuando llegara el momento, así que claudiqué. Martín no solía hacer las cosas porque sí, siempre había una razón de peso para ello, por lo que tuve que callarme y aguantar. La espera acabaría esa misma mañana.

Preparé mi *tablet* para la reunión, repasé el correo electrónico y me cercioré de que los temas pendientes estuvieran ordenados en mi mesa para trabajar en ellos en cuanto Martín diera por finalizado el comité de bienvenida al nuevo miembro.

Me dirigí a la sala del café y me preparé uno bien cargado.

—Ey, jefa, ¿qué tal el fin de semana? —Oí la voz de Lucas a mi espalda.

Me giré y le sonreí.

—Bien. Tranquilo. ¿Y el tuyo?

Se encogió de hombros y se acercó para tomar también su brebaje energético.

—Genial. He estado currando en el proyecto de NQ.

—Eh, dijimos que nada de trabajo en casa —lo amonesté.

—Sí, ya, pero se me ha atascado el nuevo eslogan y quería darle unas vueltas.

—No te preocupes, después de la reunión nos ponemos con ello.

Asintió despacio y se apoyó en la encimera de la pequeña cocina.

—Espero que el nuevo no sea un problema para el departamento.

—No lo creo. Martín tiene muy clara nuestra filosofía de trabajo y no metería a nadie que no cumpliera con los requisitos que él mismo integró.

—En eso tienes razón.

—Siempre la tengo. —Le ofrecí un guiño de ojo y me dirigí hacia la salida—. Nos vemos luego.

A pesar de que yo también tenía mis dudas al respecto, no quería que los demás vieran el cambio como una «amenaza»; eso podría desestabilizar el buen rollo y la dinámica de trabajo que habíamos conseguido. Pero también era cierto lo que le había dicho: Martín era el primero que no querría que eso ocurriera.

La publicidad es un mundo creativo, un trabajo en el que debes dejar que cada persona exprese su opinión; todos aportaban ideas y siempre conseguíamos que encajaran de una forma o de otra. Tanto Martín como yo éramos de pensamientos similares; dejábamos que los equipos hicieran volar su imaginación y eso era lo que habíamos creado en nuestro departamento.

Poco a poco fueron llegando todos. Oía sus saludos, sus risas y el buen ambiente que se respiraba cada día entre ellos. Siempre dejaba abierta la puerta de mi despacho, solo la cerraba cuando me reunía con alguien, así que pasaban por delante y me saludaban antes de sentarse en su sitio.

Martín apareció en el umbral poco antes de las ocho y media.

—Buenos días. ¿Lista? Ya estamos en la sala de reuniones. Os esperamos allí. —Su voz sonó amable, como siempre, aunque noté un atisbo de nerviosismo que me sorprendió.

¿Estaba inquieto?

Mal rollo.

—Buenos días. Claro, enseguida vamos —contesté al tiempo que me levantaba de la silla.

Desapareció de mi vista y yo cogí mi *tablet*. Salí a la zona común y avisé a los demás. Caminaban delante de mí, mientras yo volvía a repasar el correo en mi móvil. Esperaba una respuesta de uno de

nuestros clientes a la campaña que le habíamos preparado y estaba nerviosa porque habíamos arriesgado al salirnos de su zona de confort.

Entré la última a la sala, distraída, y aún con la nariz metida en la pantalla de mi móvil. Oí un carraspeo y levanté la vista. Martín me miraba con una ceja arqueada. Vocalicé un «lo siento» y dirigí mis ojos hacia la persona que había a su lado, de pie.

El corazón me dio un vuelco.

«No puede ser».

Joder.

Mi mente me jugaba una mala pasada.

El hombre que acompañaba a mi jefe era el mismo al que me había tirado el viernes por la noche en el club. El tal Hans/Ander…

Mis pensamientos volaron hasta ese momento. A su cuerpo atlético, a sus manos fuertes, a su lengua húmeda y caliente recorriendo mis hombros mientras me embestía desde atrás. Cuando me levanté el sábado, parecía que me había atropellado un camión. Tuve que arrastrarme para ir al supermercado porque tenía agujetas hasta en las pestañas. Dos horas de sexo fuerte y desenfrenado, sin arrumacos ni mimitos, como a mí me gustaba.

Dios, y ahora lo tenía frente a mis ojos.

Junté las piernas por inercia, porque un latigazo azotó mi bajo vientre ante tales imágenes.

—Maya, ¿estás bien? —La voz de Martín me devolvió al presente.

—Eh… Sí, sí. Perdona, pensaba en un correo que estoy esperando —mentí.

—Él es Ander Hunter. La nueva incorporación para el departamento. —Lo agarró del hombro de forma amigable; no me pasó desapercibida la sonrisa cómplice entre los dos. Había algo que no encajaba, además de que aquel tío estuviera delante de mí, claro —. Ella es Maya Blanco, la directora del departamento de Grandes Cuentas. Será tu jefa directa.

—Encantado de conocerte, Maya. —Me ofreció su mano de igual modo en que lo había hecho la noche del viernes.

Aún estaba un tanto aturdida. Y me sudaban las palmas. Con disimulo, me pasé el anverso por los pantalones del traje y se la

estreché. La agarró con fuerza y sonrió de forma tímida. No parecía nervioso pero tampoco impasible. Sabía que me había reconocido y que, de algún modo, estaba pensando en lo mismo que yo.

—Igualmente, Ander. Bienvenido al equipo —me obligué a decir.

Consideré adecuado erguir mi postura, ya que no solía amedrentarme ante situaciones imprevistas. Llevaba años trabajando en un mundo, en su mayoría, de hombres. Había demostrado mi temple y mi profesionalidad en muchas ocasiones, y aquella no iba a ser una escena distinta. No iba a permitir que un polvo echara por tierra todo lo que había conseguido.

—Bien, sentémonos y empecemos la reunión —intervino Martín.

Nos situamos alrededor de la mesa ovalada que gobernaba la sala y el mismo Martín presentó a todo el equipo. Él estaba sentado en la presidencia, y Ander y yo nos acomodamos cada uno a su lado, así que lo tenía frente a mí.

Ander saludó a cada uno de los miembros del departamento con una sonrisa sincera, y a mí me entraron los siete males. Esa era la sonrisa que me había ofrecido mientras charlamos un rato, antes de entrar en una de las habitaciones del club. En la semioscuridad del lugar no había reparado con detalle en su rostro, solo sabía que era atractivo y que me había gustado lo suficiente como para irme a la cama con él. Desde el divorcio no tenía necesidad de intimar más allá de un polvo. Pero allí estábamos, cara a cara, a plena luz del día.

Su barba bien recortada me recordó el cosquilleo que me hizo sentir entre las piernas cuando se hundió en ellas. Sus ojos eran de un azul oscuro muy intenso. Apenas los vi cuando nos conocimos. Prefería cerrar los míos y olvidarme de con quién follaba, además de que lo hicimos todas las veces con mi espalda pegada a su pecho. Así era más fácil.

Jamás me había encontrado fuera del club algún tío con el que me hubiera acostado. Esa era mi intención. Y tampoco me iba a la cama con el mismo más de un par de veces. No quería «exclusividad» ni correr el riesgo de acostumbrarme a un hombre. Eso desencadenaría en algo más íntimo.

Crucé las piernas con fuerza por debajo de la mesa. No prestaba atención a lo que decía Martín, aunque imaginé que después, a solas, me explicaría con calma todos los detalles.

Mierda.

A solas.

Íbamos a trabajar codo con codo.

Debía olvidarme del asunto lo antes posible. Solo había sido un polvo como cualquier otro. ¿O no? Sí, lo había sido. La diferencia radicaba en que en ese momento lo tenía delante, pero estaba segura de que, en cuanto transcurrieran unos días, se me pasaría y quedaría en una anécdota.

—Gracias a todos por vuestro recibimiento. Espero ponerme al día cuanto antes. —La voz masculina de Ander, en un tono más elevado, hizo que levantara la cabeza. Me miraba con esa sonrisa que parecía llevar encima a todas horas. Me esforcé por imitarla.

—Bien, ya podéis volver al trabajo —dijo Martín. Me levanté para dirigirme hacia mi despacho—. Tú no, Maya. Tenemos que comentar un par de cosas, los tres —informó.

—Claro. —Volví a encajar mi trasero en el sillón.

—Antes te dije que te daría todos los detalles con respecto a… Ander —continuó Martín cuando el resto del equipo salió de la estancia. Asentí—. Bien. Ander ha trabajado durante los últimos cinco años en una empresa de publicidad en Estados Unidos. En Nueva York, para ser más exacto. Posee una experiencia sólida y conoce bien las tendencias en creatividad, no tendrá problemas para adaptarse y creo firmemente en que sus conocimientos nos ayudarán con los clientes más importantes, por eso lo he contratado para este departamento. Y, además, es… mi hermano, pero no quiero que pienses que ese es el motivo por el cual está aquí, aunque me gustaría que este dato quedara entre nosotros.

¿Su hermano?

¿Martín tenía un hermano?

¿Me había tirado al hermano de Martín?

Me dieron ganas de hacerme el harakiri, pero no tenía a mano más que el boli; eso no serviría de mucho.

—No te preocupes, no creo que esa sea la razón. Te conozco bien, a pesar de no saber que tienes un hermano. —Sonreí para reafirmar mis palabras.

—Somos hermanos de madre —puntualizó.

—No hace falta que me des detalles, lo entiendo.

Yo, mejor que nadie, sabía que las situaciones personales no tenían por qué intervenir en las profesionales.

—Bien, entonces, a trabajar. —Martín se levantó de su silla, agarró a su hermano del hombro, tal y como había hecho cuando nos lo presentó, y me miró con una sonrisa—. Si no cumple con su cometido, no dudes ni por un momento en comentármelo. Que sea mi hermano no le va a dar privilegios, va a ser uno más. —Y acompañó el comentario con un guiño de ojo.

—No esperaba menos de ti —intervino Ander.

—Ponlo al día de todos los proyectos que tenemos abiertos y dale los que creas convenientes para descargarte de trabajo. Lo dejo a tu libre elección, Maya.

—De acuerdo. —Asentí—. Vamos a mi despacho —le dije a Ander.

Me cedieron el paso para salir de la sala y dirigirnos a nuestros cubículos. Martín se metió en el suyo y yo seguí caminando con Ander a mi lado. Cerré la puerta una vez estuvimos dentro.

—Bien, siéntate. —Le ofrecí la silla que había al otro lado de mi mesa.

—¿Te incomoda mi presencia? —preguntó cuando me situé frente a él.

—No, ¿por qué iba a incomodarme?

—Follamos el viernes. —Así, sin anestesia.

—¿Y? ¿Soy la única mujer a la que te has follado? —Intenté sonar lo más despreocupada posible.

—No, pero… eres la primera con la que trabajo.

Ese dato me gustó. Significaba que no metía la polla donde no debía.

—Por eso no te preocupes, no vamos a volver a hacerlo —sentencié—. Así que, técnicamente, no te has acostado con nadie

con quien trabajas. Follamos el viernes, empezamos a trabajar juntos hoy. —Sonreí.

—¿Y ya está? —Alzó las cejas.

—Ya está, sí. ¿Empezamos? —No iba a darle mayor importancia. Le había dejado clara mi postura.

—De acuerdo —asintió.

Se levantó y se desabrochó la americana; el gesto dejó a la vista la corbata más ridícula que había visto en mi vida. En apariencia, era una corbata negra lisa, pero en la punta llevaba estampado el dibujo de Homer Simpson, desnudo, con sus partes pixeladas y la frase: «Sexy and Athletic».

No pude evitar cerrar los ojos y suplicar al universo para que ese tío, que me había dejado el cuerpo temblando durante casi dos días, no se convirtiera en una complicación.

Terapia de grupo

Houston, tenemos un problema.

Escribí en el grupo de chat en cuanto Ander salió de mi despacho.

Greta
¿Se te han vuelto a enredar las tiras del tanga?

Nora
No pienses en el problema, sino en la solución.

¿Se podía tener dos amigas tan distintas?
Sí. Y, además, las mejores.

CAPÍTULO 2
Tetris

Ander

Me hubiese gustado saber, en el momento en que «Brenda» entró en la sala de reuniones, por qué existen las puñeteras casualidades. ¿Para jodernos la vida? ¿Para reírse de nosotros? ¿Para ponernos un punto en la boca? ¿Para qué?

Me pasé el fin de semana recreando cada uno de los movimientos de su cuerpo pegado al mío. Lo había pasado realmente bien, había disfrutado de una sesión de sexo fantástica. «Brenda» sabía lo que quería y lo pedía, era muy activa y participativa, como yo. Solo exigió una condición: nada de besos tiernos. Lo comprendí. Aquello era sexo puro y duro. No voy a mentir diciendo que fue el mejor sexo de mi vida, sería raro en un primer contacto, porque no te conoces bien, no hay una confianza íntima. Solo fue ejercicio físico con placer, pero estuvo más que a la altura.

Acabé en aquel club por curiosidad. No conocía la ciudad, mi hermano me había dado algunas indicaciones acerca de varios lugares para comer y tomar una copa. Él mismo me había acompañado el fin de semana anterior a un *pub*, pero no era exactamente lo que buscaba. En Nueva York asistía a ese tipo de locales, ya que pasaba muchas horas en el trabajo y no me gustaba ligar por aplicaciones de móvil, así que indagué en internet. Encontré dos que me parecieron correctos. Pensaba visitar uno el viernes y el otro, el sábado. Me quedé en el del viernes.

Nada más acceder al local, la localicé en la barra. Tenía el pelo oscuro y liso recogido en una coleta alta que dejaba al descubierto un cuello estilizado y apetecible. El vestido estrecho hasta las rodillas

parecía llamarme a gritos para que se lo quitara. Me senté a una mesa alta, situada a varios metros de su espalda. Me llamó la atención porque parecía no estar interesada en acabar la noche en una de las habitaciones, la había visto rechazar a dos parejas que se le acercaron, y sentía curiosidad de saber el motivo por el cual estaba allí si no era el sexo.

No es que yo fuera un gallito, pero se me metió en la cabeza que conseguiría llevármela a la cama. Aunque, después, me quedó claro que fue ella quien me arrastró a la zona privada. Sabía a qué se iba a esos clubs, aunque aquel era el primero que pisaba en mi nueva ciudad y no tenía claro si la cosa funcionaba de la misma manera que en Nueva York. Lo básico era igual, solo cambiaba el escenario y las personas.

El resultado era que tenía que trabajar con la mano derecha de mi hermano, después de haberla visto desnuda.

Imaginé que, con el paso de los días, mis cavilaciones se aplacarían y, además, ella había dejado claro que no volvería a suceder. Por supuesto, me pareció la mejor opción, a pesar de no ser la que más me apetecía.

Aparté todos esos pensamientos y me centré en escuchar lo que me contaba respecto a las cuentas de los clientes y en qué punto se encontraban los proyectos que tenían entre manos, aunque no podía dejar de mirar su rostro a la luz que entraba por las ventanas del despacho. Llegué a la conclusión de que, si no fuese una mujer con la que me hubiese acostado, me habría fijado en ella igual.

«Para ya, Ander», me repetí infinidad de veces.

Cuando llegó la hora de comer, respiré de alivio. Mi hermano me había dicho que saldríamos del edificio para despejarnos y picar algo. Tenía que dejar de pensar en la noche del viernes, tampoco debería ser tan complicado. No era que fuera asiduo a ese tipo de encuentros, pero había tenido unos cuantos y no me crearon ningún problema.

—¿Qué tal tu primer contacto con Maya? —me preguntó Martín en cuanto nos metimos en el ascensor.

Si él supiera…

—Bien, es profesional y conoce a la perfección a sus clientes.

—Sí. Es una de las mejores que tenemos. Creo que os llevaréis bien. De hecho, te llevarás bien con todos. Son jóvenes y dinámicos, y tienen muy buena relación entre ellos —me explicó—. ¿Qué te parece si organizamos una cena por tu incorporación? Seguro que les encanta.

—No es necesario, Martín.

—Nada de eso. Lo haremos, así os conoceréis todos mejor.

Tuve que dejarlo correr. Martín era muy cabezota cuando se lo proponía, y cuando no, también.

Nos sentamos a la mesa de un restaurante, frente al edificio de la empresa, y hablamos de asuntos personales y familiares como dos hermanos cualesquiera. Martín y yo siempre habíamos tenido una relación estrecha a pesar de la distancia que nos separaba y de la diferencia de edad, aunque nos habíamos visto poco en los últimos años. Ambos nos habíamos centrado demasiado en nuestros trabajos; él lo llevaba bien, pero yo cada vez estaba más agobiado de trabajar bajo tanta presión y estrés. Cuando, unos meses atrás, me ofreció la posibilidad de incorporarme a la empresa donde trabajaba, solo tuve que lidiar con una duda: mis padres. Pero cuando se lo planteé a ellos, me animaron a marcharme; dijeron que no me preocupara por dejarlos allí, estaban bien. Si era lo que me apetecía hacer, eso era lo importante.

Nuestra madre se divorció del padre de Martín cuando él tenía apenas diez años. Dos más tarde, conoció a mi padre y, cuando mi hermano ya contaba con quince, nací yo. Mis primeros recuerdos son siempre los mismos: corretear tras él porque me parecía el mejor hermano del mundo. Sí, ya sé que no tenía otro, pero Martín era mi héroe. Jugaba conmigo, me enseñó a montar en bici, a nadar, a todo lo que le pedía, nos reíamos a carcajadas… Siempre tenía tiempo para mí, a pesar de que debía estudiar, salir con sus amigos y ligar con chicas.

Separarme de él, cuando yo acababa de cumplir quince años, fue todo un drama. Mis padres decidieron que debían trasladarse a Nueva York para impulsar su empresa de moda. Mi madre había sido modelo y siempre había estado vinculada a ese sector, aunque ya no se dedicaba a ello. Pero había formado una sociedad de diseño con

mi padre y, con sus muchos contactos, consiguió que el negocio creciera de forma muy rápida. Martín ya contaba con treinta años y empezaba a montar su vida; él se quedó y yo tuve que marcharme.

Nos veíamos todos los veranos. Él siempre hacía hueco en sus vacaciones para venir a vernos. Hablábamos por teléfono cada semana y nos escribíamos mensajes a todas horas. No dejamos que nuestra relación se distanciara ni se enfriara. Vinimos a su boda y para el nacimiento de sus dos hijos. Con apenas dieciocho años, me convertí en tío.

Estudié Publicidad porque quería seguir los pasos de Martín. Él me había hablado infinidad de veces acerca de su trabajo y me fascinaba el entusiasmo con el que me explicaba cada mínimo detalle. A sus cuarenta y tres años, tenía una vida acomodada y una familia fantástica. A mí, lo de formar una familia me quedaba un poco lejos, no pensaba en ello, aún tenía tiempo de sobra, aunque todavía no había decidido si ese era el camino que quería seguir en mi vida privada. Había tenido un par de relaciones, pero no habían cuajado del todo, así que prefería mantener relaciones de sexo esporádicas. Aún era joven.

Lo que sí tenía claro era que deseaba volver a España, aunque sabía que debía tomármelo con calma y en serio. La oportunidad vino de la mano de Martín, que me propuso un puesto en la empresa donde era director de Publicidad. Y allí estaba, de nuevo, con mi hermano. La persona a la que más quería y admiraba.

***

El martes me desperté temprano y salí a correr por el paseo marítimo de la ciudad. Martín me ayudó a encontrar un apartamento en el que poder instalarme en cuanto llegara. Aún tenía algunas cajas en medio del salón, pero lo imprescindible ya estaba colocado en su sitio. Viviría en un *loft* de apenas cincuenta metros cuadrados, pero era perfecto y suficiente para mí. Además, estaba a dos calles de la playa. Todo un lujo.

Frente al espejo de mi habitación, con el traje ya puesto para salir, recordé la expresión de Maya al ver mi corbata el día anterior.

No pude más que sonreír, porque me hizo una gracia tremenda que pusiera los ojos en blanco y después los cerrara al reparar en el Homer que llevaba estampado. Me gustaba romper la sobriedad del traje, y lo hacía con esa prenda. Sería divertido ver su reacción a cada una de mis corbatas.

Elegí la que simulaba el famoso juego Tetris y volví a sonreír al ver el contraste de las tonalidades brillantes con la oscuridad de la americana y la camisa. A pesar de que me había dejado claro que no volveríamos a acostarnos, tenía la necesidad de que se fijara en mí de algún modo, y ese me pareció el más indirecto y, a la vez, claro. Supuse que me lo planteé como un reto. No es que me ofendiera su actitud hacia mí, tenía razón, si trabajábamos juntos, no era buena idea volver a follar, pero me atraía, y yo nunca había dejado escapar una oportunidad por muy difícil que me lo pusieran.

Llegué un cuarto de hora antes de que comenzara la jornada. Pasé por la sala del café a dejar el tentempié para la media mañana en la nevera y saludé a dos de mis nuevos compañeros que hacían lo mismo que yo.

—Buenos días, Ander —dijo la chica. Creo que se llamaba Mónica.

—¿Qué tal, colega? —añadió Lucas. En él me había fijado. Era todo desparpajo y siempre sonreía. Me cayó bien desde el minuto uno.

—Buenos días —contesté educado.

—¿Cómo fue tu primer día? —se interesó.

—Bien, un poco agotador. Demasiados datos de golpe.

—Tranquilo, seguro que te habitúas en unas semanas —intervino Mónica.

—Supongo… —Me encogí de hombros.

—Oye, los viernes, al salir, solemos ir a tomar unas tapas y unas copas, ¿te apuntas? —propuso Lucas.

Imaginé que Martín aún no les había comentado el tema de la cena de bienvenida, así que no iba a ser yo quien lo dijera, no era mi cometido.

—Claro. No hay problema.

—Genial. —Levantó el pulgar—. Me voy a currar antes de que aparezca la jefa. —Desapareció por el pasillo en dirección a la oficina.

—Yo también me voy. —Lo imitó Mónica.

Me bebí el resto del café que me quedaba en el vaso de un trago y salí de la estancia hacia mi puesto. Me habían asignado una de las mesas que quedaban libres en la isla central. Todas estaban unidas y, a la vez, separadas por pequeñas mamparas que ofrecían algo de intimidad. En la parte derecha, bajo las ventanas, un sofá y varios sillones, alrededor de una mesa baja, ocupaban parte del espacio. Supuse que hacía las veces de zona de descanso o algo parecido.

Me quité la americana y la colgué del respaldo de la silla. Pocos minutos después, llegaron los otros dos miembros del equipo: Isaac y Nuria. El día anterior, Lucas me dio acceso al sistema interno de la compañía y me dispuse a repasar las tres cuentas que Maya me entregó tras nuestra reunión.

Ella llegó pasadas las ocho y media, y se metió en su despacho con prisa, tras emitir un saludo general. Desde mi posición tenía plena visibilidad de su escritorio y de cómo se movía por la estancia de forma frenética pero elegante. Cada vez que alzaba los ojos hacia mi pantalla, de fondo, aparecía ella en mi punto de mira. Tuve que hacer un esfuerzo por concentrarme en mi trabajo y no en su figura sentada tras la mesa.

—Me mola tu corbata. —Oí decir a Lucas.

Levanté la vista para cerciorarme de que se dirigía a mí. Era más que evidente; solo yo llevaba traje. Ellos cuatro vestían de manera informal, aunque sin parecerlo demasiado. Los tejanos y las camisetas eran sus aliados.

Lucas me miraba con una sonrisa en la boca.

—Gracias. Tu camiseta también es chula —contesté.

—¿Verdad? Mónica siempre me dice que soy un friki por llevarlas —bromeó.

—La de hoy es decente. Tiene otras mucho peores —me informó la chica al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Sonreí por el buen rollo que desprendían. Isaac y Nuria se rieron por lo bajo sin hacer comentarios al respecto.

—Eh, sé que te encantan mis camisetas, pero aún más cómo me quedan.

—Por favor… —Mónica negó con la cabeza y desvió sus ojos hacia su pantalla.

—Chicos, en quince minutos nos vemos en la sala de reuniones. Ya tengo la respuesta de NQ a nuestra propuesta de campaña. —Maya se había asomado a la puerta de su despacho y nos hablaba con voz enérgica.

—Por fin —comentó Lucas.

Todos se levantaron de sus sillas casi a la vez y cogieron sus *tablets*. Maya me había explicado la tarde anterior que ese era uno de los proyectos más importantes que tenían en ese momento e íbamos a trabajarlo duro. Se trataba de la campaña de Navidad de una de las marcas deportivas más importantes del mundo, y nos habían elegido para crearla y dirigirla en España. Estábamos a principios de septiembre, así que serían tres meses de locura. Ya sabía cómo funcionaban esos temas.

Nos sentamos alrededor de la mesa ovalada y Maya entró a nuestra espalda. Se quedó de pie frente a nosotros y colocó el proyector.

—¿No viene Martín? —preguntó Isaac.

—Está en una reunión de dirección. Ya le he informado. Me reuniré con él en cuanto pueda. Bien, empecemos —contestó Maya.

Durante más de una hora nos explicó la esencia de la marca, lo que pretendían con esa campaña y dio todos los detalles que había comentado con el director de Publicidad del cliente. Supe que se extendía en pormenores para que yo entendiera lo que necesitaban y lo que debíamos hacer. Lo agradecí.

Aunque trataba de atender lo máximo posible, mis ojos y mis pensamientos se iban de vez en cuando a su falda de tubo, de línea diplomática, que agarraba su cintura con precisión; a su blusa blanca sin mangas de escote en pico que se ceñía a su pecho cada vez que movía los brazos para indicarnos la importancia de cada diapositiva que nos mostraba. A sus zapatos de tacón que elevaban sus piernas a una altura imposible. A esos labios carnosos que había mordido con avaricia.

Me afané por apuntar todas las cuestiones importantes, comentarios sobre mi punto de vista para exponerlos a los demás y que nos reuniríamos cada mañana a las nueve para poner en común ideas y trabajo.

—¿Necesitas que te dé más detalles?

Levanté la vista de mi bloc de notas y vi que ya no quedaba nadie en la sala. Solo ella frente a mí.

—Creo que no. Revisaré lo que he anotado y mañana te informo —contesté con mis ojos en los suyos. Tenían un color ambiguo. No sabría decir si marrón con trazos verdes o verdes con trazos marrones.

—Comentad todo lo que se os ocurra entre vosotros. Esta campaña es importante y quiero que trabajéis como si fuerais solo uno.

—Claro. No hay problema.

—Le diré a Lucas que te configure una *tablet*, será más fácil para comunicarnos por correo y chat interno.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Te has integrado bien? Son un poco… informales, pero tienen mucha capacidad para acoger a nuevos miembros.

—Sí. De momento, creo que encajaré.

—¿Como en el Tetris? —Señaló mi corbata.

—Como en el Tetris. —Sonreí.

Al parecer, había conseguido mi objetivo.

«Bien, Ander».

CAPÍTULO 3
Emojis

Maya

Aproveché la tarde del miércoles para quedar con Nora y Greta, pues Iker recogería a las niñas del colegio y las traería a mi casa alrededor de las ocho, como cada semana. Tenía que contarles mi *tema* con Ander; las había dejado colgadas en el chat y no paraban de preguntarme, pero prefería explicárselo en persona en lugar de por teléfono.

Llegué a la cafetería poco después de las seis, al salir de trabajar. Allí estaban las dos como un clavo; se notaba que estaban deseosas de información.

¡Vaya par!

¡Vaya trío!

Porque a mí me ocurría lo mismo cuando cualquiera de las dos tenía que comentarnos algo.

—Hola —saludé mientras dejaba mi bolso y mi chaqueta en una de las sillas que había libres en la mesa.

—Nos tienes en ascuas —dijo Greta al darme dos besos.

—Ya imagino… —sonreí.

—¿Qué tal las niñas? —preguntó Nora al abrazarnos. Ella siempre nos abraza durante seis segundos, dice que es lo mínimo para que las energías se confraternicen. O algo así. Cosas zen suyas.

—Bien. Como siempre. La verdad es que no me puedo quejar. Se portan genial a pesar de andar de casa en casa —respondí con sinceridad, a la par que me relajaba. Puede que incluso tuviera razón con su argumento del abrazo—. ¿Qué tal los tuyos?

—Como siempre. Dando guerra y paz.

—Le hemos pedido a Nacho que te traiga un café con leche en cuanto te viera entrar, así no te entretienes y nos cuentas qué pasa.

—Conocía a Greta desde la universidad y siempre conseguía sorprenderme su incapacidad para mantener a raya la impaciencia.

—De verdad que no entiendo cómo puedes vivir a ciento cincuenta kilómetros por hora —intervino Nora con una sonrisa lánguida, señal de que lo decía para picar a nuestra amiga.

—Y yo tampoco comprendo cómo eres capaz de respirar solo ocho veces por minuto, pero aquí estamos, oye —contestó Greta con su habitual desparpajo.

Yo solo pude soltar una carcajada y sentarme junto a las dos.

—Aquí tienes, Maya. —Ese era Nacho al dejar una taza frente a mí.

—Gracias.

—Bueno —Greta se giró hacia mí—, ¿qué ocurre? No será grave, ¿no? ¿Hay que matar a alguien? ¿A tu ex? —recitó de carrerilla.

—¿Qué? No. No tiene nada que ver con Iker. ¿Por qué crees que querría matarlo? —contesté.

—Nada, cosas mías. —Miró a Nora de reojo y la otra negó con disimulo—. Venga, suelta por esa boca.

—¿Quieres calmarte? —Rio Nora.

—Estoy muy calmada.

—Vale, por favor. Me estáis estresando —intervine—. ¿Os acordáis de que os dije que me acosté con un tío el viernes por la noche? —Greta fue a contestar, pero levanté la mano para detenerla —. Pues resulta que es el mismo tío que entró a trabajar en mi departamento el lunes.

—No jodas. Y, ¿os habéis vuelto a liar? —preguntó Greta.

—No. Le he dicho que nada de volver a follar.

—Eso está bien. Mejor no complicarse en el trabajo —añadió Nora.

—Estoy de acuerdo —agregó Greta—. Hay que tener mucho temple para llevar una relación con la misma persona dentro y fuera del curro.

—Que solo hemos follado una vez, no estamos saliendo ni nada de eso —expliqué—. No quiero una pareja, bastante lío tengo ya con el trabajo, las niñas, la casa y todo lo demás.

—Eso es porque te casaste con Iker —comentó Greta.

—Ya sé que mi exmarido no es santo de tu devoción, pero no nos fue tan mal.

—Vale, te lo compro. Tuvisteis una relación normal y corriente, por eso acabó en divorcio.

—La madre que te parió, Greta. ¿Quieres dejarla hablar? —interrumpió Nora.

—¿Ves? No es tan zen como quiere hacernos creer —soltó al tiempo que le sonrió y le guiñó un ojo—. Sigue, anda.

Inspiré hondo mientras me reía. Siempre estaban igual. Eran la noche y el día; el agua y el aceite; polo negativo y polo positivo. Pero, como decía Greta, ahí estaban, dispuestas a cualquier cosa la una por la otra. Las tres. Yo, en medio, ni una cosa ni otra, o las dos a la vez. No lo tenía claro.

—Resulta que ese tío, con el que me acosté y ahora trabaja en mi departamento, es, además, el hermano de Martín —solté.

—¿Qué? —gritaron al mismo tiempo. Creo que era la primera vez que las veía ponerse de acuerdo en algo.

—Lo que oís.

—¿Martín, tu jefe? —preguntó Nora.

—Ese mismo.

—Entonces, ¿ese tío…? Por cierto, ¿tiene nombre? —preguntó Greta.

—Se llama Ander —contesté.

—Vale. Entonces, ¿qué papel desempeña el tal Ander en el departamento? Porque, si es hermano de Martín…

—Soy su jefa directa. Ha entrado como técnico. Martín no se ha extendido en los detalles, pero no he encontrado la ocasión de preguntar más acerca de ello.

—A ver, es Martín. Lo conoces desde hace años, siempre has dicho que no suele utilizar su cargo para enchufar a nadie —añadió Nora.

—No me preocupa mi puesto. Martín siempre me ha apoyado. Me preocupa tener a alguien con quien he pasado una noche de sexo en la oficina. Es… raro.

—Tú misma has argumentado hace nada que solo habéis follado una vez, que no lo conoces y que no vais a volver a hacerlo. ¿Qué

problema hay? —preguntó Greta.

La miré, pensativa. Tenía razón. ¿Por qué narices había hecho una montaña de un grano de arena? No era propio de mí.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea.

—Qué bien, ahora nos sacamos los problemas de la manga. ¡Acabáramos!

—A ver, quizá hay alguna razón de la que ni siquiera eres consciente, de momento —apuntó Nora.

Ambas me observaron, a la espera de que lo rumiara y diera una respuesta. Pero no, no iba a decir lo que estaba pensando, ¿o sí? Para eso hablábamos, para contarnos nuestras historias…

—Creo que me gustó demasiado echar ese polvo —confesé con un suspiro.

—Ahí lo tienes. Has decidido no volver a acostarte con él, porque trabajáis juntos y es lo correcto, pero, en realidad, no es lo que te apetece —argumentó Nora.

Sorbí de mi taza de café y me encogí de hombros.

—Voy a tener que ser más dura en mi cabeza y repetir como un mantra que solo fue un encuentro como otro cualquiera.

—Ay, amiga, no hay nada como un buen polvo para *joderte* la vida. —Greta se echó a reír y no tuvimos más remedio que imitar sus carcajadas.

Qué razón tenía, la *jodida*.

Llegué a casa unos minutos antes de que Iker llamara al telefonillo para traer a las niñas. Dejé la puerta entornada para que pasaran y fui a la cocina a preparar los ingredientes de la cena. Solo me había dado tiempo a quitarme los zapatos y sacarme la camisa de la falda para estar más cómoda.

—Mamiiiiiiii. —Oí a la entrada de casa y, acto seguido, dos pares de pies galoparon al trote por el parqué.

—Hola, mis chicas. —Salí al pasillo con los brazos extendidos, me agaché a su altura y sus cuerpos chocaron con el mío con un ímpetu que tuve que retener para no caer al suelo. Me dio la risa y, finalmente, aterricé de culo con ellas encima.

—Ni que hiciera mil años que no veis a vuestra madre —bromeó Iker mientras dejaba las mochilas de las niñas sobre la mesa de la

cocina.

De reojo, vi que se sentía incómodo. Antes, los cuatro nos abrazábamos de ese modo en la cama, o a la salida del colegio, o en ese mismo lugar en el que estábamos. Teníamos la custodia al cincuenta por ciento, pero yo me había quedado con el piso en el que habíamos vivido durante doce años. Le pagué la mitad, no había nada que reprochar en ese sentido, pero las vivencias y los recuerdos se quedan anclados en la mente y no entienden de particiones.

Hacía mucho tiempo que yo no echaba de menos esos momentos familiares, con mis hijas me bastaba; quizá él aún se sentía herido por haber tenido que aceptar mi decisión de divorciarnos. No lo sabía, pero tampoco quería que los pocos encuentros que teníamos se convirtieran en un tema embarazoso.

—Venga, chicas, dadle un abrazo grande a papá y a la bañera —dije mientras me incorporaba del suelo y, con delicadeza, me las quitaba de encima.

—Adiós, papi —gritaron ambas, al tiempo que se abalanzaban sobre él del mismo modo en que lo habían hecho conmigo.

Iker sonrió. Yo también.

—Adiós, chicas. Nos vemos el lunes a la salida del colegio. —Las apretujó contra su cuerpo y, después, ellas salieron disparadas hacia su habitación.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí. ¿Y tú? —contestó en tono neutro.

—Bien también.

—Me alegro. —Sonrió a medias—. Eh, bueno, me marcho. Nos vemos el miércoles.

—Claro.

Y esas eran las conversaciones que manteníamos cuando no teníamos nada que hablar acerca de las niñas. Si él aún se preguntaba por qué ya no éramos pareja, para mí era bastante obvio.

***

Pasé la semana tratando de no mirar a Ander y concentrarme en la campaña que debíamos sacar adelante en poco menos de dos meses. Jamás me había desconcertado tanto un tío.

Desde que me divorcié de Iker, tuve claro que dedicaría mi vida al trabajo, a mis hijas, a mi familia, a mis amigos y a… relaciones esporádicas; más bien, a relaciones sexuales. No tenía tiempo para mucho más. A mis treinta y nueve años, tenía la estabilidad mental y vital que, a veces, no se encuentra nunca. Me consideraba afortunada a pesar de no tener pareja o de que mi matrimonio hubiese fracasado, o quizá no lo hizo; simplemente, había dejado de tener sentido con el tiempo. Exigimos que las cosas duren para siempre y sentimos que hemos perdido cuando no lo logramos. Para mí, lo lógico es cambiar. Estar en constante transformación. Nada es igual de un día para otro, pero nos empeñamos en que lo sea. Ahí radica el error. El error de mantener cualquier situación, aunque no sea lo que deseas ni lo que fluye. Parece que cuanto más dure algo, mayor es el éxito que deberíamos sentir, cuando lo que de verdad importa no es la duración, sino la intensidad con la que se vive ese momento. Ya sean tres segundos o cincuenta años.

Y eso era lo que debía hacer. Cambiar. Cambiar esa noche… apoteósica por una como otra cualquiera. Olvidarme de que el último tío con el que me acosté estaba en el mismo espacio laboral que yo y que, además, era el hermano de mi jefe.

—Maya… —Martín entró en mi despacho esa mañana de jueves —. Le he dicho a Ander que vamos a preparar una cena para darle la bienvenida a la empresa. He pensado en este viernes por la noche, ¿cómo lo tienes?

—Eh… Esta semana no me va bien, pero podéis ir vosotros — contesté.

—No, no. Preferiría que estuvieseis todos para que lo integréis.

—Creo que no tiene ningún problema con nadie, Martín. No te preocupes, no es necesario que yo esté presente.

—Ya, pero yo quiero que estés, eres la responsable del departamento.

—Y tú, el jefe. —No entendía por qué no podía ir él con el resto del equipo, los conocía de sobra.

—Lo sé, pero quiero que se sienta cómodo y que vea que todos tenéis interés en su incorporación.

—Martín, entiendo que estés preocupado por tu hermano, pero creo que es autosuficiente para encajar en cualquier parte.

—Maya —se sentó frente a mí—, no quiero que se vea solo —bajó el tono—. Quiero decir que nos tiene a nosotros, a mi familia; mi madre y su padre viven en Nueva York. Vive solo, y yo… entre el trabajo, los niños…

—Vale, vale, lo he entendido. —Levanté las manos en un gesto de que no insistiera, aunque después pensé: «Si tú supieras adónde va tu hermano a hacer amistades…», pero me callé—. Intentaré arreglarlo. Cuenta conmigo para mañana por la noche.

—Gracias, Maya. —Asintió y se levantó, dispuesto a marcharse—. Por cierto, ¿cómo va la campaña de NQ?

—Bien, estamos en ello. Esta semana dejaré concertada la primera entrevista con el equipo de publicidad de ellos. Supongo que será para la próxima.

—De acuerdo.

Y sin más, abrió la puerta del despacho y salió.

Me quedé mirando el hueco del marco y apareció en escena Ander. Estaba sentado a su mesa, con la vista en el ordenador y anotando algo a mano. Llevaba una camisa azul cobalto, la corbata bien anudada y una expresión concentrada que me pareció sexi a rabiar.

Joder.

«Maya, tienes un problema».

En ese instante, volteó el rostro y me pilló con los ojos puestos en él. Sonrió de medio lado.

Genial.

Elevó la barbilla en un gesto de saludo, al que no tuve más remedio que contestar del mismo modo. Después, desvié la vista hacia la ventana y disimulé, como si estuviera pensando en algo, como si mi mirada hacia él hubiera sido casualidad… Si seguía así, tendría que cerrar la puerta de mi despacho para evitar distracciones.

Por el rabillo del ojo, vi movimiento hacia mi despacho. Por los colores de la ropa supe que era él. Venía hacia mi posición.

—Perdona, Maya… —saludó en voz baja.

Giré el rostro de nuevo en su dirección.

—¿Sí?

—¿Tienes un segundo?

Como yo estaba sentada y él, de pie, su corbata quedó a la altura de mis ojos. Fondo negro y un puñado de emojis, con sus diferentes muecas, flotando como pompas de jabón.

¿En serio?

Arqueé una ceja y subí la vista hacia su rostro.

Se pasó la palma de la mano por ella, en un gesto de orgullo, y una sonrisa traviesa asomó a sus labios carnosos.

—Me gusta dar un toque divertido a los trajes —argumentó.

—Ya veo —respondí mientras intentaba no sonreír—. ¿Qué necesitas?

—Martín me ha dicho que ha organizado una pequeña cena para darme la bienvenida mañana por la noche.

—Sí, lo sé.

—No quiero molestar, ya le dije que no era necesario, pero ha insistido tanto…

—No te preocupes. Ya conoces a Martín, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay forma de hacerlo cambiar de parecer, aunque sepa que se equivoca. No digo que la cena sea un error —me apresuré a aclarar.

—Ya… —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se balanceó de un pie a otro—. ¿Irás tú?

—¿Crees que tengo opción? —cuestioné con guasa.

—No, no la tienes —sonrió.

—¿Algo más?

—No. Solo quería pedirte disculpas por si tienes otros planes y la idea de Martín te los ha trastocado.

—No hay problema.

—De acuerdo. —Sacó las manos de su escondite y levantó una a modo de despedida.

No pude evitar seguir con la mirada su espalda ancha y su cintura estrecha en su camino hacia la puerta.

Joder, estaba más que bueno.

Y yo no podía volver a tirármelo.

CAPÍTULO 4
Patitos de goma

Ander

El viernes por la mañana, en la oficina, fue un poco locura. Había intentado ponerme al día con los proyectos que se llevaban a cabo, pero ese día Maya nos convocó en la sala de juntas a todo el equipo para hablar de la campaña navideña de una de las cuentas más importantes, no solo del departamento, sino de la compañía.

Tomé nota de todo en mi nueva *tablet*, y escuché con atención a cada uno de los miembros para hacerme una mejor idea del enfoque. Sus ideas eran buenas; quería analizarlas durante el fin de semana y pensar en algo que pudiera encajar. Tenía experiencia, pero debía adaptarme a la forma de trabajar del equipo, y no quería parecer entrometido la primera semana, así que oí, observé y callé. Ellos llevaban tiempo trabajando con ese cliente y sabían cuáles eran sus estrategias.

—Ander —me llamó Maya en un momento de la exposición—, según Martín, tienes experiencia con marcas internacionales, ¿trabajaste con NQ en Nueva York?

—No. Lo hice con otras marcas del mismo sector.

—Y, ¿qué te parecen las ideas del proyecto? ¿Podrían encajar? La marca es norteamericana, quizá conoces mejor que nosotros cómo funciona a nivel interno.

—Es posible, pero hay marcas que se adaptan a cada país, para llegar mejor al público. A veces, lo que funciona en un sitio no funciona en otro. Hay campañas globales y otras son más específicas.

—En efecto —corroboró. Luego se dirigió al resto de la sala—. Quieren enfocar esta en concreto de forma exclusiva en las

Navidades españolas, así que tendremos que pensar en algo tradicional y, a la vez, que encaje con la marca de manera diferencial. ¿Qué os parece?

—Creo que esa es la clave —anunció Lucas—. ¿Sabemos ya si, aparte del anuncio televisivo, habrá que confeccionar publicidad exterior?

—No. En dos semanas tenemos la reunión con el gabinete de márquetin de la compañía. Imagino que nos darán los detalles.

—Espero que nos den un poco de margen, porque la última fue una locura —intervino Mónica.

—Lo sé. Intentaré que esta vez nos dejen más manga ancha —contestó Maya—. Bien. ¿Alguna pregunta? —Todos negaron con la cabeza—. Pues a trabajar, debemos tener, al menos, dos propuestas iniciales listas para esa reunión con su departamento publicitario.

—Dos semanas, menos mal que tendríamos tiempo… —ironizó Nuria al arrastrar la silla para levantarse.

Maya sonrió.

Me incorporé y salí tras los demás, Maya se quedó allí, recogiendo sus cosas. Quería comentarle algo, lo que fuese, pero no se me ocurría nada. Ni siquiera algo acerca de la reunión. Me parecía fascinante verla como ejecutiva, en el trabajo, vestida de traje con falda de tubo y camisa, y a la vez pensar en ella desnuda, entre mis brazos, entre sus piernas. Eso no podía decírselo, y menos en la oficina.

Era inteligente, tenía experiencia y, por lo poco que había visto, conocía la profesión a la perfección. Si no nos hubiésemos acostado, quizá no estaría pensando en esos términos, aunque siempre me había parecido demasiado sexi una mujer de su estilo, segura de sí misma. Era posible que, incluso, sin haberla conocido antes, me hubiese fijado en ella.

—Oye, Ander. —Oí su voz a mi espalda justo cuando llegué bajo el umbral de la puerta.

—¿Sí? —Me giré de cuerpo entero.

—¿Tienes alguna duda? ¿Algo que quieras comentar? ¿Va todo bien con el equipo? —preguntó con tono neutral pero interesado.

—De momento, no. Quiero repasar todas mis notas durante el fin de semana, para familiarizarme con los clientes y sus proyectos. Todos los compañeros son estupendos y creo que nos entenderemos sin problema —contesté con sinceridad—. Gracias por preguntar.

—Bueno, eres nuevo en el departamento y me incumbe que todo fluya y funcione de la manera correcta. Es mi cometido, entre otras responsabilidades.

—Claro —sonreí—. No te preocupes, si tengo cualquier problema, te lo haré saber.

—Bien —asintió—. Otra cosa… —Su mirada se movió desde mi rostro a mi pecho y de nuevo a mis ojos. Entrecerró los suyos—. ¿Cuántas corbatas *divertidas* tienes? —Hizo énfasis en el adjetivo que yo mismo le mencioné.

—Pues… —Sujeté la punta y la elevé unos centímetros para observar los patitos de goma que adornaban la tela azul, al tiempo que intentaba no soltar una carcajada—. Son todas así —respondí, y levanté la vista hacia Maya. Me hizo gracia que lo preguntara con el mismo tono serio que había empleado para las cuestiones anteriores.

—Ya veo.

—Si no te gustan, puedo comprar otras más serias para venir a la oficina.

—¿Eh? No, no —se apresuró a responder—. Aquí trabajamos la creatividad, cada cual puede venir vestido como quiera. Dentro de un orden, claro —argumentó—. Disculpa si te ha parecido un reproche, no era mi intención.

—No pasa nada, tranquila.

—De acuerdo —asintió—. Además, supongo que te has fijado en las camisetas de Lucas. —Sonrió de lado.

—Oh, sí. Esas que odia Mónica. —Imité su gesto.

—Exacto. Veo que los vas conociendo. Me alegro.

Nos quedamos durante unos segundos con la vista puesta el uno en el otro. De verdad que me parecía la chica más sexi que había visto en mi vida. Y había visto muchas mujeres en traje… y sin él. Pero, por desgracia, era mi jefa.

—No quiero entretenerte más. Puedes volver al trabajo. —Fue ella quien reaccionó primero.

—Vale. Hasta luego.

Asintió y siguió recogiendo sus documentos y *tablet*. Yo me di la vuelta y caminé por el pequeño pasillo que desembocaba en la zona abierta del departamento. Aunque al ver la puerta del baño, me metí sin pensármelo dos veces. Por suerte, no había nadie. Me miré en el espejo y sonreí al ver los patos amarillos que se extendían por la tela de mi corbata. Al menos, eso llamaba su atención, aunque no tenía demasiado claro por qué me importaba tanto que Maya se fijara en mí.

Había dejado claro que no volveríamos a follar.

Y tenía razón.

¿Era posible que fuese por ese motivo? Como no lo haríamos nunca más, ¿me estaba obsesionando? No. No era de esos. Si una tía no quería nada conmigo, me retiraba, no insistía. Hacer lo contrario me parecía una falta de respeto que yo no aceptaría si fuese al revés.

¿Entonces?

«Entonces nada, Ander. Es lo que hay. Ya se te pasará».

Me lavé las manos y salí del baño. Tenía trabajo y no podía permitirme perder el tiempo de ese modo. No era justo para el resto del equipo, ni para Martín, que me había ofrecido el puesto como un favor para que pudiera marcharme del agobio de Nueva York.

Al sentarme en mi sitio, Lucas me llamó:

—Eh, Ander, ya tenemos garito para cenar.

—Genial.

—Es un sitio informal, nada serio. Ya sabes, para poder hablar todos de forma distendida. Hemos ido otras veces y se cena de lujo.

—Perfecto —sonreí—. Ya me enviarás la ubicación.

—Claro, no hay problema.

Observé al resto, que me miraban a su vez con sonrisas tímidas pero sinceras.

—Lo pasaremos bien —añadió Isaac.

—Seguro. Después podemos ir a tomar unas copas —propuso Mónica.

—Eh, sí. El *pub* al que vamos a veces está cerca —contestó Lucas, como si acabara de caer en ello.

—Por supuesto, todo muy improvisado… —se rio Nuria.

Todos rieron a carcajadas, hasta yo, que no conocía esos lugares, pero había entendido a la perfección la ironía de Nuria con respecto a Lucas. Parecían llevarse genial, y yo quería encajar. Me gustaba haber vuelto a mi país de nacimiento y en el que pasé mis años más jóvenes. Había perdido el contacto con mis antiguos amigos del instituto, pero no me importaba; tenía veintiocho años y podía arreglármelas para conocer a gente. Y mis compañeros de trabajo me parecieron una muy buena forma de empezar.

—Oye, Lucas, ¿tú podrías decirme algunos bares y *pubs* para tomar algo en la ciudad? Cuando me marché a Nueva York apenas era un adolescente, así que no me dio tiempo a conocer la fiesta nocturna —le comenté.

—Has preguntado a la persona idónea. Soy el rey de la noche. —Me guiñó un ojo—. En la cena, te daré una lista supercompleta.

—Menuda cosa le has ido a decir —bromeó Mónica.

Y volvimos a reír.

—Chicos, es hora de ponerse a trabajar. —Oímos la voz de Maya al tiempo que entraba en la estancia.

Su rictus sonriente me indicó que no era una bronca, pero dejaba claro que sabía que llevábamos un buen rato hablando de asuntos que nada tenían que ver con el proyecto.

—Sí, jefa. A sus órdenes, jefa. —Lucas saludó como un soldado.

—No me llames así, Lucas, te lo he dicho mil veces —respondió ella, aún con los labios enmarcados por una mueca divertida.

—Claro, jefa. Lo que tú digas —se mofó el otro.

Maya pasó de largo hacia su despacho y negó con la cabeza.

—Eres un payaso —susurró Nuria con guasa.

Él no le hizo caso y se inclinó un poco hacia mi mesa.

—Parece un poco seria, pero no lo es —murmuró, como si fuese un secreto.

—¿Nuria? —pregunté.

—No, Maya. Tiene que hacer su papel de jefa, pero es más accesible de lo que puedas creer —explicó.

—Está bien saberlo.

—Cualquier asunto que quieras comentarle, te escuchará sin problema. Es buena tía y legal.

Asentí. Me alegré de que sus empleados tuvieran un buen concepto de ella. Decía mucho acerca de su personalidad y también de la de mis nuevos compañeros. En mis antiguos puestos de trabajo, todo era estrés, pullas, envidias y gente dispuesta a pisar a cualquiera por ascender en la empresa. Y yo me había cansado de eso.

Sentí que debía dar las gracias de nuevo a mi hermano por la oportunidad.

CAPÍTULO 5
Huevos Fritos

Maya

Salí de la oficina directa al colegio de las niñas. La tarde anterior habíamos preparado entre las tres las mochilas para llevarlas a pasar la noche en casa de mis padres. No quería regresar muy tarde, pero seguro que se me harían más de las doce. Iría a cenar, porque entendía que Martín hubiera insistido en que estuviésemos todo el equipo, nada más.

—Muchas gracias, mamá. Ya sabes que no te lo pediría si no fuera estrictamente necesario —dije después de saludarla al entrar en su casa.

—Oh, por favor, deja de lamentarte. Bastante haces ya tú sola. —Movió la mano en señal de quitarle importancia—. Vamos, chicas. El abuelo está preparando las camas en vuestra habitación.

—¡Abueloooooo! —gritaron al unísono mientras corrían por el pasillo.

Caminé tras ellas y me quedé apoyada en el marco de la puerta. Mi padre estaba inclinado para abrazar a sus nietas y las besaba en la cabeza. Sonreí. Siempre había tenido debilidad por ellas. Bueno, ambos. Les encantaba quedarse con las niñas sin que yo estuviera presente; imaginaba que para malcriarlas, por las anécdotas que luego Ana y Elena me contaban de su estancia allí. Los padres educan, los abuelos malcrían; es ley de vida.

Las camas estaban recién hechas, pero eso no le importó a mi padre cuando las cogió, de una en una, y las lanzó sobre el colchón para hacerles cosquillas. Mis hijas gritaron como hienas, el abuelo puso voz de ultratumba para decirles que, esa noche, el fantasma de

la sábana sucia vendría a llevárselas si no reían a carcajadas para espantarlo.

—Ay, Dios mío, él es peor que ellas —rio mi madre.

—Ya lo puedes decir —contesté—. Míralo, ni puñetero caso me ha hecho. Me siento desplazada —bromeé.

—Es lo malo de ser hija única. No estás acostumbrada a compartir el amor de tus padres —se mofó ella.

—No lo creo. Mis amigas dicen que, cuando llegan a casa de sus padres con sus hijos, les ocurre lo mismo. Así que no es cosa mía, forma parte del ADN *abuelil*.

—Pues tendrás que aguantarte. —Mi madre se encogió de hombros y se unió a mi padre en la batalla de cosquillas.

Negué con la cabeza, vaya cuatro. Los gritos y las risas se extendieron por todo el piso, y a mí se me alojó un sentimiento dulce en el pecho. Tenía la mejor familia que podía desear. ¿Qué más se podía pedir?

—Hala, pues ahí os quedáis. Yo me voy a una cena de trabajo, después de ocho horas en la oficina. Tengo unas ganas… —ironicé.

—Ve y disfruta, nosotros haremos lo mismo. —Mi padre se incorporó de la cama y vino hacia mí para darme un abrazo—. Eres joven, tienes derecho a salir por ahí a divertirte.

—Ya lo hago.

—Pues venga, que no se diga que eres una mujer aburrida. —Me agarró de los hombros y me dio la vuelta para que me marchara—. Arreando.

—Adiós, chicas. Nos vemos mañana.

—Adiós, mami. —Se despidieron con la mano, ni siquiera hicieron el acto de levantarse para darme un beso. Menudo par.

—No hace falta que vengas a buscarlas. Iremos a comprar unas porras y desayunaremos juntos en tu casa —añadió mi madre.

—¡Síííí! —chilló Ana. Tenía nueve años, y yo no había conocido a nadie adulto capaz de comerse tantas porras de una sentada.

—Yo quiero churros —opinó Elena. Por supuesto. Como tenía dos años menos que su hermana, pero no quería quedarse atrás en la ingesta, prefería churros, que eran más pequeños, para comer la misma cantidad que Ana.

—De acuerdo.

¿Para qué iba a oponerme? Jamás hubiese ganado esa batalla. Y, además, me apetecían esas porras para cuando despertara al día siguiente.

Cogí el coche que había dejado mal aparcado en la calle y me dirigí a casa. Lo dejaría en el garaje de mi edificio e iría caminando hasta el restaurante, que se encontraba a apenas tres calles de allí. Cosa que agradecí a Lucas cuando hizo la reserva. No me gustaba conducir de noche por la ciudad, menos si había bebido alguna copa de vino.

Tenía tiempo de sobra para ducharme y vestirme, puesto que mi madre había insistido en que llevara a las niñas al salir de clase en lugar de a última hora de la tarde. Ellos se encargarían de que se bañaran y la cena. Así que conecté Alexa con música jazz suave y me dispuse a llenar la bañera para relajarme. No porque estuviera nerviosa, sino porque, desde que habían nacido las chicas, no había encontrado la ocasión idónea.

Me tomé la libertad hasta de usar sales de baño, que con seguridad estarían caducadas, pero no me importó. Entré en el agua caliente, espumosa y aromática, y cerré los ojos.

¡Dios mío, qué gustazo!

Sabía que no lograría dejar la mente en blanco, puesto que jamás había conseguido hasta la fecha semejante hazaña, pero intenté pensar en temas agradables. La escena que había dejado en casa de mis padres, las meriendas con las niñas, sus carcajadas y también sus morros de enfado cuando me negaba a alguno de sus caprichos. Las quedadas con Nora y Greta, las conversaciones, las quejas por no llegar a todo, entre risas. Lo normal. Quizá mi vida fuese aburrida, como había insinuado mi padre, pero era mía y me gustaba lo que había en ella. Tenía un buen trabajo, una familia maravillosa y unas amigas imperfectas, como yo. Todos estábamos sanos. Lo demás era secundario. Sí, también me gustaba el sexo, pero era eso: sexo. Incluso en los últimos tiempos con Iker. No anhelaba una existencia llena de planes, objetivos y metas por cumplir. Solo intentaba vivir lo mejor posible con las cartas que me

habían tocado y las que había ido robando de la baraja a lo largo de los años. Y me sentía feliz con ello.

***

Llegué al lugar de encuentro más contenta de lo que imaginaba. El baño me había revitalizado y hasta tenía ganas de bailar; cosa que no iba a hacer bajo ningún concepto. El plan estaba claro: cena y a casa.

Martín y Lucas ya estaban esperando en la puerta. Me uní a su conversación acerca de la comida de aquel lugar, al que Martín no había ido nunca, mientras llegaba el resto.

A los pocos minutos, vimos a Ander caminar hacia nosotros. Había intentado que nuestro encuentro en el club no se colara en mi cabeza, pero al verlo fuera de la oficina todo me vino de golpe.

Maldita sea.

¿Por qué narices estaba tan bueno?

En esa ocasión, no vestía de traje, sino con unos vaqueros azul oscuro, camisa del mismo tono, americana negra informal y una… ¿De verdad llevaba una corbata con dibujos de huevos fritos?

Tuve que taparme la boca con disimulo para no soltar una carcajada. Este tío les caería bien a mis amigas solo por sus corbatas.

—Buenas noches —saludó con una sonrisa.

—Muy apropiada —bromeó Martín, al dirigir su mirada hacia esa prenda de Ander, al tiempo que, como yo, se aguantaba la risa.

Imaginé que él estaría acostumbrado a ese detalle de su hermano.

—Hostia —soltó Lucas—. Tengo una camiseta igual. La próxima vez, me avisas y me la pongo. —Él sí que se rio con ganas.

Así que Martín y yo aprovechamos para soltar las nuestras.

—Lo que faltaba, que fueseis conjuntados —ironizó Mónica, a la que no vimos llegar, y parecía haber oído la conversación—. Como no teníamos bastante con sus camisetas, llegas tú para liar la troca con las puñeteras corbatas —le dijo a Ander.

—Eh, somos originales. No como vosotros, que parecéis sacados de un molde de cartón piedra. —Lucas le echó el brazo por los hombros a Ander, en plan colegas—. ¿Verdad que sí, tío?

Ander rio y nos miró a Martín y a mí.

—En eso tiene razón —corroboró Mónica—. Al menos, hoy venís con ropa casual, no encorsetados en esos trajes.

—¿Qué les pasa a mis trajes? Me encantan mis trajes —me defendí.

—A mí también —añadió Ander—. Mis trajes, quiero decir, no los tuyos —me aclaró mientras le subía un pequeño rubor por las mejillas.

—Ya lo habíamos entendido, tranquilo —respondí.

Me pareció tierno que se hubiese avergonzado del doble sentido que no pretendía con su expresión.

—Por ahí vienen los últimos —avisó Mónica.

Isaac y Nuria llegaban juntos, puesto que vivían cerca el uno del otro y solían compartir coche para ir a la oficina.

—Pues venga, a cenar. —Lucas abrió la puerta y nos dejó paso a todos.

Un camarero se nos acercó para preguntar por nuestra reserva y saludar a Lucas de forma más efusiva. Con seguridad, aquel era un lugar al que nuestro compañero acudía con asiduidad, yo solo había ido un par de veces con ellos allí. Nos acomodaron a una mesa redonda, en la que quedé en medio de Mónica y Ander. Martín se sentó al otro lado de su hermano.

—Oye, Lucas, pide tú para todos. Total, te conoces mejor que nadie la carta —sugirió Mónica—. ¿Os parece bien? —Miró a Martín y Ander.

—Claro, no hay problema —respondió nuestro jefe.

—Por mí, también —asintió Ander.

—Genial. Aquí es todo tapeo, así que podemos pedir varios platos para compartir. Echadle un ojo a la carta y decidme si hay algo que no os guste, para descartarlo —explicó Lucas.

En pocos minutos, la cerveza y el vino ya corrían por la mesa a la espera de que trajeran los platos que el *experto* había solicitado. Las conversaciones empezaron a cruzarse; hablábamos de varios temas

a la vez e interveníamos unos y otros sin problema. Martín y Ander se comportaban de manera comedida, imaginé que, dado su parentesco, interactuaban con menos confianza de la que tenían en realidad.

Lucas acertó de pleno con la comida, todo estaba riquísimo, y así se lo hicimos saber. Por supuesto, él se colgó una gran medalla y se nombró el *reservador* oficial de restaurantes para próximas reuniones. Las risas y las anécdotas de otras quedadas y de trabajo se intensificaron a medida que pasaron los minutos. Me encontraba bien, realmente bien. Estaba relajada, participé en la mayoría de las conversaciones y me sentí ligera. Además de tener un fantástico trabajo, tenía a los mejores compañeros.

—¿Estás a gusto? —le pregunté a Ander.

—Sí, sí. Son todos geniales. Sois todos geniales —se corrigió.

—Me alegro de que te sientas integrado. Aunque debo admitir que es fácil con ellos. —Señalé con el tenedor al resto de los comensales.

—La verdad es que sí —sonrió—. Y tú, ¿cuánto tiempo llevas en la empresa?

—Pues… —alcé una ceja mientras hacía el cálculo— cerca de siete años.

—¿Entraste ya como directora del departamento?

—Oh, no. Estuve cinco años como compañera de ellos. Grandes Cuentas se formó hace un par de años. Trabajábamos con más departamentos de publicidad, pero la dirección decidió que los mayores clientes debían llevarse con un mismo grupo de personas. Martín me propuso como jefa de departamento por mi experiencia y conocimientos, aceptaron y me dejaron elegir al equipo. Lo tuve claro. —Sonreí al observar a Nuria, Isaac, Mónica y Lucas.

—Vaya. Entonces, ¿yo he sido una imposición? —bromeó.

—Más o menos. —Me metí un trozo de calamar rebozado en la boca.

—Espero no decepcionarte. Decepcionaros.

—Seguro que no. —Me incliné un poco más a él—. Si eres la mitad de bueno que Martín, no habrá problema —susurré.

—Al menos, tengo la mitad de su genética —murmuró muy cerca de mi cara.

No pude evitar mirar sus labios. Eran carnosos y suaves, lo sabía bien. Y brillaban a causa del vino blanco que se estaba tomando. Subí mi escrutinio hasta sus ojos. Eran muy parecidos a los de Martín, menos en el color. Mismo tono de pelo, cejas marcadas y pestañas espesas. No entendía cómo los demás no se habían dado cuenta de la semblanza entre ambos.

—Entonces vas por buen camino. —Me alejé en cuanto me percaté de que nos habíamos quedado estáticos, cara a cara.

Su aroma especiado me acompañó con más intensidad. Ese olor que me recordaba a nuestro encuentro de hacía una semana y que, en la oficina, no había detectado.

¿Usaba diferentes perfumes?

Estaba segura de que así era. Uno para el día a día y otro para el fin de semana u ocasiones especiales.

Y ese en concreto me estaba afectando más de lo que quería admitir.

¿Era posible que una simple fragancia me transportara a otro lugar, a otro momento?

Sin duda.

CAPÍTULO 6
Confesiones

Ander

Era la primera conversación que manteníamos «a solas», sin intervención de los otros, en toda la noche. Supuse que era lo normal, puesto que el grupo era de lo más parlanchín y cruzaban temas sin ton ni son. Aunque lo que de verdad me parecía raro era no actuar de forma natural con Martín. Mi hermano se había empeñado en no decir que éramos parientes; entendía su posición, pero eso no quitaba que me molestara un poco callarme algo que quisiera decirle o contar alguna anécdota de ambos. Y estaba convencido de que a él le ocurría lo mismo. Además, tarde o temprano, las cosas siempre se saben. ¿Y entonces? Yo prefería ir de frente y no sabía cómo se tomarían mis nuevos compañeros haberles ocultado ese dato.

Hacia el final de la velada, cuando el camarero que nos había atendido puso sobre la mesa algunas botellas de licor y vasos recién sacados del congelador, Martín se levantó para llenar de orujo blanco el suyo y, sin preguntar, llenó también el mío. Como hacía siempre que nos veíamos en su casa.

—Bueno, chicos —se quedó de pie, y el resto lo miró—, me alegra ver que durante esta semana habéis encajado a Ander y que os parece bien su incorporación. ¿O me equivoco? —Pensé que mi hermano había bebido un pelín más de la cuenta.

—Parece un buen tío —indicó Mónica.

—A mí me parece cojonudo, ya hemos hablado de quedar para tomar unas cervezas —añadió Lucas.

Isaac y Nuria, a los que empezaba a conocer, y eran más tímidos e introvertidos, sonrieron y asintieron.

—Maya, ¿a ti qué te parece? ¿Le damos el aprobado o no? —bromeó.

—Es un poco pronto para tener una visión completa de su potencial, pero ha trabajado duro durante toda la semana y se nota que tiene experiencia en el sector —contestó ella con una sonrisa.

—Bien. Pues tengo que confesaros algo. —Alcé la vista hacia él, me estaba mirando. ¿En serio, Martín?—. No os lo he dicho antes porque quería que tratarais a Ander con imparcialidad y de forma objetiva. —Me puso una mano sobre el hombro—. Alexander Hunter es mi hermano —anunció con orgullo.

—¿Alexander? —preguntó Mónica.

—¿Tu hermano? —añadió Isaac.

—Joder, Martín, acabas de recordarme a Darth Vader: «Yo soy tu padre». —Ese fue Lucas, claro, que se echó a reír como un poseso.

El resto lo siguió en las carcajadas. Yo sonreí y me quedé un poco confuso. Martín no me había comentado que tuviese pensado soltarlo así, de sopetón; y aunque me lo estaba temiendo a medida que hablaba, no pensé que se atrevería hasta que lo hizo.

—Perdonad que os lo haya ocultado. Pensaba decíroslo más adelante, pero creo que esta es una ocasión igual de buena como otra cualquiera —argumentó Martín.

—No te preocupes, Martín. Creo que ese detalle no cambiará nada, ¿verdad, chicos? —intervino Maya.

—Claro que no.

—Por supuesto.

—No hay problema.

—Si se porta mal, solo tenemos que ir a chivártelo —rio Lucas.

Sentí que el cuerpo de Martín se relajaba a mi lado. Al parecer, estaba más preocupado por ese tema de lo que en un principio me hizo creer. Y, a la vez, tampoco estaba contento con ocultar ese dato. Lo sabían en dirección y lo sabía Maya, no había razón para que el resto del equipo no fuese informado.

—De todos modos, cuento con vuestra discreción —añadió Martín.

—¿No lo saben en la empresa? —Se sorprendió Mónica.

—Solo en Dirección General. Y Maya, claro. Pero el resto de los empleados no tiene por qué disponer de ese dato. No es de su incumbencia —aclaró mi hermano.

—No hay problema, Martín, de verdad —aseguró Nuria. Era la primera vez que la escuchaba hablar en la cena sin que nadie interviniera con otra frase o conversación—. Eres igual de bienvenido —me sonrió.

—Gracias. A todos —fue lo único que se me ocurrió decir, puesto que me había quedado un tanto impresionado por la forma en que mi hermano había dado la noticia. Era raro que Martín hablara de ciertos temas fuera del ámbito laboral.

En fin… Ya estaba dicho. Y mis compañeros parecían sinceros al indicar que no les importaba. La prueba irrefutable fue que el resto de la cena siguió como si mi hermano no hubiera *confesado* nada.

Una hora después, salimos del restaurante y nos apelotonamos cerca de la puerta mientras decidían en qué *pub* seguiríamos la fiesta. Como la quedada era por mí, no podía decir que me marchaba, aunque tampoco me apetecía volver a casa aún. Tomar un par de copas no me vendría mal.

—Bueno, chicos, yo me voy —anunció Martín.

—Pero ¿qué dices? Tú te vienes con nosotros —rebatió Mónica.

—No, no. Yo necesito dormir mis horas, y mañana nos toca partido de baloncesto con el pequeño a una hora indecente.

—Las once no es una hora indecente —contraataqué.

—Para ti, no, que irás justo a tiempo al campo, pero la convocatoria es una hora antes. Y dale gracias que es en nuestro campo.

—Eres un carca, Martín —se mofó Lucas.

—No te quito razón, lo soy. Y orgulloso de ello, no te creas. —Se alejó como quien no quiere la cosa—. Hasta el lunes, divertíos. Nos vemos mañana —se dirigió a mí. Y sin más, echó a andar calle abajo.

Imaginé que llamaría a un taxi, porque me había dicho por la tarde que no llevaría el coche. Y había hecho bien.

—Lo malo de que seas su hermano es que ahora no podemos criticarlo por haberse ido —dijo Mónica.

—Por mí no os cortéis. Tiene cuarenta y tres tacos y hace vida de anciano —bromeé para que vieran que no había problema, siempre que se hiciera en modo coña.

—Trabaja demasiado y bajo mucha presión, no es fácil llevarlo todo —indicó Maya.

—Espero que eso no sea una excusa para que te largues tú también —contestó Lucas.

—No. Iré a tomar una copa, pero después me marcharé a casa.

—Otra carca… —se mofó Mónica.

—Dejadlos en paz, cada cual hace lo que quiere con su vida —la defendió Nuria—. Venga, Lucas, ¿adónde nos llevas hoy?

—Seguidme, lacayos. El *pub* está en la calle de atrás. —Y comenzó a caminar en dirección contraria a la que se había ido mi hermano.

Los demás lo siguieron, menos Maya, que se quedó rezagada, a mi lado.

—¿Sabías que Martín iba a decir que sois hermanos esta noche? —me preguntó.

—No, la verdad. No me comentó nada.

—Bueno, seguro que quería quitárselo de encima y ya está.

—Eso mismo he pensado yo. No le gusta ocultar cosas durante demasiado tiempo.

—Ya… ¿Lo estás pasando bien? —cambió de tema.

—Sí, mejor de lo que esperaba.

—Me alegro. Ya ves que son todos muy normales. Lucas y Mónica son más extrovertidos y Nuria e Isaac, un poco menos —sonrió.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Miró hacia delante e inspiró hondo—. Creo que siempre estoy en el centro. Supongo que depende de la situación.

—A veces es mejor no estar en los extremos.

—Es posible.

Seguimos caminando tras el barullo que formaban la conversación y la risa de mis nuevos compañeros. Por lo poco que conocía a Maya, además de sexi, inteligente y profesional, me pareció cabal y con los pies en la tierra. Pero había algo en ella que

parecía esconder una vena gamberra, visceral. Habíamos follado y, desde luego, sabía lo que quería en el sexo. Quizá fuese una mujer que, a primera vista, pudiera considerarse… ¿sosa?; en cambio, yo sabía que no lo era, y estaba seguro de que las personas que la trataban más de cerca opinaban lo mismo.

Quería saber cosas de ella, pero no me atrevía a preguntarle acerca de su vida privada. Estaba claro que no tenía pareja, si no, no habría ido a un club a echar un polvo. Pero ¿qué más?

—Es aquí, chicos —anunció Lucas.

La puerta del local era una doble hoja de vidrio negro, custodiada por el típico hombre de seguridad con cara de pocos amigos. Nos echó un vistazo rápido y abrió una de las puertas para dejarnos pasar sin mover ni un solo músculo del rostro.

Dentro no había tanta oscuridad como imaginaba; las paredes estaban empapeladas con figuras geométricas de distintos colores, algo retro; la barra, a la derecha y algunos taburetes, a la izquierda; al fondo, se abría un espacio más amplio y libre que hacía de pista de baile; algunas luces parpadeantes, y poco más. Como en cualquier lugar de este tipo, la música sonaba a todo trapo.

—¿Qué queréis tomar? —nos preguntó Mónica.

—Yo quiero un *gin-tonic*, pero poco cargado, por favor —Maya hizo hincapié en ese detalle.

Mi compañera sonrió y luego me miró.

—Lo mismo. —Señalé a Maya.

—Dios, sois peor que Martín. —Y se marchó con los otros.

Maya caminó varios pasos detrás de ella.

—No me fío de esta loca ni un pelo —comentó—. Y tú tampoco deberías.

Se pegó a la espalda de sus compañeros y miró por encima de sus hombros para ver al camarero poner las bebidas sobre la barra. Mientras lo hacía, se sacó una goma de la muñeca y se recogió el pelo en una coleta alta, parecida a la que llevaba cuando la conocí en el club. Ese cuello largo y suave me provocó un aguijonazo en la entrepierna. No podía pensar en eso en aquel momento. No a sabiendas de que no volveríamos a follar. Prefería olvidarme del tema a pesar de las ganas que le tenía en ese instante.

—Ya —gritó Maya, y metió el brazo entre Mónica y Nuria, para indicarle al camarero que no llenara más su copa de ginebra.

Vi a Mónica poner los ojos en blanco y a Lucas negar con la cabeza.

Un par de minutos después, Maya me ofreció una copa.

—Va a cuenta de Martín.

—Oh, qué generoso por su parte —reí.

—Por ti, Ander. ¿O debería decir Alexander? —dijo Mónica mientras elevaba su vaso.

—Ander está bien —contesté.

—Alexander suena muy… sexi. —Me guiñó un ojo con guasa.

—Tú siempre pensando en lo mismo —la riñó Lucas—. Por ti, tío. Bienvenido a esta casa de locos. —Chocó su copa con la mía, y todos dimos un trago.

—Gracias. Espero no decepcionaros.

—Bah, has pasado el filtro en una semana. Ya no te nos escapas —dijo Lucas—. Venga, a bailar. —Se encaminó hacia el fondo del local y el resto lo siguió.

—Anda, vamos. O nos arrastrarán de los pelos —comentó Maya.

El local no estaba demasiado lleno, aún era temprano, así que no tardamos en llegar hasta una mesa alta, en el rincón derecho, en la que todos habían dejado sus bebidas. Ya empezaban a moverse al ritmo de la música, y me sorprendió que Isaac y Nuria se unieran a la fiesta sin reparo alguno.

Maya dejó su copa junto a las otras, abrió el bolso que llevaba colgado al hombro y sacó su móvil. Deslizó sus dedos largos por la pantalla, la observó durante unos minutos y sonrió. Escribió algo y volvió a meterlo en su sitio.

—¿Tú no bailas? —me preguntó.

—No se me da tan bien como a ellos. —Señalé a los demás—. Pero tú no te cortes si te apetece.

—Así que eres un *aguantabarras*… —Elevó una ceja.

—Se podría decir que sí. —Soltó una carcajada—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Perdona, no es nada. Cosas mías.

—Pero es referente a mí, ¿no? Creo que debería saberlo, ¿no te parece? —Entonces fui yo quien elevó una ceja.

Incluso en la semioscuridad pude ver que se le sonrojaban las mejillas.

—Lo siento. El alcohol me hace decir e imaginar tonterías.

—Sigo esperando —la incité. No pensaba dejar de insistir hasta que lo soltara. Estaba convencido de que tenía que ver con nuestro primer encuentro.

Emitió un bufido sonoro.

—Ya sabes lo que dicen: «Quien se mueve bien bailando se mueve bien follando» —confesó al fin, con una mueca tímida en los labios.

—Ah, eso. —Me acerqué a su oído—. Prefiero reservar todos mis movimientos para follar —le susurré con todas las ganas que me había aguantado durante días.

Giró la cabeza en mi dirección poco a poco y clavó su mirada parda en la mía. Su rostro seguía sofocado, entreabrió los labios, imaginé que para replicar, pero los volvió a cerrar y me observó con los ojos más brillantes que le había visto hasta el momento.

«Ander, creo que te has pasado».

CAPÍTULO 7
Espray de defensa

Maya

¿Cómo había sido capaz de decirle semejante estupidez? Y, claro, él no podía quedarse callado. Vale. Había llegado la hora de largarse.

Aparté la vista de sus ojos, porque me estaban entrando lo siete males. Cogí mi copa y le di un buen trago.

—Disculpa, voy al baño un momento —conseguí decir, tras tragarme la vergüenza.

—Claro. —Sonrió de lado.

Me escabullí entre la gente que empezaba a abarrotar el local, con la vista puesta en mis compañeros para cerciorarme de que no se percataban de mi huida a la francesa.

Muy mal por mi parte, pero no vi otra forma de salir del atolladero en el que me había metido por bocazas. No era propio de mí, sin embargo, había algo en Ander que me provocaba ser más impulsiva que de costumbre. Y esa noche había ido demasiado lejos. En cualquier otra situación, no habría escapado como las ratas, habría plantado cara a su provocación, pero era Ander. Trabajábamos juntos, era su jefa y él era el hermano de Martín. Nuestro superior.

Conseguí salir a la calle sin ser descubierta. El aire fresco me golpeó la cara, cosa que agradecí más de lo que imaginé. Me sentía acalorada, hasta me sudaban las axilas. Dios.

Llevaba toda la noche notando el calor que emanaba del cuerpo de Ander a mi lado. Sus movimientos varoniles y enérgicos, su voz grave, su sonrisa provocativa, su mirada firme… Y ese puto aroma, a no sabía qué, que me tenía olisqueando el aire que dejaba a su paso.

Mierda.

Fuera de mi cabeza. Ya.

Caminé a paso ligero hacia mi casa, con el bolso pegado al cuerpo y los brazos cruzados sobre el pecho. No era muy tarde, pero, en los últimos tiempos, las calles de la ciudad ya no me parecían tan seguras como años atrás. Mi piso estaba cerca, aunque solía andar en alerta por si acaso.

Metí la mano en el bolso para tener las llaves preparadas en cuanto llegase al portal. Siempre pensaba en comprar algún tipo de espray defensivo, sin embargo, nunca lo hacía. Recordé que llevaba el neceser de emergencia en el bolso, así que lo abrí y cogí el desodorante de tamaño mini, perfecto para camuflarlo en el interior del puño. No era de pimienta, pero la cantidad de alcohol seguro que haría un efecto parecido.

Quizá pecaba de precavida, pero nunca se sabe.

Justo en ese instante, oí pasos un tanto erráticos detrás de mí. Aceleré y me separé de la pared de los edificios. Greta siempre nos decía que era peligroso, ya que al posible atacante le sería más fácil para atraparnos contra la fachada. Ella, en su bufete, había visto muchos casos de asaltos nocturnos a chicas. Así que caminé por el bordillo de la acera, esquivando los agujeros de los árboles, mientras seguía escuchando los pasos.

¿Estaban más cerca?

¿Eran más rápidos?

¿O era mi imaginación sugestionada?

Tenía el pulso en los oídos, quizá fuese eso.

Alguien me agarró del brazo…

—Maya…

Ni siquiera miré hacia atrás, levanté el brazo y presioné el botón del bote de desodorante durante varios segundos.

¡Pssshhh!

Me soltó en el acto y, cuando me dispuse a salir por piernas, reconocí su voz.

—Joder, me cago en la puta hostia…

—¿Ander?

Giré sobre mis pies y lo vi encorvado hacia delante, con las manos en los ojos.

Hostia.

—Dios, Ander, lo siento. —Me acerqué a él y lo cogí del brazo—. Déjame ver, por favor —le rogué. Necesitaba comprobar que no le había jodido los ojos y, en caso contrario, llevarlo a un hospital.

—Joder, ¿eso era espray de defensa? Pica un huevo… —se quejó mientras se restregaba la zona.

—De verdad que lo siento. No te frotes. —Le aparté una mano de la cara y lo vi apretar los párpados—. Ven, vivo cerca de aquí. Hay que lavártelos. —Metí la mano en el bolso, saqué un paquete de pañuelos de papel y le puse uno en la mano—. Toma, sécatelos con esto de momento. Tengo suero fisiológico y lágrimas artificiales en casa.

—Vale —cogió el papel a tientas—, gracias.

Lo agarré del brazo para dirigirlo hacia mi portal, con cuidado de que no tropezara con las irregularidades del suelo. El pobre iba quejándose en susurros y yo me sentía peor a cada segundo que pasaba.

—Es aquí. Te suelto un momento para abrir la puerta —informé.

—Sí, sí. Tranquila.

Tras entrar al edificio y subir en el ascensor hasta el último piso, estábamos en el recibidor de mi casa. Encendí las luces, dejé el bolso en el suelo y, sin soltarlo, me quité las deportivas que me había puesto para ir cómoda a cenar.

—Vamos, te llevaré al baño.

—Ya no me pican tanto —dijo con voz nasal, ya que llevaba el pañuelo pegado a la cara.

—Eso es estupendo, pero hay que lavar bien la zona. Los desodorantes llevan mucho alcohol.

—¿Me has rociado con desodorante? —Se paró en seco en medio del salón, aunque yo tiré de él hacia el lavabo de mi habitación.

—Sí, era lo único que tenía a mano. Lo siento.

—Pero ¿por qué?

—Eh… Pensaba que eras un asaltante.

—¿Un asaltante? Llevaba varios metros llamándote.

—¿En serio? No te oí… —Entramos a mi baño y lo giré de espaldas al retrete—. Siéntate aquí.

—¿De verdad no me escuchaste? —Se inclinó sobre el asiento con cuidado.

—Claro que no. Me habría parado. —Abrí el armario y saqué el suero, las lágrimas y un paquete de gasas.

—Pensé que era porque… estabas enfadada.

—¿Enfadada?

—Te has ido sin despedirte, ni siquiera me has dicho que te marchabas.

—Ya… Lo siento. Es que… —Me giré en su dirección. Ander se había quitado el pañuelo de los ojos cerrados. Tenía los párpados irritados; el izquierdo más que el derecho, aunque no parecía una lesión preocupante—. Bueno, no se me ocurre ninguna excusa, la verdad.

—He creído que te había molestado lo que te he dicho. —Entreabrió los ojos.

—No, no. No pasa nada. —Abrí varias monodosis de suero y empapé un par de gasas.

—Sí pasa, Maya. —Parpadeó varias veces hasta que tuvo que cerrar de nuevo los ojos—. Joder, hablar sin poder mirarte es un asco.

—Luego hablamos. Ahora voy a limpiarte. —Cogí una gasa con cada mano y me acerqué a él—. Levanta la cabeza, por favor.

Hizo lo que le pedí. Sin pensarlo demasiado, me metí entre sus piernas abiertas para colocar los parches mojados sobre sus párpados.

—Oh, Dios, sí —gimió. Sonreí y se me escapó un bufido por la nariz—. Eso, encima de que me atacas, te ríes —bromeó.

—Perdona, me ha hecho gracia tu expresión de alivio.

—Puedo hacerlo yo. —Levantó los brazos.

—No, tranquilo. Es lo menos que te debo por casi dejarte ciego.

—En eso tienes razón —sonrió.

Moví las gasas sobre su piel para retirar el máximo posible de sustancias químicas. Algunas gotas de suero se deslizaron por sus mejillas y recorrieron su garganta hasta caer sobre su camisa. Tragó

saliva y su nuez de Adán se movió prominente por la postura inclinada de su cuello hacia atrás.

A causa de la preocupación por haberle causado un estropicio ocular, no pensé en que llevarlo a casa fuese un problema. Pero en ese momento, con su rostro a la altura de mis pechos, los labios entreabiertos y mis piernas rodeadas de las suyas, me vino a la cabeza el motivo por el cual había huido del *pub*. Volví a bufar, esa vez por la boca.

Dejé los parches improvisados sobre sus pómulos y cogí más suero. Se lo rocié sobre los ojos con cuidado, tanto la rojez como la hinchazón habían bajado bastante. Menos mal.

—¿Puedes abrirlos? —le pregunté.

—Creo que sí. —Movió los párpados y, poco a poco, los despegó hasta que su mirada azul, un tanto irritada, se fijó en la mía.

—¿Ves bien?

Parpadeó varias veces seguidas.

—Sí, eso parece.

Deposité de nuevo las gasas.

—Déjatelas un momento ahí, ¿vale? Solo queda secártelos y poner las lágrimas para que no se te resequen y ayuden a expulsar los posibles restos de químicos.

—¿Te ha pasado esto alguna vez? Parece que sabes bien lo que hay que hacer.

—Sí, alguna vez —contesté sin darle importancia. «No hay nada como tener dos hijas para aprender diferentes tipos de primeros auxilios», quise continuar, pero me callé—. Voy a por una toalla pequeña, están en el otro baño.

—De acuerdo. No me moveré de aquí.

Salí hacia el pasillo y, antes de entrar en el baño de las niñas, cerré la puerta de su habitación. No quería ocultarle que tenía familia, aunque tampoco que lo viera de sopetón. Sabía que habría algún juguete en el salón, incluso en la cocina, pero intentaría que se marchara pronto de mi piso. De repente, no me sentía cómoda, no porque fuese Ander quien estuviera allí, sino porque no me gustaba que ningún hombre subiera a mi casa. Ni tampoco ir al piso de nadie, por eso iba al club. Era un lugar neutral y, además, el

personal del local se implicaba en la seguridad de las personas que interactuaban.

Aquello había sido una emergencia y Ander no era un completo desconocido, aun así, me sentí como si invadieran mi intimidad. Sí, yo había decidido que entrara, habría sido de mala persona dejarlo tirado en la calle. Podría haberlo llevado al centro médico, pero sabía que se podía solucionar más rápido de ese modo. Era cuestión de actuar enseguida para evitar una irritación peor.

—Aquí tienes —dije al entrar de nuevo en el baño, con la toalla.

Se giró hacia mí, estaba de pie, frente al espejo, comprobando el estado de sus globos oculares.

—Gracias. Creo que no me quedaré ciego de esta —bromeó. Sonreí sin mucho afán—. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí. —Mis pensamientos se habían trasladado a mi rictus, al parecer—. Solo estoy cansada y me siento mal por haberte… atacado. —Sonreí algo más.

—Tranquila, ya no me pican ni me duelen. Me seco bien la zona y me marcho —contestó.

Entonces me sentí una borde. Y culpable. Estaba claro que había notado mi rechazo a que se encontrara en mi territorio privado.

—Hay que ponerte las gotas.

—No es necesario. Tengo en casa, no te preocupes.

No supe si mentía o no, pero solo sería un momento y ya estábamos allí.

—No digas tonterías, será un minuto. Venga, siéntate. —Le indiqué con la mano que volviera a ocupar el retrete.

—Está bien, como quieras.

Una vez se colocó, cogí la monodosis y me acerqué de nuevo. Él miró hacia arriba y, con una nueva gasa, le abrí el ojo desde la ojera para dejar caer un par de gotas en cada borde interior del párpado.

—Listo —anuncié.

—Genial. Gracias, Maya. —Se levantó y se miró en el espejo por última vez.

—De verdad que lo siento. —Lo dije con sinceridad, aunque no sabía si era por mi ataque, por la contrariedad de tenerlo en casa o por ambas cosas.

—Y yo te digo que no pasa nada. Al menos, sabes que ese desodorante sirve como arma de defensa. —Sonrió y se encogió de hombros.

—Eso parece…

—Anda, acompáñame a la puerta. Antes he entrado a ciegas y no sé muy bien dónde está la salida.

—Claro.

Caminé con Ander pisándome los talones. No me detuve hasta llegar al recibidor y Ander no hizo ningún comentario respecto a mi hogar. Cosa que agradecí. Abrí la puerta y me aparté para que él pudiera salir.

—Gracias de nuevo. Nos vemos el lunes en la oficina —se despidió en el rellano mientras se dirigía a la escalera.

—Puedes usar el ascensor —le indiqué.

—Prefiero bajar andando. Gracias.

—Bien. Que tengas un buen fin de semana. Hasta el lunes.

Descendió al trote los escalones hacia el piso inferior. Cerré la puerta y apoyé la frente en la madera.

¿Por qué me había comportado así? Ander era un compañero de trabajo, habría hecho lo mismo por Lucas, Mónica, Isaac y Nuria, y estaba convencida de que no me habría sentido de ese modo.

¿Solo era porque me había acostado con él? ¿O era por algo más?

CAPÍTULO 8
Dónuts

Ander

El lunes por la mañana pasé por una pastelería que había descubierto en mi barrio a por una caja de dónuts artesanos. Quería agradecer la cena del viernes a mis compañeros y también disculparme por haberme ido antes de lo previsto.

—Buenos días, colega —me saludó Lucas, en cuanto entré a la zona de descanso. Siempre era el primero en llegar.

—Buenos días. ¿Qué tal el fin de semana?

—De lujo. Te perdiste una fiesta cojonuda. Bueno, dos.

El sábado, Lucas me escribió para invitarme a salir con sus amigos, pero yo aún tenía que deshacer varias cajas, ordenar mi piso y ponerme al día con los expedientes de los clientes que me había asignado Maya, así que decliné su oferta.

—Estoy seguro de ello. —Deposité la caja en la encimera, junto a la cafetera.

—¿Qué traes ahí? —Se asomó por encima de mi hombro.

—Algo para agradeceros que me hayáis aceptado sin reparos. —Abrí la tapa.

—Buah, me flipan estos dónuts. —Metió la mano y cogió uno.

Me preparé un café mientras oía los gemidos de placer de Lucas al comerse el dulce. Reí por lo bajo. Era genial ver a alguien disfrutar de cada cosa que hacía; tanto de ir a bailar como de engullir una masa frita llena de azúcar.

—Me alegra saberlo. —Me di la vuelta con una sonrisa.

Lucas me miró y estalló en carcajadas, al tiempo que me señalaba con un dedo.

—Tío, lo tuyo con las corbatas es de traca —se mofó.

—Lo dice el de las camisetas más *discretas* que he visto en mi vida —contraataqué.

—En eso tienes razón. —Siguió con la risa y el donut. No entendía cómo no se atragantaba—. Por cierto, ¿te dijo Maya por qué se marchó el viernes? No se lo tengas en cuenta, es más madura que nosotros. —Se puso el dedo índice en la sien.

La noche del viernes, al ver que Maya no volvía del baño, fui a buscarla, por si le hubiera ocurrido algo. No la encontré, claro. Así que se lo dije a mis compañeros, no le dieron mayor importancia; al parecer, Maya solía marcharse antes, a veces sin avisar para que no la convencieran de quedarse. Pero yo le había dicho algo inapropiado, por lo que decidí salir a la calle a buscarla, después de que Nuria me dijera que vivía a pocas calles del *pub* en el que estábamos.

Cuando me escribió Lucas el sábado, me preguntó si la había encontrado. Tan solo le contesté que sí y que la había acompañado hasta su portal, para que no fuese sola. Guardé el resto de la escena para mí.

—Que estaba cansada y que tenía cosas que hacer el sábado por la mañana.

—¿Ves? Ya te lo habíamos dicho. Tenías que haber vuelto después, lo pasamos de coña.

—No lo dudo —sonreí—, pero yo también tenía asuntos pendientes.

Seguimos hablando acerca de lo que habíamos hecho durante el fin de semana mientras llegaban los demás. Todos agradecieron los dónuts y se mofaron de mi corbata; al menos, ese detalle parecía haberlos ayudado a no tener en cuenta que era el hermano del jefe y que podían tratarme como a un igual. Tampoco yo les había dado motivos para lo contrario, así que me alegré de que la incipiente relación con ellos fuese de lo más natural.

A pocos minutos de empezar la jornada, nos dirigimos a nuestros puestos. El despacho de Maya estaba vacío, al parecer, llegaba tarde. Aunque yo no era nadie para juzgar su horario; sabía que los responsables de departamento solían trabajar de más en demasiadas ocasiones.

Preparé todas las notas que tenía en la *tablet* y organicé mi agenda para la semana. Debía familiarizarme con los datos de los clientes y ver las campañas que se habían realizado para ellos durante los últimos meses.

Maya llegó media hora después, a paso ligero y contundente, encima de esos tacones que sobresalían un centímetro de sus pantalones amplios de traje.

Dios, cómo me gustaba verla entrar con esa seguridad.

—Buenos días, chicos. Sala de reuniones en diez minutos —anunció antes de cruzar el umbral de la puerta de su despacho.

—A sus órdenes, jefa. —Lucas, como ya empezaba a ver, siempre estaba contento y no dejaba las bromas aunque la cosa se pusiera estresante.

Nos dirigimos a la sala antes de que Maya saliera de su oficina. Llegó justo cuando nos habíamos acomodado alrededor de la mesa. Y, como cada lunes, comenzamos la reunión referente a los temas que teníamos pendientes para esa semana.

Intentaba estar alerta a todo lo que decían mis compañeros, para enterarme de sus ideas, sus expedientes y adaptarme a su forma de trabajar, pero era imposible no fijar mis ojos en ella. En Maya. No sabía qué tenía, por qué no podía dejar de observarla. Sus gestos enérgicos, su voz clara, su mirada atenta… Todo en ella me parecía fascinante.

Sabía que debía hablar acerca de mis avances, así que tuve que hacer un esfuerzo mayor del que creí para centrarme y no perderme en el calor de sus ojos. Debía ser profesional, Martín había confiado en mí.

Al terminar la reunión, mis compañeros salieron con rapidez de la sala; yo me quedé un poco más rezagado, siempre tenía la necesidad de estar a solas con Maya, aunque fuese un momento, aunque no nos dirigiéramos la palabra.

—Ander —me llamó.

—¿Sí?

—¿Qué tal los ojos? —preguntó con un rictus amable.

—Bien. Cuando llegué a casa, apenas notaba una ligera… molestia. Pero el sábado ya me levanté como si no hubiese ocurrido

nada.

—Me alegra saberlo. Y… te pido perdón de nuevo. —Movió su mirada hacia mi corbata y sonrió.

—No te preocupes, de verdad. No hay nada que perdonar.

—Vale… —asintió.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, sabía que no teníamos más temas que comentar, por lo que, a mi pesar, seguí recogiendo mis cosas.

—He dejado unos dónuts en la sala de descanso, por si te apetece. Aunque, si no te das prisa, quizá Lucas los acabe antes de que puedas probarlos.

—Oh, gracias. No diré que no a un buen dulce. Ahora entiendo lo de tu… corbata. —Sus labios se elevaron en una sonrisa amplia y directa.

—Sí, al parecer, aparte de por divertidas, me las pongo a conjunto con el día —bromeé al tiempo que cogía la punta de la prenda, con fondo azul claro y llena de dibujos de dónuts bañados en azúcar de colores.

—Bueno, así sabremos a qué atenernos contigo solo con mirarte la corbata cada mañana. —Rio mientras también recogía sus documentos de encima de la mesa.

—Supongo que sí. —Me encogí de hombros antes de darme la vuelta para salir de la sala.

—Me alegra ver que has congeniado bien con todos —añadió.

Giré el cuello para mirarla. Estaba al otro lado de la estancia, con su traje impoluto, inclinada y las manos apoyadas sobre la superficie pulida, sus ojos clavados en mi rostro.

Dios, me dieron ganas de agarrarla por detrás y…

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Yo también. Sois todos geniales.

Y salí de allí como alma que lleva el diablo, porque empezaba a notar una sensación electrizante y morbosa entre las piernas.

CAPÍTULO 9
Por los polvos apoteósicos

Maya

Esa semana fue un tanto intensa. Nos reunimos a diario desde el lunes hasta el miércoles para afinar las propuestas que debíamos exponer a los directivos de NQ el jueves por la mañana. Lucas, Mónica y yo fuimos quienes presentamos los proyectos, y Martín nos acompañó para dar apoyo y demostrar al cliente que su cuenta era significativa para nuestra compañía. El director de Publicidad solo acudía a las reuniones importantes, como solía bromear Martín.

Aunque supiera que las ideas eran buenas, siempre tenía la duda con respecto a que nuestros interlocutores entendieran las premisas. Pero en cuanto Lucas y Mónica empezaron a desgranar el proyecto con esa pasión que los caracterizaba y vi a los directivos asentir y sonreír, los nervios desaparecieron por completo. Confiaba plenamente en el equipo, pero a veces las cosas no salían como una quería.

El viernes por la tarde estaba reventada y, con todo el dolor de mi corazón, me sentí aliviada al pensar en que mis hijas estaban con su padre. Necesitaba un descanso, silencio y tirarme en el sofá después de una buena ducha.

A veces me daba por reflexionar que el divorcio había sido lo mejor que me había pasado. Tenía dos hijas maravillosas y, además, tiempo para mí y descansar. Luego me regañaba por pensar de ese modo. No poder disfrutar de ellas a diario también me generaba un sentimiento de culpa, como si hubiese destruido el entorno familiar al que pertenecían y haberlas obligado a tener una vida medio nómada entre nuestro hogar y el de Iker. Pero, al mismo tiempo, eso me hacía sentir mal, porque crecer en una familia en la que los

adultos no tenían nada que compartir, hablar o disfrutar tampoco me parecía un ambiente justo para ellas. Y así entraba en un bucle hasta que me quedaba dormida en el sofá, tras una cena ligera, una copa de vino y una película a medias.

Dedicaba los fines de semana que estaba sola a hacer la compra para toda la semana, limpiar y ordenar el piso y salir con mis amigas si estaban libres o ir al club si me apetecía.

Ese sábado quedé con Greta y Nora para cenar en un restaurante del centro al que nos gustaba ir.

Tras los saludos de rigor y sentarnos a la mesa, pedimos varios platos para compartir y una botella de vino blanco.

—¿Qué tal con el hermano de Martín? —preguntó Greta.

—Ha congeniado con todos, la verdad. Ah, y Martín confesó en la cena del viernes pasado que son hermanos.

—Bien por Martín, no tenía sentido ocultarlo —opinó Nora.

—Eso está genial, pero yo quiero saber cómo llevas… lo tuyo con él —insistió Greta.

—¿Lo mío?

—Sí, esas dudas, esas comeduras de olla.

—Bien. Tengo claro que no hay nada y no lo habrá —atajé.

Greta me miró con una ceja alzada.

—¿Y ya está? ¿Tantas vueltas para nada?

—A ver, Greta, es que no hay nada más. Nos acostamos, trabaja en la empresa y ya. ¿Qué más tiene que haber?

—Que te gusta.

—No me gusta.

—Negarlo no va a hacer que desaparezca.

—¿Hoy te mantienes neutral? —pregunté a Nora.

—Hoy le doy la razón a Greta. —Se encogió de hombros.

—¿Perdón?

Greta elevó el brazo y Nora le chocó los cinco.

—Es tu forma de negarlo, con tanta vehemencia, lo que me hace sospechar que no nos lo has contado todo —siguió mi amiga, la zen.

Vale, no les había contado lo que ocurrió con Ander y el desodorante, pero eso no tenía nada que ver con que me gustara o no. Además, había pasado una semana tranquila con ese tema. La

clave había sido estar demasiado ocupada para pensar en él, a pesar de haberme fijado en cada uno de sus trajes y sus corbatas a juego.

—Es cierto que no os he contado algo, pero fue un accidente —confesé al fin.

—¿Qué coño has hecho? —preguntó Greta con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué asumes que he hecho algo?

—Porque, si no fuese así, nos lo habrías contado de inmediato —contestó Nora.

—Genial. Hoy os tengo a las dos en contra.

Ese fue el momento que eligió el camarero para depositar algunos platos sobre la mesa. Esperaba que la interrupción hiciera desistir a mis amigas en su intento de sonsacarme. Pero no tuve esa maldita suerte.

—Vamos, seguro que no es tan malo —me animó Nora.

—¿No hay otros temas de conversación? No sé… algo de vuestras vidas.

—Nuestras vidas son aburridas; maridos e hijos, ya sabes —contestó Nora.

—La tuya es más emocionante —añadió Greta.

—¿En serio? ¿Desde cuándo mi vida se ha convertido en vuestro entretenimiento? —bromeé.

—Desde que te divorciaste —sentenció Greta.

—Chica, pues divórciate tú, verás qué divertido —me mofé, antes de tomar un trago de vino.

—Ay, no. Raúl es un encanto. —Greta sonrió con ojos de cordero degollado.

—Y el único que te aguanta —añadió Nora con guasa.

—En eso tienes razón; otro ya me habría mandado al Congo belga. —Se rio, esta vez, a carcajadas. Al menos, habían dejado su fijación por mí—. Pero no estamos hablando de eso. —Me miró y supe que se había acabado el tiempo muerto.

—Vale. Os lo cuento —me rendí.

Les expliqué lo que le hice a Ander el viernes por la noche. Con todos los detalles, para que no empezasen a preguntar.

—Ay, Dios. —Greta se echó las manos a la boca, sorprendida.

—Lo sé. Soy un desastre. Casi lo dejé ciego. Me sentí fatal —contesté.

—No, joder —gritó ella—. Que también le gustas.

Cerré los ojos y suspiré.

—¿Es que no has escuchado nada de lo que he dicho? Que lo ataqué con un puto desodorante.

—Bah, eso es lo de menos. Además, pensaste que era un maleante, así que hiciste bien.

—Yo flipo contigo…

—No alucines tanto, ya conoces a Greta. Siempre ve más allá de lo evidente —intervino Nora con una sonrisa.

—¿En serio no tenéis nada mejor de lo que hablar? No sé… Nora, ¿ninguna alumna se ha caído de esas camas de pilates que usas en tus clases, o algo parecido?

—No. Todo está en orden en mis clases de yoga y pilates —respondió como si tal cosa, antes de meterse una patata frita en la boca.

—¿Lo ves? Seguimos contigo. Le gustas y quiere volver a meterse entre tus piernas. Debiste de impresionarlo que te mueres. —Alzó las cejas varias veces.

—Dios… —Me tapé los ojos con una mano—. No puedo con vosotras.

—Pues únete. —Greta levantó su copa de vino en el centro de la mesa. Como Nora la siguió, no tuve más remedio que elevar la mía —. Por los polvos apoteósicos —brindó.

Me dieron ganas de matarlas. Ya tenía bastante con mis ruidos mentales con respecto a Ander como para que vinieran ellas a inflarlos con sus especulaciones. Sí, yo también había pensado en esa última frase que dijo en el *pub*; esa que provocó que saliera corriendo sin mirar atrás.

Y, además, pasé la mayoría de las noches, antes de dormirme, evocando la imagen de sus labios entreabiertos mientras le limpiaba el estropicio.

Su ceño fruncido cuando parpadeaba para abrir los ojos.

Su expresión preocupada al ver mi cambio de actitud cuando comprendí que no debía tenerlo en casa.

Su espalda ancha al bajar los escalones…

Maldita sea, tenía que quitármelo de la cabeza como fuese.

¿Cómo?

Al salir del restaurante y despedirme de mis amigas, volví al club, después de dos semanas, con la intención de arrancarme de la mente y de la piel la sensación de que Ander continuaba ahí. No entendía muy bien por qué seguía dándole vueltas al asunto. Jamás me había pasado con ningún otro hombre con el que me hubiese acostado desde que me divorcié, que tampoco eran tantos.

Greta fue quien encontró el club, después de una conversación, en la que estábamos un poco borrachas, acerca de que echaba de menos tener un orgasmo en condiciones. La primera vez que entré en el local, casi seis meses antes, Greta y Nora me acompañaron hasta la puerta; luego se quedaron en el coche, a la espera de que saliera para que les contara cómo me había ido.

Así eran mis amigas.

En una ocasión, vi que Greta llevaba una pala en el maletero. Era una pala mediana de jardinería, pero una pala, al fin y al cabo. Y, en muchas conversaciones, no se cortaba en decir que estaba dispuesta a utilizarla.

CAPÍTULO 10
Aquí soy Hans

Ander

La vi en cuanto entró. Más que nada porque estaba sentado al fondo de la barra, desde donde tenía una visual perfecta de la puerta; el mismo lugar en el que me había arrinconado la noche anterior. Sí, fui al club a tratar de encontrarla dos noches seguidas. No hubo suerte la del viernes.

Caminó hasta la punta opuesta de mi posición. El vestido azul hasta las rodillas le bailaba alrededor de las piernas y los botines negros de tacón resonaban sobre las baldosas, a pesar de que la música inundaba el lugar. O era yo, que tenía todos mis sentidos puestos en ella. Se sentó en un taburete alto e hizo un gesto con la cabeza para que el camarero la atendiera cuando estuviese libre.

Se quitó la cazadora de cuero y la colgó en el respaldo de su asiento. Sacó el móvil, para dejarlo sobre la tarima brillante, y se acomodó el bolso en el regazo. Pocos segundos después, el barman se acercó, tuvieron una conversación de pocos segundos y se retiró un par de metros para coger la copa y las botellas que necesitaba. Un Margarita, adiviné por los ingredientes.

Mientras tanto, Maya jugueteaba con el teléfono, sin hacer demasiado caso a las personas que había a su alrededor. El lugar no estaba demasiado lleno, aún quedaba algún taburete vacío en la barra y varios asientos de las mesas, en la zona de los reservados.

En cuanto el camarero puso la copa frente a ella, me levanté y fui en su dirección. Nos separaban unos cuatro metros de barra, pero se me antojaron trescientos kilómetros.

—Hola, Brenda —dije a su espalda.

Se giró de inmediato, aún con la pantalla entre los dedos. Abrió los ojos con sorpresa.

—Eh… Hola, And… Hans —tartamudeó.

—¿Puedo… acompañarte? —pregunté al tiempo que levantaba mi copa frente a ella.

—Oh, claro. —Se recolocó en su asiento, como en un intento de hacerme sitio.

No había ningún taburete desocupado junto a ella, así que me alejé y cogí uno que había libre, a mitad de la barra. Lo coloqué a su lado y me senté.

—¿Cómo estás? —Intenté sonar lo más casual posible. No quería parecer intrusivo.

—Bien. ¿Y tú? —Dio un sorbo a su bebida y varios cristales de sal del Margarita se quedaron pegados a sus labios.

No pude evitar clavar mi vista en ellos.

Cogió la servilleta que tenía bajo la copa y se limpió con ella a toquecitos.

—Genial también —sonreí.

—Oye, Ander…

—Aquí soy Hans, ¿recuerdas? —la interrumpí—. ¿A qué te dedicas, Brenda? —Me llevé el borde de mi vaso a la boca.

—¿En serio? —Alzó una ceja y sonrió. Asentí—. Soy publicista.

—Oh, vaya, qué casualidad. Yo también —dije con fingido tono de sorpresa.

Maya se llevó la mano a la boca para ahogar una carcajada. No tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo; lo único que quería era seguir allí, con ella. Hacerla reír, que se relajara, porque parecía un tanto tensa. No sabía si se debía a algo personal o por habernos encontrado.

—Ah, ¿sí? Menuda coincidencia —me siguió el juego.

—De hecho, he empezado a trabajar en una nueva empresa hace dos semanas —expliqué, algo obvio que ella ya sabía.

—Eso es estupendo. Y, ¿qué tal te va? Siempre es complicado comenzar en un nuevo sitio.

—La verdad es que muy bien. Hasta organizaron una cena para darme la bienvenida. Son buenos compañeros.

—Oh, vaya, qué suerte.

—Sí. He tenido suerte. Sobre todo, teniendo en cuenta que vengo de Estados Unidos. Viví allí un buen puñado de años.

—¿Eres estadounidense? No tienes acento.

—No, soy español. Mis padres se trasladaron allí cuando yo tenía quince años.

—Y, ¿estás mejor aquí o allí?

—Si te soy sincero, nunca quise irme, pero tuve que hacerlo, porque no podía quedarme solo. Bueno, solo no. Tengo un hermano que no vino con nosotros, porque es mayor que yo y ya estaba montando su vida aquí, pero no hubiese sido justo para él cargar conmigo. —Me encogí de hombros, como si aquello hubiera sido de lo más normal para mí, aunque fue algo que me costó asimilar. Vivir sin Martín fue un tanto duro al principio. No sabía muy bien por qué le contaba todo eso; era más que probable que ya lo supiera. Lo único que me apetecía era seguir hablando con Maya.

—Así que ahora estás recuperando el tiempo perdido con tu hermano, imagino.

—En efecto —sonreí—. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás a gusto en la empresa? —Volví a beber de mi copa. Era mejor hablar de trabajo que de temas personales, al menos, creí que esa era una zona más segura para ella.

—Lo cierto es que sí. Empecé hace siete años en el Departamento de Planificación Estratégica. Allí hacía estudios de mercados, sobre todo. Informes y demás, ya sabes. Un poco aburrido, la verdad, pero fue donde conocí el sector en el que trabajo, así que me sirvió de mucho. Pasé por casi todos los departamentos. Ahora soy la directora de Grandes Cuentas. Tenemos nuestro propio equipo creativo y nos dedicamos de pleno a los clientes más relevantes —explicó con una mezcla de orgullo y timidez.

—Vaya, eso es genial. Seguro que eres una mujer muy ocupada.

—Y estresada. —Rio de forma comedida.

—¿Por eso vienes aquí? ¿Para bajar el nivel de estrés? —bromeé.

—En cierto modo. —Miró a su alrededor—. Aquí me siento tranquila y segura. Alguna vez he ido a *pubs* «normales», pero fue

un poco incómodo para una mujer sola. No sé si me entiendes.

—A la perfección.

—Comprendo que los tíos quieran entrarle a una mujer, pero no me gustó el *estilo* que se lleva en esos sitios. Aquí, si dices «no», se retiran y no insisten. A veces, solo vengo a tomar algo, por salir a despejarme, y vuelvo a casa.

—Claro. No es imprescindible venir a… —Señalé la zona del fondo.

—Follar —acabó la frase—. Puedes decirlo.

Parecía mucho más segura que la noche de la cena.

—A follar. Exacto.

—Y tú, ¿has venido a follar esta noche? —preguntó con su vista clavada en la mía.

—No necesariamente… También me gusta hablar con una mujer interesante, inteligente y encantadora. —Le sostuve la mirada sin parpadear.

—Yo sí venía dispuesta a echar un polvo —susurró.

Tuve que tragar saliva por la forma en que sus ojos se movieron hacia mi boca. No estaba seguro de que mi cerebro interpretara las señales de la forma correcta; en cambio, mi cuerpo lo tenía bastante claro. Sentí un calor subirme por el pecho y bajarme hasta las ingles.

—Y, ¿sigues dispuesta? —murmuré.

Se acercó despacio a mi rostro, hasta que apenas estuvo a unos centímetros.

—¿Tú qué crees? —El aroma cítrico de su aliento acabó de encender el resto de mis terminaciones nerviosas, en especial, las que palpitaban en mi entrepierna.

Sin esperar respuesta, cogió su chaqueta y se dirigió hacia el fondo del local. Por poco tropecé con las patas de su taburete al bajar del mío para seguirla.

CAPÍTULO 11
Besos rojos

Maya

A tomar viento las dudas y las comeduras de cabeza. En cuanto me giré y lo vi, supe que caería de cuatro patas —o en cualquier otra postura—. Vestía de absoluto negro, pantalón y camisa, y llevaba el pelo medio despeinado hacia atrás, como si se lo hubiese mesado varias veces. Así que sus ojos azul oscuro resaltaban como dos puñeteros neones.

Su conversación distendida, estaba segura de que para que no volviera a salir corriendo, me tranquilizó y me sedujo a partes iguales. Su rictus relajado, sus gestos calmados, su voz apaciguadora… Todo en él gritaba excitación comedida. Él trataba de ocultarla, yo procuraba obviarla. Hasta que ya no pude más.

Había ido con la idea de olvidarme del asunto, y me encontré con el *asunto* de frente. Ni siquiera se me ocurrió que él volviera por allí. Pero yo no era de las que huían, aunque lo hubiese hecho la semana anterior; era de las que cogían el toro por los cuernos, a pesar de las dudas iniciales. Y esa vez no iba a ser diferente.

Me atraía Ander.

Quería echar un polvo con Ander.

A la mierda que trabajáramos juntos.

A la mierda que fuese su jefa.

A la mierda que fuese el hermano de Martín.

A la mierda que, con seguridad, era algunos años más joven que yo.

Arreglaría las consecuencias tal y como vinieran después. Como había hecho siempre.

Entramos en la habitación, después de gestionar el pago en la pequeña recepción de la zona. Ander caminó hasta el centro de la estancia, yo solté mis cosas sobre la butaca y me apoyé en la puerta cerrada.

—¿Hoy no llevas corbata? —le pregunté.

Sonrió de lado.

—Me la he quitado hace un rato. ¿Quieres que me la ponga?

Asentí despacio.

Sin dejar de observarme, metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó la tela bien doblada. También era negra, aunque pude ver algunos trazos de rojo. La sacudió en el aire y, después, la alisó con las manos. Se la pasó por detrás de la nuca, se levantó el cuello de la camisa y se abrochó el primer botón. Yo seguía totalmente quieta, pero no perdía detalle de todos sus movimientos y de sus ojos fijos en los míos. Entrelazó los dos extremos y recolocó el nudo bajo su nuez de Adán. El fondo quedó casi oculto sobre su pecho, así que pude ver por fin los dibujos que bailaban sobre la tela. Besos rojos.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Muy apropiada. Como siempre —murmuré, antes de separarme de la puerta.

Hasta que no di el primer paso, no me percaté de que me temblaban las piernas, de que tenía el pulso acelerado y de que me costaba respirar. Hacía mucho que no disfrutaba de un preliminar tan emocionante, de que el hombre que tenía delante, aparte de excitarme, empezaba a gustarme más de lo que estaba dispuesta a pensar. Avancé los dos metros que nos separaban y me planté frente a él. Ander continuó sin moverse, a la expectativa. Me dejaba llevar el ritmo, la pauta, el plan… Aunque ambos sabíamos que no había ninguno.

Agarré la corbata, la enredé en mi mano y tiré un poco hacia mí.

—No me toques la corbata, Maya… —me advirtió, con un brillo animal en los ojos.

—¿O qué? —lo provoqué. Apreté más el puño alrededor de la tela.

Su respuesta fue estampar su boca en la mía, envolver mi espalda con sus brazos y hacerme retroceder los pasos que había dado hasta estrellarme contra la madera en la que había estado apoyada momentos antes.

Me aferré a su cuello con la otra mano, sin soltar su corbata, y me impulsé con las piernas para subirme a sus caderas. Gruñó en mis labios, su lengua entró más profundo en mi boca y dejó caer el peso de nuestros cuerpos sobre la puerta.

Sentí el calor trepar por cada poro de la piel, el aroma de la suya se mezclaba con el mío, mientras seguía atacando mis labios sin tregua. Me faltaba el aire, me faltaban manos y me sobraban ganas. Demasiadas ganas.

Nos separamos de golpe. Hiperventilábamos. Notaba el hormigueo que su embestida había dejado entre mis piernas. Y necesitaba más. Mucho más.

—Así que… ¿te excita que te cojan de la corbata? —pregunté entre jadeos.

—¿Te parece raro?

—No. Solo es curiosidad.

—¿Por qué la has agarrado tú? —cuestionó.

—Porque… te deseo —murmuré—. Ha sido una forma de hacerte ver que te deseo —repetí con convicción.

—Pues ahí tienes la respuesta a tu pregunta. —Entrecerré los ojos—. No hay nada que me excite más que sentir que la persona con la que estoy me desea igual que yo a ella.

—¿Por eso siempre la llevas?

—No siempre. Solo cuando… quiero ver la reacción de alguien. —Recalcó la última palabra.

—En el bar no la tenías.

—Me urgía ir a hablar contigo. Pero cuando me has pedido que me la colocara, se me ha puesto dura. Muy dura. —Se restregó entre mis piernas para que comprobara que no mentía.

—¿La corbata? —bromeé.

Necesitaba un pequeño respiro; algo que bajara la velocidad a la que iba la sangre por mis venas. Me sentía a punto de estallar.

—La polla, Maya. Me pones la polla muy dura incluso cuando observas la corbata que visto en la oficina.

A la porra el descanso.

Me lancé de nuevo a besarlo.

Con labios, con lengua y con dientes.

Con ganas.

Con toda la intención de que volviera a notar el frenesí de mis gestos.

En cuanto nuestras bocas se acoplaron, se dio la vuelta y me cargó hasta la cama. Me soltó despacio y ambos reptamos por las sábanas, sin dejar de besarnos, hasta que mi cabeza quedó acomodada sobre la almohada. Fue ahí cuando empezó de verdad una lucha encarnizada por sacarnos la ropa a manotazos y tirones.

—Si no me sueltas, no podré quitarme la camisa —jadeó entre beso y beso.

—Sí puedes —respondí, antes de desabrocharle el primer botón y deslizar el cuello de la camisa por debajo de la corbata, que aún agarraba con fuerza en mi mano.

Sonrió y negó con la cabeza. Se incorporó y se sentó sobre sus talones, para poder usar las manos. Los botones volaron fuera de los ojales bajo sus dedos ágiles y pronto quedó desnudo frente a mí, a excepción de la prenda que yo sujetaba como si me fuera la vida en ello.

Él había empezado el juego.

Yo iba a seguirlo sin piedad.

—Creo que tu fetiche es aún más pronunciado que el mío —bromeó.

—He de confesarte un pequeño secreto. —Me acerqué unos centímetros a su cara—. Me encantan los hombres con traje, así que vas a tener que lidiar con ello, señor *MepongoestasridículascorbatasparaprovocaraMaya*.

Su carcajada rebotó entre las cuatro paredes y acabó su trayectoria en mi bajo vientre. Literal. Porque fue ahí donde terminó la boca de Ander.

Ahí y en todas las partes de mi cuerpo que se le antojaron.

Una y otra vez.

Hasta que solté su corbata porque no me quedaban fuerzas.

CAPÍTULO 12
Prométemelo

Ander

Llevábamos varios minutos en silencio. Sobre la cama. Desnudos. La corbata todavía alrededor de mi cuello. Había sido una sesión doble bastante intensa. Notaba los músculos arder a pesar de que me sentía absolutamente relajado.

Giré el rostro hacia Maya, que estaba a mi izquierda; tenía la mirada clavada en el techo y respiraba ya con calma. El pelo largo y negro desparramado por la almohada, la mandíbula laxa, los labios entreabiertos.

—¿En qué piensas? —le pregunté. Estaba claro que algo le rondaba por la cabeza.

Desvió la vista hacia mí. Sonrió, pero sus ojos no lo hicieron.

—Prométeme que esto no va a suponer un problema en el trabajo.

Me acomodé de lado para verla mejor. Parecía que había llegado el momento de tener *esa* conversación.

—¿Está prohibido tener relaciones entre compañeros?

—No, pero… ya sabes que estas situaciones pueden acarrear tensión en según qué casos.

—Hay muchas razones por las que no deberíamos estar aquí, y lo sé, pero te aseguro que no voy a darte ningún motivo para que te sientas incómoda en la oficina —dije, serio—. Martín es mi hermano, tampoco quiero que él se vea envuelto en nada que tenga que ver conmigo allí dentro. Y tú eres mi jefa. No tengo ningún problema en que nos tratemos de forma cordial, natural, dentro de la empresa. Fuera, si nos apetece, podemos… vernos —expuse.

Sabía que a Maya le preocupaba ese asunto porque fue lo primero que me dijo cuando nos quedamos solos en su despacho el primer día que empecé a trabajar con ella.

«No vamos a volver a hacerlo».

Muy convencida y yo, también. Pero allí estábamos.

—Vale, pero no quiero… exclusividad. Es decir —se movió para quedar de frente a mí—, puedes quedar con otras personas, no me debes nada, ¿de acuerdo?

—Y tú tampoco a mí —añadí.

—Si alguno de los dos no quiere seguir con esto, el otro tendrá que aceptarlo, sin excusas, sin presiones, sin insistir en continuar.

—Me parece bien.

—Esto es solo sexo —sentenció.

—Y muy bueno, además —bromeé, para que dejara de sentirse tensa. Lo veía en su rostro, en la forma en que arrugaba el ceño cuando hablaba.

Por fin sonrió de verdad.

—Sí, muy bueno. —Se incorporó y me dio un pico en los labios—. Tenemos que irnos. Casi han pasado las dos horas que hemos pagado por la habitación.

Rodó sobre su espalda, salió de la cama y se dirigió al baño.

Yo volví a caer sobre las sábanas.

—Es la puta hostia de bueno —murmuré para mí.

Quizá solo fuese la novedad, hacía muchos meses que no follaba a causa de mi traslado desde Nueva York; Maya era la primera con la que había echado un polvo en mi vuelta definitiva al país que me vio nacer. Y, por casualidades de la vida, resultó ser alguien a quien tenía que ver a diario. No era algo que me preocupara, pero debía reconocer que el destino, o lo que fuera aquello, se saltaba muchas normas que, al menos yo, no lograba entender.

Entré al baño cuando Maya estuvo lista y nos vestimos con calma.

—¿Has venido en coche? —le pregunté.

—No.

—¿Compartimos taxi o prefieres volver sola a casa? Ya he pedido uno por la app.

—Está bien, podemos compartir —asintió—. ¿En qué parte de la ciudad vives?

—En la norte, cerca de la playa.

—Ah, me encanta esa zona. En verano suelo ir bastante con… —dejó la frase a medias— con mis amigas —siguió—. De hecho, hoy he salido a cenar con ellas. ¿Tienes amigos aquí? —habló de corrido.

—De momento, no. Lucas me ha invitado varias veces a salir con él y los suyos, aunque aún no he tenido tiempo. Debía acabar de organizar mi piso nuevo.

—Pues no pierdas la oportunidad de salir con ellos. Estoy segura de que te lo pasarás genial.

—Sí, no lo descarto. También tengo intención de buscar un gimnasio en mi barrio.

—Eso es estupendo. ¿Listo?

—Sí. —Acabé de arreglarme el nudo de la corbata.

—Esa corbata ha visto más de lo que debía —bromeó.

—No te preocupes, no va a volver a salir de mi casa, así que no tendrá ocasión de contar nada —le seguí el rollo.

—¿No vas a volver a ponértela? —se sorprendió.

—No —atajé—. Es más, la voy a enmarcar —dije con tono orgulloso. Su carcajada no se hizo esperar. Fue la primera vez que la escuché alta y clara. Sin matices comedidos. Sin frenarla. Una risa genuina y visceral. Sentí un cosquilleo en la nuca—. No te rías, es cierto. Lo voy a hacer. Se lo merece. —Me toqué la prenda con adoración fingida.

—Estás loco. Anda, vámonos —dijo mientras intentaba dejar de reír y se dirigía hacia la puerta.

—Espera. —Me acerqué y la cogí del brazo—. ¿Un beso de despedida?

—Claro —asintió con una sonrisa.

Nos acercamos a la vez. Ella posó sus manos sobre mi pecho, yo la rodeé con los brazos por la cintura. Jugueteó con los dedos por mi corbata.

—Maya… —advertí, con una ceja alzada.

—Vale, vale. —Rio por lo bajo.

Pegué mi boca a sus labios. Contra todo pronóstico, el beso fue lánguido, lento, como si no quisiéramos que acabara, porque eso significaría que debíamos cruzar al otro lado, al lado real, donde nuestras vidas, por mucho que nos pesara, no nos pertenecían por completo.

Reuní toda mi fuerza de voluntad para separarme de ella. La vi abrir los párpados con lentitud. Sus ojos me miraron con algo parecido a la nostalgia, no supe si era eso con exactitud; seguramente no, porque apenas teníamos dos semanas de pasado juntos.

—He disfrutado mucho —susurró.

—Yo también.

Sonrió y se apartó un par de pasos. Se alisó el vestido y se dio la vuelta hacia la salida.

Recorrimos la zona reservada para las habitaciones y entramos al bar. Maya levantó la mano para saludar al camarero, que le hizo un gesto con la cabeza. Luego, el hombre me miró a mí; también me despedí con una sonrisa comedida. Cuando salimos a la calle, había un taxi en la puerta. El número serigrafiado en la puerta me indicó que era el nuestro.

Nos montamos en la parte trasera. Maya le dio su dirección, puesto que estábamos más cerca de su piso que del mío, y se dejó caer sobre el respaldo del asiento. De repente, me pareció que estaba muy cansada, así que respeté el silencio que ella mantenía.

A esa hora de la noche, el taxista tardó menos de diez minutos en llegar al portal de Maya. Lo reconocí enseguida, de cuando salí de su casa el viernes anterior.

—¿Cuánto es? —le preguntó al conductor.

Iba a decirle que ya lo pagaría yo todo al acabar la carrera, pero estaba seguro de que ella no me lo permitiría, por lo que la dejé hacer.

—Te acompaño —me ofrecí.

—No es necesario, Ander. Estoy a dos pasos.

—Vale. ¿Llevas el desodorante? Por si acaso —murmuré con una sonrisa.

Ella se tapó la boca para no soltar una nueva carcajada.

—Lo siento —volvió a disculparse—, de verdad.

Hice un ademán con la mano para quitarle importancia.

—Nada. Ya está olvidado. Nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes.

Abrió la puerta y salió del taxi. La observé acercarse a la portería mientras rebuscaba en el bolso, supuse, la llave. Cuando la encontró y la metió en la cerradura, se giró hacia mí, sonrió y se despidió con la mano. Luego desapareció en el portal.

—Ya podemos irnos —le dije al taxista. Y le indiqué la dirección de mi piso.

Me relajé en el asiento y cerré los ojos. La imagen de Maya en diferentes situaciones en las que la había visto llenó mi mente durante todo el trayecto.

Y una sonrisa estúpida me cruzó los labios.

CAPÍTULO 13
Enchufes

Maya

El lunes me levanté más nerviosa de lo habitual. El pulso me retumbaba en las sienes, en los oídos y en el cuello mientras me vestía y me maquillaba para ir a la oficina. Por supuesto, tenía la absoluta certeza de que era por ver de nuevo a Ander.

«Maya, eres una mujer adulta. Más que adulta», me repetía cada pocos segundos. «Además, solo habéis echado un par de polvos».

Conseguí tranquilizarme lo suficiente como para salir de casa sin que me temblaran las manos. Por el amor de Dios, ni que tuviese quince años. El tráfico me pareció más infernal que nunca, como si, en lugar de personas, fueran zombis quienes iban al volante. Aparqué el coche en mi plaza del garaje y entré en el ascensor. Se detuvo en la planta baja, era habitual que parase en varios pisos para «recoger» y «soltar» gente que trabajaba en el edificio. Se abrieron las puertas.

—Buenos días —sonó una voz que me pareció demasiado conocida.

Levanté la vista de mi bolso, en el que trataba de encontrar mi teléfono, y me di de bruces con Ander. Vestía un traje gris oscuro, una camisa rosa pálido y cargaba un maletín de lona en el hombro derecho. No llevaba corbata.

—Buenos días, Ander —saludé con un amago de sonrisa.

Volví a sentir los latidos erráticos en el pecho.

Entró despacio, sin dejar de mirarme, y las puertas se cerraron a su espalda. En aquel habitáculo cabían, al menos, veinte personas; en cambio, sentí que se había llenado hasta no dejar ni un solo hueco libre.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó en tono casual.

—Eh, bien. Muy bien. ¿Qué tal el tuyo?

—No ha estado mal. —Sonrió de lado y encogió un hombro. Alcé una ceja y él soltó una carcajada—. Nada mal —sentenció más serio.

—Espero que hayas descansado.

—Como un bebé.

El ascensor se volvió a detener en ese momento. Desvié la vista hacia el marcador de pisos. Era el nuestro.

—Adelante —lo invité con la mano a salir—, hemos llegado.

—Sí, jefa —susurró muy cerca de mi rostro, y se dio la vuelta.

Dios.

Cerré los ojos e inspiré hondo.

Mal. Muy mal.

El aroma de su perfume me llegó hasta la corteza prefrontal. Era el mismo que el del sábado.

Oí que las puertas empezaban a cerrarse y me apresuré a salir.

«Maya, céntrate».

Me dirigí a la sala de descanso para dejar mi desayuno y la comida, Lucas ya estaba con un café en la mano. No había ni rastro de Ander.

—Buenos días, jefa —saludó.

«Perfecto. Ahora, cada vez que Lucas me llame así, pensaré en Ander».

—Buenos días, Lucas.

Por suerte, la conversación matutina y trivial con él me devolvió la sensatez y la concentración. Bien. Mi cerebro no había quedado dañado en términos absolutos. Las próximas semanas iban a ser intensas y necesitaba mi raciocinio intacto; no debía distraerme con las manifestaciones corporales que me provocaba ver a Ander. No podía permitirme que tuviera un hueco en mi mente, al menos, durante la jornada laboral.

Como cada lunes, nos reunimos en la sala para hablar de la agenda semanal y de la evolución de los proyectos que teníamos entre manos. Las campañas navideñas nos llevaban a todos de cabeza.

A punto de terminar, Martín entró en la estancia. En ese instante, Nuria estaba haciendo un resumen, pero se calló al oír que se abría la puerta.

—Seguid, seguid —dijo Martín, y se quedó de pie, al fondo.

Nuria continuó unos minutos hasta terminar su exposición.

—¿Todo claro? —pregunté.

—Sí.

—Muy claro.

—Cristalino, jefa.

Algunos contestaron, otros asintieron.

—Martín, ¿tienes algo que decirnos? —Sabía que, si estaba allí, era por algún motivo.

—Pues sí. —Sonrió y se acercó a mi posición, que estaba a la cabeza de la mesa. Me puse en pie—. Traigo un mensaje de Dirección General. —Miró al grupo que tenía delante con expectación —. Me han mandado a informaros que están muy satisfechos con la campaña que estáis preparando para NQ, y que, si el cliente queda igual de complacido, se os abonará un extra y dos días más de vacaciones de Navidad —anunció, orgulloso.

Como era de esperar, se formó un barullo de risas, euforia, choques de manos y algún que otro grito. Martín rio también durante unos segundos, luego levantó las manos para que se calmaran un poco.

—Chicos, por favor —los llamé al orden, porque no había forma de que se callaran.

—No cantéis victoria todavía, ya sabéis que la dirección es muy estricta con estos temas. Solo habrá bonus si conseguís un trabajo bien hecho —añadió, un poco más serio—. Pero estoy seguro de que lo lograréis. —Volvió a sonreír.

Muy bien, Martín, una de cal y otra de arena. Como siempre.

El alboroto se alejó por el pasillo cuando mis compañeros salieron de la sala.

—¿Qué tal va Ander? —me preguntó Martín al quedarnos solos.

—Bien. Se ha integrado a la perfección —contesté con sinceridad —. No te preocupes, Martín, es un buen profesional. —Le puse la mano en el antebrazo.

—Lo es. Pero, al ser mi hermano, sé que los directivos están muy pendientes —confesó—. Con toda seguridad, en algún momento, te llamarán para que les hagas un *retrato* de él.

—Ya contaba con ello.

—Quiero que seas veraz y crítica. Que sea mi hermano no implica que tengamos que darle un trato de favor.

—Martín, en serio, estate tranquilo. No le damos ningún trato especial por ello. Puedes preguntar a los demás.

—De acuerdo. Gracias.

—De nada.

Se marchó con las manos en los bolsillos y, supuse, algo menos tenso. Parecía preocuparlo de verdad que se tomaran la incorporación de Ander como una conducta de favoritismo. Él, que había llegado a donde estaba por méritos propios.

Recogí mis cosas y me dirigí al despacho. Una vez me senté en la silla y me dispuse a trabajar, unos golpecitos en la puerta abierta me distrajeron.

—¿Puedo pasar? —Ander estaba bajo el umbral, con una carpeta en la mano.

—Claro, adelante.

Había conseguido no observarlo con fijeza durante toda la mañana.

—Quiero comentarte un par de puntos acerca de MK —dijo mientras se acercaba a mi mesa.

—De acuerdo. —Hasta me sentí orgullosa de la tranquilidad y la profesionalidad con las que me comportaba.

Cuando estuvo justo al otro lado de mi escritorio, bajé la vista hacia su corbata.

Enchufes.

Llevaba una corbata de fondo amarillo con los dibujos de unos puñeteros enchufes. Se me escapó una carcajada que no pude evitar. Estaba segura de que a Martín no le haría demasiada gracia, y aún me reí con más ganas.

Por supuesto, no le conté a Ander a qué venía mi reacción un tanto desmesurada, me inventé algo acerca del cargador de mi

móvil. Si alguien debía contarle que a su hermano le preocupaba ese asunto, era el mismo Martín.

CAPÍTULO 14
Pequeños dinosaurios

Ander

La tercera semana en mi nuevo trabajo fue frenética. Todos empezaron a dar por hecho que ya estaba al día, y así era, en cierto modo. No podía llevarme los expedientes a casa, por supuesto, pero accedía desde mi *tablet* a los datos básicos, para familiarizarme con ellos, por la noche, después de cenar y antes de acostarme.

Por las tardes, salía a correr, y me puse las pilas en buscar un gimnasio. No tardé en encontrarlo; en todas las grandes ciudades existía una multitud de opciones. Por fin tenía el apartamento organizado y conocía diferentes locales para comer, tomar un café o comprar cualquier cosa que necesitara.

Parecía que mi vida se ordenaba un poco más a medida que pasaban los días. No pretendía que se pusiera en su sitio a la primera, y tampoco era que mi existencia fuese un caos, más bien al contrario. Trabajo, horas libres y familia. Sencillo.

Pasaba tiempo con mi hermano, con mis sobrinos y llamaba a mis padres con regularidad. También mantenía el contacto con algunos amigos de Nueva York, pero sabía que, con el paso de los meses, la relación con ellos se debilitaría y que, con toda probabilidad, ni siquiera los viera cuando fuese a visitar a mis padres. Igual que ocurrió al mudarme de país en la adolescencia.

Había aprendido que la mayor parte de las situaciones eran temporales, efímeras, con fecha de caducidad. Debido a ello, no me sorprendió que Maya insinuara que la relación que empezábamos a mantener no llegaría muy lejos. Había demasiados factores en contra. Pero eso no quería decir que no estuviera dispuesto a disfrutarla mientras durara.

Lo único desfavorable de ese pensamiento era que Maya me atraía mucho, y estaba convencido de que, cuando se acabara, me costaría volver al momento antes de conocerla, además de tener que verla a diario en la oficina.

Pero ya me encargaría de ello cuando sucediera.

Estaba recostado en el cabecero de mi cama, con el portátil sobre el regazo y la *tablet* encima de un cojín, cuando recibí un mensaje por WhatsApp.

Desconocido:
Hola, Ander. Soy Maya.
Perdona que te moleste
fuera del horario laboral,
pero necesito que mañana
hablemos de LP. Llegaré
a la oficina alrededor de
las 9. ¿Te va bien?

Justo en ese instante me di cuenta de que ni siquiera tenía su número de teléfono. Ella, con seguridad, lo habría conseguido de mi ficha de empleado.

Hola, Maya. Claro,
no hay problema. Lo
tendré listo para esa hora.

Maya:
De acuerdo. Muchas
gracias.
Buenas noches.

De nada. Buenas
noches.

Aparté el expediente en el que estaba trabajando y me dediqué al que me había pedido ella, así tendría más tiempo para dejarlo listo.

***

Entré en la oficina un cuarto de hora antes del inicio de la jornada, como casi siempre que lo permitía el metro que cogía para llegar hasta allí. Como era habitual, Lucas ya estaba en la sala de descanso, y pocos minutos después llegaron los demás. Isaac y Nuria siempre aparecían juntos; imaginé que vivían cerca el uno del otro y quedaban cada mañana. Mónica solía entrar corriendo, como si llegara tarde, aunque aún quedara tiempo de sobra. Por el carácter que empezaba a ver en ella, ese era su ritmo normal.

Mientras ellos seguían con la charla, fui a mi puesto; quería revisar que todo estuviese bien para la reunión con Maya, y responder los posibles correos electrónicos que pudiera encontrar en mi bandeja.

Reconocí sus pasos en cuanto los oí acercarse. Tenía que pasar por mi lado para ir a su despacho.

—Buenos días, chicos —saludó a mi espalda, sin dejar de caminar.

Todos contestaron, incluido yo. La vi cruzar el espacio por el rabillo del ojo, ya que intentaba mantener la mirada puesta en la pantalla, pero me fue imposible no hacer el amago de observarla. De hecho, aunque quisiera, no podría, pues el hueco de su puerta estaba justo frente a mí. Se me fueron los ojos varias veces mientras ella depositaba el bolso y la chaqueta en el perchero que colgaba de la pared, colocaba la *tablet* a cargar en el dispositivo de mesa o se sentaba después de encender el ordenador. Al acercar su silla a la mesa, la perdía tras la pared, pero sabía que estaba ahí.

—Ander —la oí llamarme.

—¿Sí?

Como la estancia era abierta, no solíamos utilizar el teléfono entre nosotros. Los había escuchado, incluso, tener conversaciones a través de esa pared de formica.

—¿Puedes traer el expediente LP, por favor?

—Voy.

Lo tenía todo listo desde hacía rato, así que no perdí más que unos segundos antes de atravesar el marco y plantarme frente a ella.

—Siéntate, por favor —me indicó mientras escribía en el teclado.

Volvía a llevar el pelo recogido en una coleta alta, y ese cuello al que me había aferrado casi una semana antes se perdía en el escote en pico de su camisa verde botella.

Carraspeé para aclararme la garganta y dejar de imaginármela desnuda.

—¿Qué quieres comentar? —pregunté.

Se desplazó en la silla hasta quedar frente a frente, se recolocó en el asiento y miró el expediente que yo había dejado sobre su mesa, antes de desviar sus ojos hacia los míos. Sonrió comedida.

—Vale. Creo que habría que renovar sus anuncios digitales, están obsoletos, ¿no te parece? —propuso.

Me había percatado de ello, sin duda, por lo que empecé una disertación al respecto, y a la que ella añadió sus puntos de vista.

Tras media hora de conversación, quedamos de acuerdo en que yo debía preparar una propuesta de actualización para el cliente y ella lo revisaría para redactar el presupuesto.

—Lo tendré para el lunes —dije.

—No es necesario que trabajes durante el fin de semana, con que lo tengas el martes o, como muy tarde, el miércoles, será suficiente.

—Está bien. ¿Eso es todo? —La miré a los ojos.

—Eh… Sí. —Por primera vez esa mañana, dudó.

Incliné el cuerpo un poco más sobre la mesa.

—¿Nos veremos hoy? ¿Mañana? —pregunté en un susurro.

No quería ser impaciente, pero observarla mientras hablaba de forma segura y contundente acerca de trabajo me hacía hervir la sangre.

Levantó la vista por encima de mi cabeza, hacia la puerta. Imaginé que para cerciorarse de que nadie estaba cerca y pudiera escucharnos.

—No puedo. Tengo… compromisos —contestó en un murmullo.

—De acuerdo. —Sonreí de lado en un intento de ocultar mi decepción y me levanté del asiento—. Voy a ponerme con ello. —Alcé la carpeta en la que llevaba el expediente.

—Bonita corbata —anunció, con una sonrisa burlona. Apoyó la espalda en el respaldo y las manos en los reposabrazos de la silla,

en actitud relajada.

—Gracias. —Me pasé la mano por la tela estampada de pequeños dinosaurios y mi sonrisa se amplió.

—¿Ya has enmarcado la otra? —preguntó con guasa.

—Aún no he encontrado el cuadro idóneo, pero la he guardado a buen recaudo.

Negó con la cabeza y apretó los labios, imaginé que para no decir lo que tuviera en mente. Yo estaba tan distraído en su expresión divertida que hasta le guiñé un ojo antes de salir por la puerta.

CAPÍTULO 15
Flechas certeras

Maya

Terapia de grupo

Chicas, ¿tenéis un hueco
esta tarde? Mi madre
ha insistido en recoger a
las niñas del cole y llevarlas
a merendar y al cine.
Tengo algo que contaros.

Era viernes, y después de hablar con Ander y con Nuria de diferentes proyectos, vi el mensaje de mi madre, así que tendría un rato libre y necesitaba hablar de un tema con ellas.

Greta:
No hay problema.
Hora y sitio.

Nora:
Yo no acabo hasta
las 19 h. Me uniré
después.

¿Quedamos a las 18:30
en el Buda? Así estamos
cerca del local de Nora.

Nora:
Ok.

Greta:
Allí nos vemos.

Me reuní con Lucas, Mónica e Isaac para empezar a preparar la campaña de NQ, esa que les daría un bonus y un par de días extras de vacaciones, hasta primera hora de la tarde; incluso, comimos trabajando. Los viernes solíamos acabar alrededor de las tres, pero ese proyecto era demasiado importante para no dedicar el tiempo que le correspondía.

Poco después de las seis, salí de mi despacho en dirección al garaje. La planta del edificio ya se encontraba prácticamente vacía, a excepción de algunos creativos que debían de estar como nosotros, con tareas relevantes.

Tardé casi media hora en recorrer poco más de dos kilómetros. Puto tráfico. Y no tuve otro remedio que dejar el coche en un *parking* subterráneo. Inconvenientes de la ciudad.

Cuando llegué al Buda, Greta ya estaba con una cerveza en la mesa y tecleando en el móvil.

—Eh, ¿qué tal? —la saludé, mientras me quitaba la americana y la colgaba del respaldo de la silla.

—Pues aquí estamos, en auxilio de la pobre desgraciada divorciada que no sabe qué hacer con su vida —soltó de corrido al tiempo que dejaba el teléfono junto a su bebida.

—A veces me dan ganas de darte una hostia con la mano abierta —respondí.

—No tienes ovarios. —Dio un trago a su botellín.

—No me tientes. —Le quité el envase de la mano y lo alcé para señalar al camarero que me trajera una igual.

No solía beber cuando tenía a las niñas conmigo, porque, si ocurría cualquier contratiempo y debía coger el coche, quería hacerlo en condiciones. Pero esa tarde me tomé la libertad de relajarme; me lo había ganado, me lo merecía. Y necesitaba dejar de lado el modo madre por un rato.

—¿Las niñas bien?

—Sí, se lo pasan bomba con sus abuelos.

—Por supuesto, las consienten todo lo que pueden y más.

—En efecto —reí—. ¿Los tuyos?

—Bien también. Raúl los ha llevado al entreno. Estoy de fútbol hasta el peperete. Cada fin de semana de un lado a otro. Menos mal

que su padre lo disfruta; yo voy porque son mis hijos, si no…

Volví a reír. Por mucho que se quejara, Greta no faltaba a ningún partido y gritaba como la que más desde las gradas.

—Dale gracias a que juegan en el mismo equipo.

—Calla, calla… Si jugasen en distintos, iría Rita a verlos.

Seguimos hablando de los niños y de la semana laboral. Greta era abogada en un bufete de la ciudad, al igual que su marido, Raúl, aunque en diferentes despachos y distintas especialidades. Ambos nos ayudaron con el convenio de divorcio a Iker y a mí, además de que todos éramos amigos desde la universidad. Greta, Nora y yo nos conocimos a través de ellos. Greta conoció a Raúl en la Facultad de Derecho; Raúl era amigo íntimo de Iker y de Hugo, el marido de Nora. Y, como se suele decir, el resto es historia.

Sabía que Greta se moría por preguntarme de qué iba el asunto que les quería contar, pero tuvo la decencia de esperar a que llegara Nora.

—Agua con gas, hielo y limón, por favor —pidió Nora al camarero cuando se sentó junto a nosotras.

—¿En serio? —se burló Greta—. ¿Agua?

—Sí, ¿qué pasa? Tengo sed. Llevo toda la puñetera tarde dando clase.

—De verdad… No bebes, no fumas, no…

—Sí follo, espabilada —sentenció Nora.

Greta se echó a reír a carcajadas.

—Di que sí, amiga. —Levantó la mano para que se la chocara.

—No sé cómo la aguantas —le dije a Nora.

—Muy en el fondo es buena persona.

—¿Muy en el fondo? —se quejó Greta.

—Muy muy —rio Nora.

—Vale, basta de gilipolleces. —Greta me miró—. ¿Qué pasa? ¿Es grave?

Suspiré y solté el aire despacio.

—Qué va. Es Ander. —No les había contado nada de lo que había ocurrido con él, prefería hacerlo en persona—. El sábado, después de cenar con vosotras, me fui al club.

Greta elevó una ceja.

—Qué lista eres, amiga.

—Te lo has vuelto a tirar —sentenció Nora.

Asentí.

—Me lo encontré allí y… Joder, es que me pone mucho —confesé.

—Y, ¿qué problema hay? Aparte de que trabajáis juntos y todo lo demás —preguntó Greta—. Porque ya hemos hablado de eso.

—Quería decirle que necesitaba un tema de trabajo y busqué su teléfono en su ficha de empleado —expliqué—. El jodido solo tiene veintiocho años.

Ambas se quedaron calladas con sus ojos fijos en mí.

—¿Y? —Greta habló después de varios segundos.

—Joder, que le llevo once años —me quejé.

—¿Y qué? —insistió Nora.

—¿Cómo que «y qué»? ¿Qué demonios hago con un tío de esa edad? Es más, ¿qué narices hace un tío así conmigo?

—¿Follar? —contestó Greta.

—Dios, que estoy divorciada, tengo dos hijas…

—¿Es que pretendes casarte con él? —me interrumpió Nora.

—No, pero… —No pude acabar la frase.

Había estado desde la noche anterior, cuando lo descubrí, dándole vueltas al tema. En cierto modo, me produjo un pequeño *shock*, puesto que yo creía que Ander tendría entre treinta y tres y treinta y cinco años, por su aspecto y comportamiento maduro y la edad de Martín, así que la diferencia no era tanta, pero once me pareció una barbaridad. Una puta década.

—Pero… —me instó Greta.

Pero nada. Mis cálculos habían ido demasiado lejos. Yo misma le había dicho que aquello solo era sexo. ¿Por qué, entonces, no dejaba de pensar en mis hijas, en mí como alguien que no tendría más descendencia, en que él tenía aún muchas experiencias que vivir… si solo era sexo? Ander no entraría en mi vida, solo sería una parte temporal de ella. No conocería a las niñas, ni a mis padres, ni siquiera volvería a subir a mi piso. Sería una relación física, como otras que había tenido. Trabajábamos juntos, pero también lo hacía con Lucas, Mónica, Isaac, Nuria, Martín… En cuanto nuestro rollo se

acabara, Ander se convertiría en otro como ellos. Un compañero. No habría nada más allá de eso.

—Mierda… —murmuré.

—Te gusta ese chico —sentenció Nora.

—No solo para follar —remató Greta.

—No puede gustarme, hace tres semanas que lo conozco. —Traté de ser lógica y coherente.

—Hay flechas muy certeras —opinó Greta.

—Como dijo Thomas Fuller, un buen arquero no se conoce por sus flechas, sino por su puntería —añadió Nora.

—Pues este arquero le ha dado en todo el…

—¡No lo digas! —chillé a Greta.

CAPÍTULO 16
Cáscaras de huevo

Ander

Esa tarde de viernes quedé con Martín para ver entrenar a mis sobrinos. Ambos jugaban en el mismo equipo de baloncesto, aunque en categorías distintas, porque tenían doce y nueve años. Siempre que podía, intentaba pasar un rato con ellos, ya que me había perdido muchos momentos cuando vivía en Nueva York. Además, me gustaba el papel de «tío guay» que ellos mismos me tenían asignado.

Entré en el pabellón y localicé a mi hermano en las gradas.

—¿Qué tal van? —pregunté al sentarme junto a él.

—Ey, Ander. Bien, ahí están, sudando la gota gorda. —Señaló hacia la pista, dividida en dos, en la que entrenaban los chavales—. El equipo de Julen juega el domingo contra el primero, y el entrenador los está machacando.

—Ni que se jugaran las Olimpiadas —opiné. Estaba bien competir, pero tampoco era necesario hacerles echar los higadillos.

—Ya, bueno, así aprenden a esforzarse y compartirlo con los compañeros.

—Visto así…

—¿Qué tal vas en la oficina?

—Me preguntas lo mismo cada dos días, Martín. No te preocupes, todo va bien.

—¿Y fuera?

—También. Ya estoy, más o menos, ubicado. Deja de darme la vara. —Le di un par de palmadas en la espalda.

—Es que quiero que te sientas a gusto, que no te arrepientas de haber vuelto. —Me miró a los ojos—. Te he echado mucho de menos

todos estos años, Ander.

—Y yo a ti, hermano. Pero no sufras, aunque no me fuese bien en la empresa, buscaría otro trabajo, no vas a librarte de mí tan fácilmente. He vuelto para quedarme.

—Eso espero.

Si él me había añorado, no tenía ni idea de lo que había significado para mí su ausencia a una edad en la que necesité a mi hermano más que nunca. Mis padres eran fantásticos, pero me crie pegado a los talones de Martín y no tenerlo cerca durante una etapa tan compleja fue complicado. Por suerte, con los años, me adapté bastante bien a la situación, a pesar de nuestra relación a distancia, e intentaba con todas mis fuerzas superarme cada día para, en cuanto tuviera un poco de experiencia, volver con Martín. Ese fue el objetivo que me marqué cuando empecé a estudiar en la universidad.

Después del entreno, nos reunimos a la salida con mi cuñada, Belén, para ir a cenar todos juntos a una pizzería. Como siempre, la velada fue divertida, en la que mis sobrinos, Julen, el mayor y Eric, el menor, llevaron la voz cantante con sus historias y anécdotas de equipo y del colegio.

No sabía si algún día tendría mi propia familia, pero, de ser así, quería que fuese parecida a la de mi hermano. Una mujer inteligente y divertida, una descendencia alegre y vivaz y, sobre todo, una relación estrecha y sana entre nosotros. Como era evidente, tenían sus conflictos, pero siempre intentaban solucionarlos de forma pacífica y justa.

Mientras los observaba y pensaba en todo ello, la imagen de Maya se coló en mi cabeza. Supuse que fue porque era la primera chica con la que había interactuado desde que me mudé y parecía la referencia más cercana. Aunque lo cierto es que esa visión me hizo sonreír y no me provocó una sensación ilógica, a pesar de que imaginarla en esas circunstancias era, como poco, una locura. Apenas la conocía, no sabía nada de su vida, de su situación personal ni de nada que tuviera que ver con ella fuera de la oficina más allá de un par de encuentros sexuales. Muy buenos, sí, parecía que encajábamos bien en esa tesitura, pero era de los que opinaban

que una relación no se cimenta solo en esos términos. Había tenido dos parejas de varios años, y sabía que un vínculo no se sostiene solo con sexo.

Llegué a casa cerca de las doce de la noche. Me recosté en el cabezal después de lavarme los dientes y desnudarme, y revisé el móvil antes de ponerlo a cargar.

Tenía un mensaje de Lucas.

Lucas:
Amigo, mañana por la
noche, tenemos reunión
de pastores, ¿te apuntas?

Era un buen tío. Sano, sincero y divertido. Estaba seguro de que no había mejor compañero para disfrutar de una velada nocturna en la ciudad.

Claro. Ya me dices
lugar y hora.

Lucas:
Por fin te voy a sacar
de esa cáscara de huevo
que llevas puesta 😐.

Solté una carcajada.

No me des ideas.

Lucas:
No hay cojones.

Eso ya lo veremos.

Lucas:
Ja, ja, ja, ja.
Mañana te envío
ubicación.

Perfecto.

Sí, tenía una corbata con dibujos de cáscaras de huevo sonrientes. Y, sí, también tenía los cojones para ponérmela.

CAPÍTULO 17
Amigos y novios

Maya

Los fines de semana con las niñas siempre eran muy intensos, aunque procuraba que llevaran una rutina adecuada para que no se desmadraran demasiado; bastante tenían ya con ir de una casa a otra cada lunes.

El sábado por la mañana, salimos a patinar; bueno, ellas patinaban mientras yo corría detrás por el paseo marítimo sur de la ciudad. Después tomamos algo fresco en una de las terrazas y volvimos a casa para comer. Por la tarde hicimos palomitas y vimos una película en la tele. Luego se fueron a jugar juntas a su habitación, yo repasé algún trabajo en mi ordenador. Más tarde se ducharon y yo preparé la cena.

Cuando nos sentamos a la mesa, Elena, mi hija menor de siete años, me hizo una pregunta que me dejó un tanto descolocada.

—Mamá, ¿tú tienes novio?

La miré con el ceño fruncido, ya que no sabía a qué venía aquello.

—No. ¿Por qué?

—Mi amiga Clara me ha dicho que su mamá tiene un novio y que ahora ella tiene dos papás —respondió como si fuese la conversación más normal del mundo.

Que lo era. No tenía ningún problema en hablar de cualquier asunto con ellas. Aunque todavía no me había planteado hacerlo acerca de ese en concreto. Sabía que llegaría un momento en el que su padre o yo tuviésemos pareja, o no, nunca se sabe, pero debería preparar el terreno por si ocurría, ya fuese por cualquiera de las dos partes.

—Bueno, es normal que los padres que viven separados tengan otro novio o novia.

—¿Por qué? —preguntó de repente Ana, la mayor.

—Pues porque, a veces, las personas se gustan, se enamoran y comparten su tiempo. Siempre es bonito compartir tiempo con alguien.

—Lo que no entiendo es que, si papá y tú erais novios y ahora ya no, ¿por qué buscar otro novio? ¿No tenías ya uno? —cuestionó Ana.

Pensé en buscar un ejemplo de su entorno personal que entendiera.

—¿Te acuerdas de tu amiga Cloe?

—Ya no es mi amiga —contestó con altanería. Al parecer, aún seguía molesta por eso. Tendría que hablarlo de nuevo con ella.

—Y ahora tienes otra amiga, ¿verdad?

—Sí. Alicia —entonó, esta vez, con alegría.

—Pues esto es algo parecido. A veces, tienes un novio, pero luego ya no, porque deja de gustarte o pasa algo entre los dos. Entonces, si quieres, puedes buscar otro novio que te guste, igual que con las amigas.

Ambas me miraron con fijeza; esperaba que lo hubiesen entendido.

—Y, ¿se puede tener dos novios? —preguntó Elena.

—¿Dos? ¿A la vez? —Asintió—. Supongo que sí, si los tres están de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué?

—En ser los dos novios de una misma novia.

Elena arrugó los labios.

—Entonces yo no puedo tener dos. —Abrí los ojos por la sorpresa—. Abel y Mario son mis novios, pero ellos no quieren que sea de los dos. Solo de uno.

Dios bendito, en qué berenjenal me había metido.

—Yo no quiero tener novio. Los niños son idiotas —intervino Ana.

—Cariño, no hables así de los niños. Cada uno es como es. No está bien insultar —respondí con calma.

—También puedes tener novia. Mamá lo dijo una vez —interrumpió Elena.

Qué memoria tenía la niña, santo cielo.

—Ah, ¿sí? —Ana me miró para que corroborara lo que decía su hermana.

—Sí, también.

—¿Alicia puede ser mi novia?

—Si las dos queréis, sí, claro.

—Pero ya es mi amiga. —Estiró la frente—. ¿Qué diferencia hay entre una amiga y una novia?

«A ver cómo sales de esta, Maya».

—Los novios y las novias son como los amigos y las amigas, la única diferencia es que los novios se besan en los labios y los amigos, no —aclaré—. Pero cuando son mayores —añadí.

—Puaj, no pienso besar a nadie en la boca —dijo Elena—. El lunes les diré a Mario y a Abel que no quiero ser la novia de ninguno.

Ana arrugó la nariz.

—Es verdad, papá y tú antes os besabais en la boca. Y daba un poco de asco.

Genial. De momento, había salvado los muebles. Veríamos en el siguiente asalto.

Después de esa cena, me sentí agotada. Y aquello no había hecho más que empezar. Las preguntas, las dudas, los problemas… cada vez serían más complejos a medida que crecieran. La vida no es fácil, al menos para la mayoría de los mortales. Esperaba estar a la altura cuando llegaran esos momentos para acompañarlas y ayudarlas, como cuando empezaron a caminar, a ir en bici, a patinar… Ojalá fuese tan sencillo como eso.

Como cada noche, las acosté después de que eligieron un libro cada una. Ya no querían que yo les explicara un cuento, como si haber aprendido a leer significara que no necesitaban ayuda para eso. Lo bueno era que se quedaban dormidas mucho antes de acabarlo, no como cuando yo se lo contaba y me tocaba repetirlo, porque leía más rápido y no implicaba tanto esfuerzo mental para ellas.

Me acomodé en el sofá y puse la tele. Necesitaba despejar un poco la cabeza antes de irme a dormir, si no, repasaría una y otra

vez la conversación con mis amigas del día anterior, como me había ocurrido el viernes por la noche, y añadir la tertulia que acababa de tener con las niñas.

¿Dónde estaba el botón de apagado, por favor?

CAPÍTULO 18
Para romper el hielo

Ander

Debía reconocer que los amigos de Lucas, tres chicos y dos chicas, eran muy parecidos a él; todos compartían esa energía y despreocupación que caracterizaba a mi compañero. Y lo pasé realmente bien con todos. Me acogieron sin reservas y hablaron conmigo como si me conocieran desde siempre. Yo no solía ser demasiado efusivo en mi relación con las personas, pero sus anécdotas y sus risas hicieron que me soltara más de lo habitual. También he de admitir que el vino y las copas me ayudaron. Lo único que no conseguí fue bailar como ellos.

—Eres cero bailongo, por lo que veo —apuntó Lucas, una de las veces que se acercó a la mesa en la que estaban las copas y, por supuesto, yo.

—Alguien debe hacer guardia. —Señalé las bebidas.

Lucas se echó a reír.

—Y tú, ¿cómo te quitas el estrés? —preguntó.

—Pues… corriendo y en el gimnasio. —Dejé lo de follar para cuando tuviéramos más confianza.

—Ah, eres de los deportistas. Yo soy incapaz de hacer ejercicio, me aburro como una ostra.

—Bailar es una forma de ejercitarse como cualquier otra.

Me dio una palmada en la espalda.

—En eso tienes razón —sonrió—. ¿Lo estás pasando bien? ¿Te alegras de haber venido?

—Sí, claro. Tus amigos son estupendos. Gracias por invitarme.

—No hace falta que te invite, puedes venir cuando quieras. Nosotros hacemos planes casi todos los fines de semana. Y no solo

para salir a cenar y bailar, también vamos al cine, al teatro, a conciertos…

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Lucas.

—De nada, amigo. Supongo que es complicado cambiar de ciudad, de país, de continente… a pesar de contar con Martín.

—Bueno, no ha sido tan difícil como parece. Siempre he querido volver aquí, así que estoy contento con tan solo haberme trasladado. Lo demás ya vendrá con el tiempo.

—Muy cierto —asintió—. De todas formas, si necesitas cualquier cosa, puedes contar conmigo.

—Lo mismo digo, Lucas. Y gracias, de verdad.

Volvió a palmearme la espalda.

—Ya he descansado lo suficiente, me voy a sudar otro rato —dijo con guasa.

—Claro. Yo me quedaré aquí, no vaya a ser que las copas salgan volando. —Le guiñé un ojo.

Levantó el pulgar y se marchó en dirección a la pista.

Me quedé solo de nuevo, hecho que no me importaba, pues tenía bastante con tomar una copa, tranquilo, y mirar a mi alrededor. Por suerte, la música era buena; no era la típica discoteca llena de adolescentes recién salidos del cascarón. Ese pensamiento me hizo sonreír. Tal y como le había insinuado a Lucas por mensaje, me había puesto una corbata con dibujos de cáscaras de huevos; más que nada para que tuviéramos un tema de conversación divertido al empezar la velada. Acerté de pleno. Lucas explicó a sus amigos mi obsesión por las corbatas ridículas entre risas y, de ese modo, empezó un diálogo en el que pude participar y contar alguna anécdota.

No vestía traje, por supuesto, sino unos vaqueros modernos, una camisa menos elegante y una cazadora. En cuanto salimos del restaurante, me quité la corbata, la había guardado en el bolsillo interior de la chaqueta. Mi vicio no llegaba a tanto como para ir a una discoteca con una de ellas.

A veces pensaba que me las ponía para romper el hielo en alguna situación, pero la verdad era que me gustaban. Les daban un toque desenfadado a los trajes, aunque debía reconocer que era

verdad lo que le había dicho a Maya. Me ponía a mil que una mujer se agarrara a mi corbata.

Maya.

Ella me excitaba solo con ver que sus ojos se desviaban hacia esa prenda. Debía de estar volviéndome loco, o gilipollas, porque relacionar a Maya con mis corbatas no sería considerado ni medio normal. Aunque lo cierto era que me importaba bien poco. Era un juego que habíamos intercambiado, algo entre ambos, por lo que seguiría igual si lograba quedar con ella solo por eso.

Maya. Se colaba en mis pensamientos más a menudo de lo que estaba dispuesto a confesar.

CAPÍTULO 19
Verduras y hortalizas

Maya

Los lunes que llevaba a las niñas al cole eran una locura, porque debían cargar las mochilas con todo el material escolar para trasladarlo a casa de su padre. Sabía que era más lógico hacerlo el domingo por la noche, pero él insistió en que fuese así; de ese modo, pasábamos el fin de semana entero con ellas, argumentó. No lo vi mal al principio, pero a medida que nuestras hijas se hacían mayores, el número de libros y cuadernos también crecía. Quizá debíamos replantearnos ese punto.

Entré en la oficina como siempre que las dejaba por la mañana, a la carrera. Saludé a todos sin detenerme y me puse a trabajar en cuanto me senté en la silla. Debía recopilar las notas que había tomado durante el fin de semana para la reunión de cada lunes.

Me uní al equipo la última, cuando ya estaban listos para empezar. Hablamos del proyecto principal y del resto; todo estaba en marcha y avanzaba según lo previsto. Sin duda, era el mejor grupo de creativos con el que había trabajado jamás. Por suerte, la dirección también lo creía y sabía cómo incentivarlos. La empresa no era una de esas corporaciones enormes en las que las personas son meros números, pero tampoco eran hermanitas de la caridad; querían resultados y beneficios como cualquier compañía. Así que sí, trabajábamos a tope, se recompensara o no con extras el esfuerzo realizado, porque nos sentíamos parte de ello. Esperaba que no cambiaran las cosas, ya había sufrido en mis propias carnes un despido por parte de la empresa en la que trabajé con anterioridad al quedarme embarazada.

Las semanas que no tenía a las niñas solía quedarme un rato más en el despacho para recuperar la hora que llegaba tarde cuando estaban conmigo. Martín no tuvo ningún problema en facilitarme ese horario, por lo que intentaba compensar con trabajo que no me hubiesen pedido que redujera jornada si debía atender a mis hijas, como lo hacían otras personas. Precisaba mi sueldo completo para hacer frente a los gastos básicos, la hipoteca y las necesidades de las niñas. Tenía derechos como empleada, por descontado, pero también unas obligaciones que cumplir. Me sentía contenta en el puesto y, al parecer, la empresa también estaba satisfecha con nuestro trabajo. Así que no tenía quejas en ese aspecto.

El jueves por la tarde me dediqué a imprimir el borrador del proyecto de NQ, pues quería revisarlo con detenimiento durante el fin de semana. Eran más de las seis cuando entré a la «sala de máquinas», como llamábamos al cuarto en el que teníamos impresoras, encuadernadoras y demás. Me encontré a Ander allí, de pie, frente a una de las fotocopiadoras.

—Hola, ¿aún estás aquí? Pensé que os habíais ido ya todos —saludé mientras me acercaba a otra de las máquinas.

—Sí, bueno, quería dejar listas las copias del presupuesto para LP.

—Ah, genial, pero podías haberlas dejado para mañana, no hay problema.

—No importa, así ya están preparadas para la reunión.

—Como quieras —claudiqué.

Supuse que aún no había conseguido ponerse al día de todos los expedientes que le entregué cuando llegó a la oficina, aunque lo cierto era que siempre presentaba sus trabajos a tiempo y perfectamente documentados.

Apenas lo había visto esa semana, a excepción de en las reuniones y cuando entraba a mi despacho para dejar una carpeta o preguntarme algo. Estaban siendo unas jornadas largas y bastante intensas. Ni siquiera había podido pararme a pensar en él, en lo que… habíamos hecho en dos ocasiones.

Lo miré de reojo desde mi posición, a su izquierda. Tenía un perfil exuberante; mandíbula fuerte, nariz recta y labios carnosos. Se

le notaba una barba de un par de días, bien perfilada y tupida. ¿Cómo demonios podía tener veintiocho años con esa pinta de tiarrón?

—¿Necesitas algo, Maya? —Se giró en mi dirección y me clavó su mirada.

—Eh… no, no… Solo estoy preparando el borrador de la propuesta de NQ. —Disimulé como pude.

—¿Estás segura? —preguntó con una ceja alzada—. Me ha parecido que… no me quitabas la vista de encima.

Sentí un calor subirme a las mejillas. Como se suele decir, me había pillado con el carrito del helado.

—¿Y tú? —Enderecé la espalda en una postura que intentaba fingir la seguridad que solía tener—. ¿Tienes alguna pregunta?

—Bueno, ahora que lo mencionas —se acercó a la máquina destructora de papel, que se encontraba entre ambos, y apoyó las manos en ella, la corbata se separó de su pecho—, me gustaría saber si tienes libre algún momento del fin de semana —dijo en un susurro sexi y varonil.

Mi vista se dirigió hacia la prenda. Dibujos de verduras y hortalizas sobre fondo amarillo. Alcé la ceja. Él sonrió con socarronería. Había conseguido lo que quería; que me fijara en la tela. Avancé un par de pasos y me detuve frente a su rostro; como estaba un poco inclinado, sus ojos quedaron a la altura de los míos. Brillaban entre juguetones y lascivos.

Levanté el brazo y agarré su corbata en mi puño. Sus pupilas oscilaron. Mi pulso aceleró.

—¿Tanto te gusta lo que hicimos que no puedes esperar para vernos? —pregunté con la intención de parecer dura y, a la vez, deseosa.

—Maya… —advirtió.

—¿Sí? —pregunté con falsa inocencia.

—No me toques…

—Ya, la corbata… —lo interrumpí, al mismo tiempo que apoyaba mi mano libre sobre la superficie de la máquina que nos separaba, en un intento de acercar mi cara a la suya.

De repente, se oyó el ruido de un rodillo metálico ponerse en marcha y, acto seguido, Ander cayó hacia delante. Su frente rozó mi barbilla. La corbata dio un tirón entre mis dedos y, por inercia, la solté. En menos de un segundo me di cuenta de lo que ocurría.

Al apoyarme, había accionado la destructora; como la corbata de Ander se balanceaba cerca de las cuchillas, se había enganchado en la máquina y se la estaba comiendo.

—Dios —grité. Me abalancé para detenerla y luego presionar el botón de retroceso—. Joder…

—Mierda… —se quejó Ander, al tiempo que tiraba hacia arriba.

Se alejó un par de pasos de forma abrupta cuando las cuchillas escupieron del todo la corbata, que quedó colgada de su cuello con la parte baja hecha un manojo de tallarines de tela.

—Lo siento —me disculpé, justo antes de echarme la mano a la boca para no soltar una carcajada. No sería correcto reírse en esas circunstancias; podía haber pasado un desastre mayor.

Ander se miró el pecho y abrió los ojos con sorpresa. De verdad que lo sentía, pero al mismo tiempo, imaginé que por los nervios de haber destrozado algo que sabía que le gustaba mucho, tenía unas ganas horribles de reír. Deslizó los dedos por la prenda y la levantó un poco para verla mejor.

—Joder… —susurró.

—Lo siento, Ander. Es culpa mía, yo…

Fue entonces cuando estalló en carcajadas. Su risa se paseó por el cuarto hasta estrellarse en mis tímpanos.

—Me has cortado las verduras en juliana —dijo, descojonado.

En ese instante ya no pude aguantar más y dejé escapar también la risotada que llevaba un rato reteniendo. Nos reímos sin parar durante un buen puñado de segundos, quizá algún minuto. Incluso tuve que secarme las lágrimas con el dorso de la mano; esperaba que no se me corriera la máscara de pestañas, si no, sería otro motivo para seguir con la coña.

No esperaba esa reacción por su parte. Imaginaba que no se enfadaría, a pesar de tener tanta estima a sus corbatas, pero no que se descojonara.

—De verdad que… —trataba de calmarme y respirar— lo siento.

—Me atacaste con un desodorante y ahora, con una destructora de papel, ¿qué será lo próximo, Maya? —se burló mientras intentaba dejar de reír.

—Joder, soy un puto desastre.

—No, no lo eres. Eres muy divertida… —ya solo sonreía— y sexi.

Volví a sentir calor en el rostro.

—Yo… te compraré otra corbata —cambié de tema. No estaba segura de querer seguir por ese camino con la vergüenza que sentía.

—No te preocupes, tengo muchas. No es necesario.

—Por supuesto que sí. ¿Dónde las compras? Te regalaré una igual.

—De verdad que no. —Se deshizo el nudo y la deslizó por el cuello de la camisa—. Creo que también voy a enmarcar esta.

—¿En serio?

—Sí. —Volvió a reír—. Cuando la mire, recordaré este gran momento.

—Dios mío, espero que no tengas que explicar este bochorno a nadie que conozca cuando vea esa corbata en tu casa… Martín. —Recordé de pronto—. No se lo cuentes a Martín. —Me puse una mano en la frente.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. —Sonrió con una mueca gamberra.

—No te creo. —Me crucé de brazos.

Soltó una nueva carcajada.

—De verdad, no se lo contaré. Esto es algo entre… tú y yo —hizo hincapié en las últimas palabras, con sus ojos fijos en los míos.

—Vale. Gracias.

Asintió.

Volví hacia la impresora y recogí mis documentos. Aunque quería haberlos encuadernado, para no perder el orden de las hojas, decidí que debía salir de esa habitación cuanto antes.

Había estado a punto de cometer una estupidez. ¿Cómo se me ocurría tontear con él en la oficina? ¿Y si nos hubiésemos… besado? ¿Y si hubiese aparecido alguien? Me habría desmayado del apuro.

Y encima le había destrozado una de sus corbatas.

«Maya, deja ya de comportarte como una veinteañera».

CAPÍTULO 20
Hay cámaras

Ander

Volví a mi puesto unos minutos después de que Maya hubiese salido de la sala de fotocopias. Ella seguía allí, en su despacho. Sonreí al recordar su cara avergonzada por lo que acababa de ocurrir, pero todavía más al pensar en que me siguió el juego.

Maldita sea, adoraba el punto gamberro que mostraba bajo esa fachada de mujer segura y firme. Y me encantaba provocarla.

Ordené la documentación y la dejé preparada en mi mesa para el día siguiente. Era hora de marcharme, pero por alguna razón —bueno, el motivo era obvio—, sentí la necesidad de esperar a que Maya saliera de su despacho. Fingí que trabajaba hasta que la vi recoger sus cosas personales para irse. Me levanté de la silla y me puse la americana al tiempo que ella cruzaba el umbral de la puerta.

—Hasta mañana, Ander —se despidió, y pasó por mi lado como una exhalación.

—Adiós, Maya.

Me eché al hombro la bolsa de lona y caminé tras ella hasta la zona del ascensor. Ambos nos quedamos frente a la puerta, en silencio, mientras el elevador subía a por nosotros. Cuando se abrió, le cedí el paso con un gesto de la mano. Entró hasta el fondo del cubículo después de accionar el botón del *parking*. Yo marqué la planta baja y me coloqué a su lado.

En cuanto se cerraron las puertas, sentí el calor de su cuerpo junto al mío con más intensidad. No sabía si era yo o, de verdad, su piel desprendía fuego, pero me entraron unas ganas feroces de tocarla.

—Maya… —la llamé sin mirarla.

—¿Sí? —Ella tampoco se movió.

—Me muero por besarte.

Carraspeó.

—Y yo de que lo hagas. —Me bajó un hormigueo desde el estómago a la parte baja del abdomen—. Pero hay cámaras en el ascensor —explicó.

—Lo suponía. Solo quería que lo supieras.

En ese instante, se abrieron las puertas. Estábamos en la planta baja.

—Que descanses, Ander.

—Tú también —me despedí de nuevo, y reuní todas mis fuerzas para salir del habitáculo.

Me giré hacia ella cuando estuve fuera. Levantó la mano a modo de saludo, sus ojos clavados en los míos, sus labios entreabiertos. Mis pies anclados en el suelo para no abalanzarme sobre ella, la mano apretada alrededor del asa de mi mochila, el pulso a mil en la garganta.

Las puertas se cerraron.

Joder.

¿Por qué demonios me gustaba tanto esa mujer?

CAPÍTULO 21
Tiras de beicon

Maya

Estuve a punto de ofrecerme para llevarlo a casa en coche. Menos mal que el sentido común volvió a hacer acto de presencia en mi mente cuando lo vi avanzar hacia las puertas del ascensor para salir. Hacía menos de media hora que me había regañado por comportarme como una cría, y ahí estaba otra vez…

Cerré los ojos.

Respiré hondo.

Expulsé el aire despacio.

¿Cómo era posible que la presencia de Ander me alterara de esa forma?

Me metí en el coche lo más rápido posible, como si me persiguiera alguien, accioné los seguros y metí la llave en el contacto.

Volví a inhalar, esta vez de manera calmada.

Saqué el móvil del bolso. Debía pensar en otra cosa.

Terapia de grupo

Holaaaaa, ¿alguien sabe
dónde comprar una
corbata con dibujos de
verduras y hortalizas?

Puse en marcha el motor y salí del aparcamiento en dirección a mi casa. Los pitidos de la entrada de mensajes me acompañaron todo el camino, así que esperaba encontrar la respuesta en cuanto llegara. Tenía que conseguir esa puñetera corbata, me daba igual que a Ander no le importase.

Menuda patosa. Volvieron a arderme las mejillas al pensar en el destrozo que le había hecho a la prenda. Después recordé la risa de Ander y sonreí.

Dios. Otra vez no. ¿Es que no había forma de quitármelo de la cabeza?

Llegué al garaje del edificio sin apenas percatarme. Subí a mi piso en el ascensor. Más fogonazos de imágenes de Ander. Con lo bien que iba esa semana sin tener pensamientos recurrentes de nosotros.

Entré en mi habitación y me desnudé por completo. Necesitaba una ducha para quitarme el calor del día y despejar la cabeza.

Dejé que el agua tibia me cayera encima durante un buen rato después de enjabonarme. Por fin un poco de paz.

Me vestí con algo cómodo y cogí el teléfono para ver los mensajes de mis amigas.

«Maya, solo piensa en la corbata, nada más. Tienes que encontrarla como sea».

Greta:
¿Perdona? ¿Para qué
narices quieres una
corbata de verdulera?

Nora:
Hugo dice que puedes
encontrar cualquier cosa
en internet. Que parecemos
del siglo pasado.

Greta:
Es que somos del siglo
pasado. Y él también.
No me jodas.

Greta:
Insisto: ¿para qué
la quieres?

Nora:
Tendrá que hacer un

regalo, Greta. ¿Para
qué si no?

Greta:
¿A quién?

Nora:
Mira que eres cotilla.

Greta:
Y tú tienes horchata
en las venas.

Nora:
Mejor horchata que
mala leche.

Greta:
Ja, ja, ja, ja.
Ahí has estado
sembrada.

No pude evitar reír al leerlas. Cualquier ocasión era buena para tirarse pullas la una a la otra. Menos mal que ya estaba acostumbrada y sabía que nunca llegaba la sangre al río. Era su forma de divertirse mientras esperaban una respuesta por mi parte.

Es para Ander, le
he destrozado la
corbata en la destructora
de papel.

Estaba segura de que las mofas no se harían esperar, sobre todo de Greta.

Nora:
¡Ostras!

No sé si las de internet
serán de buena calidad.

Nora:
Búscala. Cómprala si
la encuentras y, si no te

gusta, la devuelves.
Es lo bueno de las
compras *online*.

Tienes razón. Gracias.
Ahora me pondré con ello.

Cerré la aplicación y abrí el buscador.

«Corbatas…», ¿corbatas qué?

¿Peculiares?

¿Ridículas?

¿Divertidas?

¿Frikis?

Supuse que cualquiera de los adjetivos serviría. En un instante, el teléfono se llenó de fotografías y enlaces de un montón de corbatas. Ahí estaban todas y cada una de las que había visto colgar del cuello de Ander: los patitos, los dónuts, los dinosaurios, el tetris… ¡Las verduras! ¿De verdad los tíos las usaban tanto? Si estaban ahí, era porque se vendían. Jamás había visto semejante oferta de prendas… ¿espantosas? Algunas parecían sacadas de disfraces para Halloween. Y debía reconocer que Ander había elegido las más discretas.

Joder, vi una que imitaba tiras de beicon… ¿En serio? Me reí sola mientras deslizaba el dedo por la pantalla. A ver, entendía que, para gustos, colores, pero aquello… Imaginé a Ander con alguna de esas corbatas. Estaba convencida de que, si se hubiese puesto la de espaguetis con tomate, nunca se me hubiese ocurrido cogérsela.

«Maya, eso ha sonado fatal».

Vale. Debía centrarme. Añadí la prenda al carrito y confirmé el pedido. Llegaría al día siguiente. Esperaba que el paquete cupiera en el buzón o estar en casa cuando viniera el repartidor, porque tendría que devolverla cuanto antes si no me gustaba y emprender una nueva búsqueda. Solo quedaba esperar.

Sonaron varias notificaciones de Whatsapp.

Greta:
¿Cómo demonios te has
cargado su corbata con

la destructora?

Greta:
Debes de tener al chaval atemorizado: primero, con desodorante y ahora, esto.

Es una historia larga, ya os la contaré en persona.

¿Te importaría no llamarlo «chaval»? Me hace sentir vieja.

Greta:
Idiota. Eso es lo que eres.

Muchas gracias, amiga.

Greta:
De nada, amiga.

CAPÍTULO 22
Pong! Woow! Plash!

Ander

El viernes pasó en un suspiro, entre reuniones y preparar proyectos más pequeños que en el que estaban enfrascados Maya, Lucas, Mónica y, en ocasiones, Nuria. Llegué a casa poco después de las tres de la tarde. Calenté la comida que había dejado preparada el día anterior y me senté en el sofá, frente a la televisión. Cuando terminé, me sentí tan cansado que no fui capaz de retirar el plato de la mesa auxiliar. Solo pensé en desparramarme entre los cojines y dormir.

Me desperté por el sonido de una llamada entrante en el móvil. Levanté la cabeza, sin mucha convicción, para mirar la pantalla. Era Maya. Me incorporé de un salto y me senté.

—Hola, Maya. Dime —respondí, adormilado aún.

—Hola, Ander, perdona que te moleste…

—No es molestia —la interrumpí, al notar que se quedaba callada.

—Eh… Tengo algo para ti, ¿podríamos vernos?

—¿Para mí? —me sorprendí.

—Sí. ¿Te va bien mañana por la noche en el club?

—Ahora me has dejado con la intriga. ¿No puede ser hoy? —Me precipité—. Bueno, mañana está bien —reculé.

El silencio al otro lado me hizo dudar de que Maya siguiera en línea.

—De acuerdo —dijo al fin—. Esta noche. ¿A las once?

—Si prefieres…

—No, no. Hoy está bien —atajó.

—Vale. Nos vemos allí.

—Hasta luego.

Dejé el teléfono sobre la mesa. Miré la hora. Las siete menos cuarto. Tenía que salir a correr. No podía ver a Maya con esa impaciencia. Desde que había descubierto su nombre en la pantalla, el pulso se me había disparado, y no precisamente por esfuerzo cardiovascular. Debía relajarme o esa cita iba a ser bastante… rápida. Quizá, incluso, tendría que hacer algo más que correr, después, en la ducha.

Dios. ¿Quién se masturba antes de ir a una cita?

Alguien un tanto desesperado y con demasiadas ganas acumuladas.

Alguien que no quería dejar a medias a una mujer como ella.

Si tan solo teníamos sexo, no era cuestión de cagarla. ¿Desde cuándo temía no satisfacer a una chica? Iba camino de veintinueve años, se suponía que mi cuerpo estaba a tope de testosterona. Más bien podía fastidiarla en cualquier otro ámbito, pero ¿en ese?

Pues sí, allí estaba, aún sentado en el sofá con la cabeza en asuntos que no me habían preocupado jamás.

Me levanté y fui a cambiarme. Debía recuperar la seguridad y la energía con las que solía comportarme con Maya.

***

Llegué al club diez minutos antes de las once. Recorrí el local con la mirada, pero no la vi, así que me dirigí a la barra, que era el sitio en el que solía sentarse ella, y me acomodé en un lateral, desde donde podía observar la puerta.

Pedí un *gin-tonic* al camarero y saqué el móvil de mi bolsillo para comprobar que no me hubiese enviado un mensaje para cancelar la cita. No. No había nada.

Le di un trago a mi copa en cuanto me la pusieron delante. Tenía la boca seca. Era la primera vez que «quedábamos» a propósito, no era casualidad ni un encuentro fortuito. Era una cita prevista, aunque solo fuese para tomar algo y follar. ¿O no era eso?

Joder. Ella solo había dicho que tenía algo para mí y yo me había montado una película… bastante tórrida.

—Hola, disculpa. ¿Puedo acompañarte? —Oí a mi derecha.

Me giré y vi a una chica, más o menos de mi edad, de pelo largo y rubio, ojos marrones y nariz respingona. Sonreía de forma que pretendía ser provocadora.

—Eh… Lo siento, estoy esperando a alguien —contesté en tono amable.

Elevó las cejas.

—Pues parece que ese alguien no está aquí —dijo mientras hacía el gesto de apartar el taburete que había a mi lado.

—No tardará en llegar. —Por inercia, puse la mano en el asiento con la intención de que no lo usara.

—Oh, vaya, qué corbata más chula. —Acercó sus dedos a mi pecho.

Enderecé la postura para que no la alcanzase y antepuse el brazo entre mi prenda y ella.

—No me gusta que me toquen la corbata —expliqué con una sonrisa forzada.

—¿Por qué te la pones, entonces? —preguntó en tono de reproche.

—Buenas noches, Hans. —Oí a Maya a nuestra espalda.

Me di la vuelta en el asiento. Ahí estaba, con una sonrisa de oreja a oreja. Su coleta alta perfectamente peinada, pantalón y camisa negros, a juego con su pelo, y los ojos brillantes de diversión.

Imité su gesto, era imposible no hacerlo.

—Hola, Bren. —Le guiñé un ojo—. Te he guardado un taburete.

—Gracias, Hans. —Miró a la chica que aún seguía allí, atenta a nuestra interacción—. ¿Me dejas? —Hizo un ademán hacia el asiento, sin perder la sonrisa.

—Oh, sí, claro. Perdona. —Forzó un gesto amable y se marchó sin mirarnos.

Maya se acomodó en el lugar que había reservado para ella y colgó el bolso del gancho que había bajo la barra. Levantó el brazo para llamar al camarero, que la atendió enseguida.

—Un Margarita, por favor.

Se giró hacia mí y volvió a sonreír.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien. ¿Y tú?

—Ahora, genial. —Me relajé de golpe.

No estaba seguro de si comentaría algo con respecto a la chica, aunque, por su expresión divertida, parecía haber visto u oído lo suficiente como para saber lo que había ocurrido.

El barman dejó su copa frente a ella.

—Gracias.

Volvió a mirarme, en silencio.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me observas con tanta fijeza? —intenté sonar desenfadado y casual.

—Jamás había visto a un hombre ponerse tan nervioso cuando le entra una chica —respondió.

—Bueno, es que no quería que pensaras que… estaba ligando con ella si llegabas y tampoco ser brusco con la chica.

—No me debes nada, Ander. Puedes ligar con quien quieras.

—Ya, pero he quedado contigo. ¿Tú lo harías?

—No, claro que no.

—Pues yo tampoco —sonreí.

—Te he traído algo —cambió de tema. Cogió su bolso y se lo puso en el regazo.

—Para eso estamos aquí, ¿no?

—Sí. —Sacó una paquete alargado y plano, envuelto en papel azul—. Toma. Te la debía. —Lo dejó sobre la barra, entre nuestras copas.

Alterné la vista entre el objeto y ella. Arrugué el entrecejo. Fue entonces cuando supe a qué se refería.

—¿En serio me has comprado una corbata? Te dije que no tenía la menor importancia, Maya. De verdad.

—Bueno, pero a mí no me parece bien habérmela cargado.

—Fue un accidente.

—Accidente o no, aquí la tienes.

—De acuerdo. —Levanté las manos en señal de rendición—. Muchas gracias.

—De nada.

—¿Quieres que… lo abra ahora o… después?

—Ábrelo cuando llegues a casa. —Sonrió y bebió de su copa—. Es igual a la que te destrocé. —Se encogió de hombros.

Negué con la cabeza, en un gesto de dejarla por imposible.

—Bueno, y ¿qué tal va todo?

—Bien, como siempre. Trabajo, casa; casa, trabajo.

No tenía muy claro qué podía preguntarle o no; si quería contarme aspectos de su vida privada o no; si solo estábamos allí para echar un polvo o no. Lo cierto era que esperaba que habláramos de algún tema que no fuese trabajo.

—¿Tienes algún *hobby*, haces deporte…? ¿Qué haces cuando no estás en la oficina? —Procuré sonar lo más neutral posible, no quería que pensara que intentaba meterme en su vida. Cosa que no era cierta, aunque sí me interesaba conocerla mejor.

—Salgo a correr de vez en cuando. No mucho, la verdad, solo algún fin de semana.

—Eso está bien.

—Lo cierto es que debería hacerlo más a menudo, porque me paso la mitad del día sentada, pero nunca encuentro el momento o me siento demasiado cansada. O vaga. —Rio.

—Es cuestión de planificarse.

—Sí, sí. La teoría me la sé… —Volvió a reír—. Pero la práctica es otra historia. ¿Y tú? Creo que me comentaste que buscabas un gimnasio.

—Sí, ya estoy en uno de mi barrio.

—Me alegro. Y, ¿qué tal el reencuentro con Martín? Estaréis encantados, ¿no?

—Desde luego. Suelo pasar muchos ratos con ellos los fines de semana. Adoro a mis sobrinos. Ambos juegan al baloncesto y voy a verlos siempre que puedo.

—Eso es estupendo. Veo a Martín más contento últimamente.

—Sí, estamos genial. ¿Tú tienes hermanos? ¿Sobrinos?

—Oh, no. Soy hija única. —Bebió de su copa de nuevo y desvió la mirada hacia otro lado, parecía no querer entrar en ese tema.

—Me dijiste la última vez que estuvimos aquí que habías salido a cenar con unas amigas, ¿hoy también? —Cambié de tercio por si se sentía incómoda.

—No, hoy no. He cenado en casa y he venido directa. Ellas… tienen pareja, así que quedamos cuando podemos.

No sabía si preguntarle acerca de sus posibles antiguas parejas, quizá tampoco era un asunto que quisiera tocar y, además, no solía ser muy acertado hablar de ello en una cita. Me estaba quedando sin ideas y sus respuestas resultaban tan escuetas que empecé a pensar que quizá era mejor ir al grano, aunque prefería mantener una conversación con ella, a pesar de que no parecía interesada en profundizar en ninguna cuestión que le planteaba.

—¿Quieres que… pasemos ya? —pregunté con tiento, mientras señalaba el fondo del local.

Maya me miró con fijeza. Estaba seria. Inspiró hondo y soltó el aire despacio.

Me temí lo peor.

CAPÍTULO 23
Pim! Pam! Pum!

Maya

Entendía que Ander quisiera mantener una conversación, era lo normal en una cita. Me sentía halagada de que prefiriera eso a entrar a saco e ir al lío de forma directa. Y, además, a mí también me gustaba hablar con él; bromear, reír… Sin embargo, no funcionaría si yo respondía a sus preguntas de manera automática y sin añadir detalles. Quería conocerme, y yo temía que saliera corriendo en cuanto le contara mi situación. Pero lo cierto era que yo era quien era y, tarde o temprano, se enteraría, porque todos en la empresa lo sabían. Era una tontería de las gordas ocultárselo. Aparte de que el ambiente se ponía cada vez más incómodo. Y la única culpable era yo.

—Oye, Ander, hay algo que tengo que decirte —empecé.

—Claro. Lo que quieras.

Inhalé en profundidad para intentar ralentizar la velocidad de los latidos que me martilleaban las sienes y encontrar las palabras adecuadas.

—Tengo… treinta y nueve años, estoy divorciada y soy madre de dos niñas —solté del tirón.

«Muy bien, Maya, así, sin anestesia ni nada».

Ander alzó las cejas, imaginé que por el torrente de información y también por el asombro. Parpadeó varias veces seguidas y se pasó la mano por la corbata. Una que parecía sacada de un cómic antiguo. Tras unos segundos, elevó la comisura de los labios en una sonrisa tímida.

—Eh… ¿Por eso estabas tan callada?

—Supongo que sí. —Me encogí de hombros—. No me parecía justo conocer detalles de tu vida y yo haberte ocultado los míos.

—Yo no diría que los has ocultado, simplemente no ha salido el tema.

—Ya, pero tú me cuentas cosas de Martín y tu relación con él, y yo no he sido capaz de decirte que tengo dos hijas pequeñas.

—Y, si te sabía mal no decírmelo, ¿por qué no lo has hecho?

—Bueno, suponía que saldrías por piernas.

—¿En serio? —Soltó una carcajada.

—Ander, tengo once años más que tú.

—¿Y qué?

—Pues… no lo sé, pero… —De pronto me sentí ridícula.

Bufé. Apoyé el codo en la barra y la frente, sobre la mano; una postura con la que intentaba pensar cómo poner en palabras lo que sentía.

De repente, los dedos de Ander me cogieron de la barbilla y me hizo girar la cabeza para mirarlo.

—Oye, Maya, no me importa que seas mayor que yo, ni que estés divorciada ni que seas madre —expuso con calma—. Bueno, sí me importa. Lo que quiero decir es que no son motivos para echar a correr en dirección contraria.

—Además de trabajar juntos, de ser tu jefa y de que seas el hermano de mi jefe —añadí.

Ander volvió a reír, sin soltarme. Con la mano libre, agarró el asiento del taburete y lo desplazó para acercarse a mí.

—Además de todo eso. De todas formas, solo nos acostamos, ¿no? ¿O… hay algo más?

Lo miré a los ojos. Tenían un brillo comprensivo. Su rostro estaba relajado, sus labios entreabiertos y con un amago de sonrisa. Me pareció el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Encima era inteligente, divertido y no le importaba en absoluto ser el último mono de la oficina. Lo único que le interesaba era haber vuelto para estar con su hermano. Me gustaba. Mucho. Pero no iba a decírselo a tan solo un mes de haberlo conocido.

—Sí, solo tenemos sexo —confirmé—. Aunque nos vemos a diario, por lo que, en cualquier momento, podrías haberte enterado,

y no me parece bien no habértelo dicho, dada nuestra situación. —Nos señalé a ambos.

—Lo entiendo. No le des vueltas. Solo somos dos personas a las que les gusta pasarlo bien juntas. Tú, yo, aquí, ahora. Nada más.

—De acuerdo —asentí.

Acercó su rostro al mío hasta que estuvo a pocos centímetros.

—Me gustas, Maya. Independientemente de las circunstancias.

No me dio tiempo a responder. Su boca se posó sobre la mía con delicadeza, con calma, como si intentara tranquilizarme con ese gesto. Lo consiguió. Mi ritmo cardíaco se ralentizó al compás del movimiento de sus labios. Me olvidé de que estábamos en un bar, de mis pensamientos intrusivos y de que, con toda probabilidad, nuestra incipiente relación sexual se acabaría más pronto que tarde.

Me había saltado la regla de no acostarme con un hombre más de un par de veces, pero era una mujer adulta, podía hacer y deshacer con mi vida lo que quisiera. Poner normas, no ponerlas e, incluso, quebrantarlas. Él estaba de acuerdo. Ambos lo estábamos.

Quizá era mejor tener encuentros con la misma persona, de ese modo, me ahorraba interactuar con otros hombres cada vez que me apeteciera una buena sesión de sexo. Ander y yo nos atraíamos para ello, ¿qué problema había? Ninguno.

CAPÍTULO 24
Sin prejuicios

Ander

Debo confesar que me abrumó todo lo que me confesó Maya. Imaginé que se debió a la imagen que me había hecho de ella. Cuando conoces a alguien, no puedes evitar suponer ciertos aspectos, ya sean de carácter o personales. La primera vez que la vi, me impresionó su presencia; era una mujer preciosa, con gestos cuidados y sexis, educada y tranquila. Al acostarnos, descubrí que además era proactiva, sabía lo que quería y lo pedía. En la empresa, tuve claro que era inteligente, profesional y segura de sí misma. Era justo el prototipo de mujer que me gustaba sin ni siquiera saberlo.

Supuse que estaba soltera, aunque, como yo, habría tenido relaciones largas y también esporádicas. Jamás pensé que fuese madre, porque, por su aspecto y su forma de interactuar en el sexo, imaginé que tendría dos o tres años más que yo, como mucho.

Nunca hay que dar por hecho que lo que proyecta una persona hacia el exterior es una representación gráfica incuestionable acerca de su realidad íntima y personal. Y, menos aún, interiorizar esa fachada a nuestra conveniencia. Si lo hacemos, es muy probable que nos equivoquemos.

Eso fue lo que me ocurrió con Maya. Juzgué su situación de la forma en que más se ajustaba a la mía. Un error por mi parte, pero también muy humano. Me prometí no volver a hacerlo.

Era cierto lo que le dije. Me gustaba mucho. Y varias veces estuve a punto de pedirle que saliéramos a cenar o a tomar algo fuera del entorno del club. No lo hice porque ella me dejó claro que nuestra relación solo podía ser de sexo, debido a nuestras circunstancias laborales. Esa noche entendí el resto. Era más que evidente. Maya no solo era una publicista profesional y exitosa, era una mujer con una situación personal mucho más amplia que la mía.

Comprendía que para ella también fue un *shock* saber mi edad. Le había puesto mucho énfasis a esa diferencia de once años. Seguro que, al igual que yo, supuso que no nos separaba tanto tiempo.

¿Me importaba? Un rotundo no. La edad solo es un número. Martín y yo nos llevábamos quince años, pero eso no había supuesto ningún impedimento para ser los mejores hermanos. No era cosa de los años, sino de los sentimientos que existían entre los dos.

Después me contó que llevaba un par de años divorciada del padre de sus hijas y que apenas tenían relación fuera de ese contexto, aunque se entendían bastante bien.

¿Me suponía un problema? Por supuesto que no. La mayoría de las personas tenemos ex. Y, en su caso, tenían algo importante en común para toda la vida. Eso no significaba que debieran estar atados, solo estar pendientes de lo que los unía. Para muestra, mi propia madre. Tenía dos hijos de dos hombres diferentes. Eso nunca representó un inconveniente para nadie.

Sus hijas tenían nueve y siete años. Ambos progenitores compartían la custodia y disfrutaban de las niñas una semana cada uno. Con esa confesión entendí que no apareciera por el club el fin de semana siguiente de habernos conocido y de que rechazara mi invitación de vernos el sábado anterior. Tenía… compromisos, tal y como lo llamó ella. Yo también tenía responsabilidades con mi familia. ¿Quién no los tiene?

Para ser sincero, aún no me había planteado tener mis propios hijos. Ni siquiera había pensado en casarme todavía. Acababa de llegar a España, primero debía aposentarme, trabajar, labrarme un futuro y después… ya se vería.

El asunto era que tampoco me había planteado encontrar a alguien como Maya. Las personas aparecen en tu vida cuando aparecen, no cuando te conviene o cuando pretendes que lo hagan. Es aleatorio, casualidad, o como se quiera llamar.

Me pasé casi el resto de la noche pensando en ello cuando me acosté en mi cama. Llegué a una conclusión bastante reveladora: jamás había sido de los que se rendían o evitaban las adversidades.

Desde que me marché a Nueva York tuve claro que volvería. Y allí estaba.

Y tampoco dudaba de otra cosa: Maya me gustaba no solo para sesiones de sexo.

CAPÍTULO 25
Tú has follado

Maya

Si Ander se sorprendió de toda la información que le proporcioné, no lo demostró. Quizá, en un principio, su rostro reveló que se había hecho una idea equivocada acerca de mí, pero no tardó ni unos segundos en sonreír y quitarle importancia a los aspectos que a mí me producían inquietud. Ese fue el momento exacto en que me convencí de que era aún más maduro de lo que había supuesto. Y, desde luego, tuve claro que había juzgado su forma de pensar en base a su juventud. Cada persona evoluciona a un ritmo distinto, ya sea por su entorno, sus problemas o por la forma que tiene de ver la vida.

La noche acabó mejor de lo que esperaba. Hablamos más que nunca, tomamos una segunda copa y, después, tuvimos una sesión de sexo que bien podría catalogar como una de las más satisfactorias de las que había disfrutado jamás.

No me juzgó, le quitó importancia a lo que a mí me parecía un problema y, sobre todo, no salió por patas. Al contrario. Parecía de verdad interesado en conocer cada detalle que le expliqué.

Por todo ello, la tarde del sábado, llegué a la terraza del bar donde había quedado con Greta y Nora con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tú has follado —me acusó Greta, en cuanto me senté.

No iba a darle el gusto de negarlo y que me fusilara a pullas hasta confesar.

—¿Tanto se me nota? —pregunté con fingida sorpresa, con la vista en Nora.

Ella asintió con la mirada brillante mientras bebía de su té frío.

—Hija de puta —susurró Greta, vocalizando de forma exagerada —. Tienes los ojos a punto de salirse de las órbitas, el maromo ha tenido que meterte un viaje de campeonato.

Nora casi escupió lo que acababa de sorber del vaso.

—Mira que eres animal —le dijo, tras ingerir con dificultad.

—Será que es mentira. Mírala, joder. Tiene dibujada una polla de neón en cada pupila.

Me tapé la cara con las manos y me eché a reír como hacía mucho tiempo.

—Es una metáfora un poco extrema, pero tiene razón —confirmó Nora.

—Vale. Quiero detalles —insistió Greta.

—Los detalles son los mismos que en cualquier situación de echar un polvo, Greta. —Levanté la mano para avisar al camarero—. Una cerveza, por favor.

—No me des largas —contestó—. Datos, quiero datos. Lugar —levantó un dedo—, hora —segundo dedo—, número de orgasmos —tercero— y nota al polluelo. —Cuarto y último.

—El club, entre las doce y las dos de la noche, tres y de diez —contesté sin darle la importancia que Greta quería obtener. El camarero dejó mi bebida sobre la mesa—. Gracias.

—Es una buena serie numérica —bromeó Nora.

—Ahora mismo te tengo una envidia de la mala que ni te imaginas —dijo Greta con los párpados entrecerrados.

—¿Por qué? Tú puedes follar cuando te dé la gana, tienes un marido estupendo en casa —cuestionó Nora.

—Y dos engendros del demonio que no se separan de nosotros ni diez minutos.

Nora se echó a reír.

—Pero también duermen, ¿no? —añadí.

—Oh, sí, menos mal. Pero, cuando los llevamos a dormir y me siento en el sofá, necesito una grúa para llegar hasta la cama. Qué ganas de que se independicen, joder.

—Pues te quedan unos cuantos años y, al paso de hoy, los tendrás en casa hasta los cuarenta —argumentó Nora.

—Una mierda. A los veinticinco, los echo a la puta calle. Que se espabilen, yo ya habré cumplido mi cometido de madre.

—La próxima vez que te oiga decir que los echas de menos cuando se van de campamentos, te recordaré esta conversación —la amenacé, entre carcajadas.

—Calla, no dejáis a una ni desahogarse. —Se rio también—. Además —me señaló con su botella de cerveza—, estamos hablando de ti, no de mí.

—No hay mucho que contar, solo que… quedamos en el club, para darle la corbata, tomamos unas copas, hablamos, follamos y cada uno a su casa —resumí.

—De verdad, si tuvieras que ganarte la vida como escritora de novela erótica, pasarías mucha hambre, amiga.

—Déjala en paz, tía. Tú tampoco vas aireando tus encuentros íntimos —la regañó Nora.

—Coño, porque no tengo, te lo acabo de decir —se defendió.

—No me lo creo —la retó nuestra amiga con una ceja alzada.

—A unos polvos de diez minutos a escondidas en la ducha, en el lavadero, en el trastero, en el coche dentro del *parking*… no se les puede llamar vida sexual satisfactoria.

Nora y yo nos echamos a reír con ganas.

—Yo diría que tienes una vida sexual muy creativa —opiné.

—Sí, sí, supercreativa. Yo lo que quiero es un polvo de dos horas, como los tuyos. —Greta acabó por sonreír—. Me alegro por ti, amiga.

—¿Qué dices tú, Nora? —pregunté.

—Yo también me alegro —contestó con una mueca divertida.

—Te está preguntando por el folleteo con tu marido en mitad de una vida de trabajo, casa y niños, colega. No te hagas la tonta —intervino Greta.

—Ah, eso —volvió a reír—. Nuestra intimidad es muy tranquila. —Se encogió de hombros.

—Joder, amiga, ¿hasta pa follar eres zen? —cuestionó Greta.

—Me refiero a que tenemos una vida sexual activa y normal. En la cama, cuando los niños se van a dormir. Y muy satisfactoria —contestó como si nada.

—En serio, qué ascazo os tengo a las dos. —Greta le dio un buen trago a su cerveza.

Nora y yo soltamos una carcajada.

Aunque a mí se me cortó de golpe cuando vi quién caminaba por la acera en dirección a nosotras.

CAPÍTULO 26
Encuentros

Ander

Me tomé con calma el sábado. Por la mañana, salí a correr, ordené mi piso y llevé algunos trajes a la tintorería. Necesitaba estar activo para dejar de pensar en Maya; no había dejado de hacerlo desde la noche anterior, incluso antes de vernos en el club. Por la tarde, salí en busca de una tienda deportiva que me había recomendado Martín con la intención de comprar unas zapatillas deportivas para mis entrenamientos en el gimnasio. Las que tenía estaban destrozadas y el resto eran para correr.

Cogí el metro hasta el centro y, luego, caminé por las callejuelas hasta la avenida en la que se encontraba el establecimiento. En un momento dado, oí una risa femenina que me resultó muy familiar. Se me aceleró el pulso porque la relacioné con Maya, aunque, en el fondo, pensaba que no podía ser. Miré en todas direcciones, hasta que la vi. Era ella. Estaba sentada a la mesa de una de las muchas terrazas que los bares ocupaban en la acera. La acompañaban dos chicas más; las tres reían como si estuviesen frente a un espectáculo cómico.

Mientras me acercaba, debía pasar por ahí para llegar a mi destino, Maya giró la cabeza y me vio. Dejó de reír, pero sonrió. Después miró a las que imaginé eran sus amigas y, sin decir palabra, levantó el brazo para saludarme. Imité su gesto y encaminé mis pasos hacia ella.

—Hola, Maya. —Ella se levantó de la silla. No sabía muy bien cómo debía saludarla.

—Hola. —Me dio dos besos—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Genial. Tomando algo con mis amigas. —Se giró hacia ellas y las señaló—. Ellas son Nora —la chica de pelo gris alzó la mano— y Greta —la morena, de pelo muy corto, hizo lo mismo—. Él es Ander, el hermano de Martín. —Por el tono familiar que empleó, supuse que ambas conocían a mi hermano.

—Encantado —contesté con un asentimiento de cabeza.

—Lo mismo digo —respondió la tal Nora.

—Oh, vaya, hemos oído hablar mucho de ti —dijo con guasa la otra chica.

Noté un movimiento bajo la mesa; la chica que había respondido primero le dio una patada a la otra.

Maya se alejó unos pasos de la mesa y me arrastró, con suavidad, tras ella.

—No hagas caso a Greta, siempre está de coña —explicó—. ¿Qué haces por aquí? —preguntó, casual.

—Voy a una tienda deportiva que está allí mismo. —Señalé con la mano a su espalda.

—Ah, genial. Y, ¿va todo bien?

—Eh, sí, ¿por qué no iba a ir? —respondí con una sonrisa.

Volvió a aparecer en su mirada esa expresión dudosa, tímida, pero en un par de segundos se enderezó y su rostro mutó al habitual en ella. Sereno, seguro.

—No, por nada. Solo era una pregunta retórica de cortesía, ya sabes. —Se encogió de hombros.

Era la primera vez que la veía en un ambiente que no fuese laboral o en el club. Parecía un tanto nerviosa por encontrarnos en un lugar «público» y con personas de su entorno más próximo, así que me despedí para que dejara de estar incómoda.

—Vale. Pues… —miré hacia la mesa, las dos amigas no nos quitaban la vista de encima— todo va perfecto. Te dejo que sigas con tu terraceo. —Le guiñé un ojo—. Nos vemos el lunes, ¿no?

—Claro, por supuesto. Nos vemos en la oficina.

—Bien. Adiós, Maya.

—Adiós, Ander.

—Adiós, chicas.

Ellas volvieron a levantar la mano como respuesta.

Sonreí y me alejé con paso firme, a pesar de que noté que las rodillas me temblaban cada vez que ponía un pie delante del otro. Quizá era yo quien se sintió inquieto. Por alguna extraña razón, quería caerles bien a sus amigas, aunque apenas hubiese cruzado un par de palabras con ellas. Parecía que eran importantes para Maya, y eso también me hizo creer, además del comentario de la morena, que ambas sabían más de mí que yo de ellas.

Esos pensamientos me llevaron a regresar a casa, tras comprar las deportivas, por otro lugar distinto del que había ido, para no interrumpir su reunión y tampoco exponerme demasiado a su entorno personal.

Había quedado con Lucas y sus amigos de nuevo, en esa ocasión para ir a la última sesión de cine, después de la cena. Más tarde fuimos a tomar una copa a un *pub* que solían frecuentar. Lo pasé bien con ellos, eran agradables y divertidos, pero, cuando terminé la bebida, le dije a mi compañero que me marchaba a casa; yo no era de bailar durante horas, así que poco me quedaba por hacer. No puso objeción, ya empezaba a conocerme.

Salí del local alrededor de la una de la madrugada y pedí un taxi, pues estaba en la otra punta de la ciudad. Mientras esperaba, con el móvil en la mano, se me pasó por la cabeza escribir a Maya, para saber si estaba bien, si había disfrutado de la quedada con sus amigas, si mi intrusión no le había causado una molestia… Solo me apetecía hablar con ella.

Era tarde.

¿O no?

Quizá lo vería por la mañana. Quizá no.

Podría estar ocupada.

CAPÍTULO 27
Dudas

Maya

El sonido de un mensaje me despejó del duermevela en el que me encontraba en el sofá, frente a la tele. Otra vez me había quedado hecha un ovillo en mitad de una película.

Vi la hora en cuanto cogí el móvil de la mesa de centro, la una y cuarto. Deslicé el dedo por la pantalla, esperaba que no fuese nada concerniente a las niñas, y entré en el chat.

Ander:
Hola. Perdona la hora, solo quería saber si estás bien.

Sonreí al instante.

Hola. Estoy muy bien.
Y me acabas de ahorrar un dolor de espalda, me había quedado dormida en el sofá.
¿Qué tal tú?

Ander:
Me alegra haberte escrito, entonces.
Tenía mis dudas.
Aunque siento haberte despertado ☐
Voy de camino a casa en un taxi. He salido al cine y a tomar una copa con Lucas y sus amigos.

Me levanté de mi asiento y me dirigí a mi cuarto, después de apagar las luces. No quería volver a quedarme dormida en el salón.

Eso está genial.
Lucas es un buen anfitrión
de quedadas.

Me metí en la cama y apoyé la espalda en el cabecero.

Ander:
Sí que lo es. Aunque
no comparto su afición
por bailar.

Ja, ja. Es un poco intenso
en todo lo que hace.

Ander:
Cierto.
¿Qué tal tus amigas?
Parecen buenas chicas.
Espero no haberos molestado,
no pensaba encontrarme
contigo en mitad de la ciudad.

No es molestia, Ander.
No son tan buenas como
aparentan. A veces son
un coñazo □. Sobre todo
Greta.

Ander:
Ja, ja. Seguro que son
geniales y formáis un
buen tándem.

La verdad es que no
podría tener mejores
amigas.

Ander:
No me cabe duda.
Me alegro de que lo

hayas pasado bien.
Solo quería hablar
contigo un rato si
contestabas, pero no
quiero entretenerte más.
Que descanses. Nos vemos
el lunes. Buenas noches, Maya.

Yo también me alegro de
que me hayas escrito.
Hasta el lunes. Buenas
noches, Ander.

Dejé el móvil en carga sobre la mesilla de noche y me tapé con la sábana hasta la cintura. Sonreí como una idiota en mitad de la oscuridad. Quizá Nora y Greta tenían razón. Cuando Ander se alejó de nuestra mesa esa tarde, ambas estuvieron de acuerdo en que el polluelo, como lo había bautizado Greta, me miraba con ojos de cordero degollado. Estaban convencidas de que le gustaba, a pesar de la edad, de la situación laboral y de ser madre de dos hijas.

Pero lo cierto era que a mí no me resultaba tan fácil de gestionar todo lo que se me pasaba por la cabeza con respecto a ese asunto. Y seguía teniendo mis dudas.

CAPÍTULO 28
Rosas rojas

Ander

A partir de esa noche, las conversaciones vía chat se sucedieron hasta convertirse en algo habitual. Como en el trabajo apenas podíamos hablar, lo hacíamos a través de mensaje, ni siquiera nos llamábamos; Maya se sentía más cómoda y comunicativa de ese modo. A mí me daba igual la forma, lo importante era poder contarnos cualquier tema. A veces, incluso quedábamos a una hora determinada para subir o bajar juntos en el ascensor del edificio de oficinas, para estar unos segundos a solas, por el simple hecho de mirarnos a los ojos o saludarnos en medio de un ambiente en el que no podíamos mostrar que teníamos algo más que una relación laboral.

Durante el día nos comportábamos como la jefa y el subordinado perfectos. Por la noche, nos explicábamos qué habíamos hecho, anécdotas de la jornada o planeábamos nuestra siguiente cita en el club. A veces, cuando ella estaba sola en casa, teníamos conversaciones subidas de tono y, aunque nunca llegamos al sexo telefónico, debo revelar que yo tuve que desahogarme en varias ocasiones tras despedirnos.

Entendía su postura de mantener nuestra intimidad en secreto, aunque me confesó que se lo había contado a sus dos amigas. Yo ni siquiera se lo había mencionado a Martín; si no trabajara allí, posiblemente también lo hubiera hecho, pero sabía que Maya no estaba preparada para que alguien de la empresa lo supiera, aunque fuese mi hermano. Estaba convencido de que se avergonzaría.

Debía tener paciencia. Dejar que se hiciera a la idea de que me importaba bien poco que fuese una maldita década, como ella decía,

de tiempo la que nos separaba. Y, por supuesto, comprendía que no podía compartir espacio con nadie de su entorno, sobre todo sus hijas. No debía de ser fácil «meter» en su vida a alguien ajeno sin tener clara la relación que manteníamos.

A medida que pasaron los días, las conversaciones, las risas y los encuentros, supe que, tarde o temprano, no tendría suficiente con eso. Ni siquiera me había atrevido a invitarla a cenar en un ambiente distinto al que compartíamos, aunque estaba seguro de que no tardaría en hacerlo. En realidad, había llegado el momento, así que me armé de valor y agarré el toro por los cuernos.

Era finales de octubre, la campaña en la que ella y el equipo más veterano del departamento había trabajado surtió el efecto deseado en el cliente y la alegría se extendió por cada rincón de la planta de oficinas. Era el jueves de esa semana cuando ambos bajábamos en el ascensor, pasada la hora del fin de la jornada.

—Hola, Maya —saludé en un susurro, cuando las puertas se cerraron frente a nosotros.

—Hola, Ander —respondió con tono sensual.

—Quiero hacerte una propuesta.

—Vaya, eso suena… indecente —bromeó.

—No es necesario que contestes ahora, puedes pensarlo con calma.

—De acuerdo. —Frunció el ceño, aunque su sonrisa seguía presente.

—Me gustaría invitarte a cenar —empecé—, para celebrar el esfuerzo y el resultado de la campaña de NQ —añadí, como si fuese la excusa perfecta.

Justo en ese momento, las puertas se abrieron en la planta baja. Debía salir del ascensor, sin embargo, me quedé junto a ella. Su rostro mudó a uno más serio; imaginé que la pilló por sorpresa, pero asintió. Me dio un vuelco el corazón. ¿Significaba eso…?

—Vale, lo pensaré —declaró.

Intenté no mostrar mi pequeña decepción, pues mi cerebro había pensado que su movimiento de cabeza era una aceptación, no la afirmación de que lo pensaría.

—Bien. Hasta luego. —Avancé un par de pasos.

—Ander… —me llamó cuando me encontraba bajo el umbral.

—¿Sí? —Me giré para mirarla.

—Me encanta la corbata que llevas hoy —murmuró, con la comisura de los labios elevada en una mueca provocadora.

—A mí me encantaría vértela puesta. Sin nada… —contesté en su mismo tono.

La vi elevar una ceja al tiempo que salía de espaldas del habitáculo y se cerraban las puertas.

—Puede que lo haga —respondió, justo cuando la última rendija por la que la veía desapareció.

Sonreí y negué con la cabeza. Miré hacia las rosas rojas sobre fondo negro que se dibujaban en la prenda que llevaba alrededor del cuello. Definitivamente, ansiaba verla desnuda con ella puesta.

CAPÍTULO 29
Deja de poner excusas

Maya

Terapia de grupo

Chicas, tengo algo que contaros. Ander me ha invitado a cenar.

Escribí desde la cama, después de cenar. Quizá no contestasen; Greta estaría ya dormida, muerta en vida, como decía ella; Nora… podía estar echando ese polvo tranquilo.

Pero contestaron.

Nora:
Eso es genial. Me alegro. ¿Adónde iréis?

Greta:
Es una buena ocasión para ir sin bragas.

Aún no he aceptado. Me ha dicho que lo piense. Le he comentado varias veces que esto es solo sexo. Salir a cenar suena a implicarse demasiado.

Greta:
¿En serio? De verdad te lo digo, amiga. Eres IDIOTA.

Nora:
Estoy de acuerdo. ¿Qué tienes que pensar? Solo es una cena.

Greta:
El preludio de un coito apoteósico. ¿Qué más quieres?

No quiero nada. Ese es el problema. Esto podría sentar un precedente y no estoy dispuesta a que se convierta en algo habitual.

Greta:
La hostia. Hablas como un ministro. Deja de pensar y vete a follar, joder. La vida es muy corta.

Nora:
¿De qué tienes miedo, Maya?

No tengo miedo. Solo creo que Ander debería vivir su vida. Es joven, aún le queda mucho por caminar. Tener una novia, casarse y engendrar hijos. Yo no voy a darle nada de eso.

Greta:
Aunque sea joven, es adulto. ¿No crees que eso debería decidirlo él?

Nora:
¿Tú quieres salir a cenar con él?

Claro que me gustaría, pero… no sé, no quiero que esto avance y luego tener que cortar por lo sano.

Greta:
Si de verdad quisieras eso, ya lo habrías hecho hace semanas.

Me quedé pensativa. ¿Qué demonios me pasaba? Quería y no quería. Debía y no debía. Era cierto que creía en lo que les acababa de decir, aunque, en el fondo, esperaba que no ocurriera. Y eso me hizo sentir aún peor, porque significaba que actuaba de un modo egoísta.

Nora:
¿Me estás diciendo que, si Ander tuviera 40 años, estuviera divorciado y fuera padre, le darías esa oportunidad?

Greta:
Si contestas que sí, te descuartizo.

La realidad me golpeó de frente.

Greta:
¿En serio preferirías compartir la vida con un tío en tu misma situación que con uno como Ander?

Joder, que no me ha pedido matrimonio.

Nora:
Ahí lo tienes. Solo es una cena con un hombre que te gusta y al que le gustas. Lo que hemos dicho desde el principio.

Greta:
Acabas de caer en tu propia trampa. Deja de poner excusas que ni tú misma te crees.

Nora:

Exacto.

Greta:
Sal a cenar. Punto.

Maldita sea. ¿Por qué siempre tenían razón, las muy hijas de su madre?

CAPÍTULO 30
Necesito datos

Ander

El lunes entré en el ascensor en cuanto Maya me avisó de que subía desde el *parking* del edificio.

—Buenos días, Ander —saludó.

—Buenos días, Maya. —Me coloqué a su lado, como siempre, lo más cerca posible para sentir el aroma que emanaba de su cuerpo.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Te lo conté anoche, ¿recuerdas? —bromeé.

Maya rio por lo bajo. Luego se irguió y me miró.

—De acuerdo. Salgamos a cenar —dijo sin titubear y con una sonrisa que se elevó desde sus labios hasta sus ojos.

Alcé las cejas por el asombro y mi boca se ensanchó hasta que noté las mejillas tirantes. Sentí un vuelco en el estómago, un hormigueo en la espalda, un candor en el pecho.

—Yo me encargo de todo. ¿Cuándo puedes? —La impaciencia brotó en mi tono.

—Este fin de semana, no. El próximo —asintió—. Ha valido la pena aceptar tu invitación solo por verte sonreír de esa forma.

—Tú siempre me haces sonreír.

Se abrieron las puertas. Dejé que saliera ella primero. Respiré hondo y me dirigí hacia la zona de descanso, en dirección contraria a la que tomó Maya. Como cada día, Lucas ya estaba allí. Nos saludamos de la forma habitual y mantuvimos una conversación igual de trivial que siempre. Agradecí que hablara él, aunque eso no era una novedad, yo tenía la mente ocupada en pensar el sitio al que llevar a Maya.

Conocía varios lugares a los que había ido con Martín; otros, con Lucas y algunos más que conocí por mi cuenta durante las semanas siguientes de mi vuelta a la ciudad. Tendría que buscar por internet en cuanto llegara a casa. Quería que esa primera cena fuese especial y cómoda para ambos, así que debía preguntarle qué tipo de comida y de locales le gustaban. Seguro que ella conocía muchos restaurantes, al fin y al cabo, llevaba allí toda la vida, por lo que no sería tarea fácil sorprenderla. Pero quedaba tiempo de sobra para encontrar el espacio perfecto.

La sangre me bailaba en las venas. Notaba cada terminación nerviosa alterada. Cada músculo, cada tendón, cada célula del cuerpo en ebullición.

Supuse que esa era la sensación más parecida a un subidón de adrenalina. De emoción, de satisfacción, de… felicidad.

No me sentía así desde que pisé el suelo de la ciudad de forma definitiva. De sentir que volvía a casa de verdad.

A mi hogar.

***

Esa noche, una vez cené, me llevé el portátil y el móvil a la cama para iniciar mi búsqueda. Cuando llegó la hora en la que supuse que Maya estaría libre, después de atender a sus hijas, le escribí.

Necesito algunos datos.

Esperé hasta que, al par de minutos, contestó.

Maya:
¿Qué tipo de datos?

Tipo de comida preferida
y tipo de restaurante
preferente.

Maya:
Ah, ese tipo de datos.
Me gusta comer de todo,
no tengo preferencias. Lo

mismo me da un caviar
beluga que unos huevos con chistorra.

Solté una carcajada.

Vale. Tienes un buen
saque. Tomo nota.
¿Restaurantes?

Maya:
Me gustan sencillos.
No soy de protocolo.
Prefiero los bonitos y
acogedores que los lujosos
y sofisticados.
A veces, voy al
McDonald's, para que
te hagas una idea □.

Volví a reír.

De acuerdo. Sencillo, bonito
y acogedor. Anotado.

Maya:
No te compliques la
vida, Ander. Podemos
cenar en cualquier parte.

Lo sé, pero necesitaba
saber tus preferencias.
Imagina que te llevo a
un restaurante con camareros
de uniforme pingüino. De
esos que se quedan toda la
velada junto a la mesa para
llenarte la copa cada vez que
das un sorbo.

Maya:
Qué horror. Creo que tú
tampoco te sentirías cómodo
en un sitio así.

No lo dudes. Son el infierno.

Maya:
¿Has estado en alguno?

Por desgracia, sí. Pero no volví nunca más.

Maya:
Eso me lo tienes que contar.

Por supuesto. Ya tenemos tema de conversación para la cena.
¿Prefieres viernes o sábado?

Maya:
Sábado. Los viernes suelo estar cansada.

No me lo pareció el día que te conocí.

Maya:
Ya. Esa noche no me apetecía quedarme en casa.

No sabes cuánto me alegro por eso.

Justo en ese instante, dejó de estar en línea y tardó varios minutos en volver a escribir.

Maya:
Perdona, Ander, tengo que dejarte. Elena se ha despertado, esta tarde tenía un poco de fiebre. Hasta mañana.

No te preocupes. Nos vemos mañana. Espero que no sea

nada y se recupere pronto.

CAPÍTULO 31
Virus y sesión de cine

Maya

Esos días fueron un follón. Elena estuvo enferma media semana y Ana, la otra media. Los virus pulularon por casa a sus anchas. Esperaba que no me lo pegaran a mí también, y menos a mis padres, que cuidaron de ellas mientras yo iba a trabajar. Carreras al cole, al médico, a la farmacia… Dios bendito, con ese plan, no necesitaba pagar ninguna cuota de gimnasio.

Pasamos el fin de semana metidas en casa, para que acabaran de recuperarse, prefería que se fuesen con Iker sin síntomas, aunque no dependiera de mí, porque sus padres eran mayores que los míos y no quería que les pasaran el resfriado. Aparte de preocuparme por ellas si no estaban conmigo.

El domingo por la noche, recibí un mensaje de Iker.

Iker:
Hola. ¿Cómo siguen las niñas?

Hola. Bien. Apenas tienen
ya un poco de tos. Ni fiebre,
ni malestar ni mucosidad.

Iker:
Vale. Era por si te las
quieres quedar hasta
que se les pase del todo.
Sé que te preocupas de más
cuando están enfermas.

Están como siempre.
Ya sabes que los niños
se recuperan en pocos

días. Aunque me sabe mal por tus padres, por si les queda un resto de virus y se lo contagian.

Iker:
Eso también es cierto. Entonces, ¿te parece bien que me las lleve a casa el miércoles cuando las recoja del cole?

Como quieras. Por mí no hay problema.

Iker:
De acuerdo. Quedamos así. Dales un beso y un abrazo.

Vale. De tu parte. Buenas noches.

Informé a las niñas del cambio de planes y estuvieron de acuerdo. La verdad era que siempre aceptaban lo que Iker y yo acordábamos respecto a ellas. No se quejaban, no discutían, no se oponían. Demasiado bien llevaban ir de una casa a otra, así que no podía negarles nada cuando lo pedían. Como esa noche, que quisieron dormir las dos en mi cama. Esa semana, me las turné mientras estaban enfermas, como siempre, pero les hacía ilusión pasar la noche juntas, aunque ya estuvieran curadas.

—Mami, podemos ver una peli en la tele de tu habitación. Seguro que nos dormimos enseguida —propuso Elena. Menuda ratita de alcantarilla estaba hecha. Se sabía todos los trucos.

—¡Síííí! —gritó Ana—. Yo quiero ver *Los Croods*.

—Pero la uno —añadió Elena—. Me gusta más que la dos.

—Vaaaaleee —aceptó Ana con resignación.

—La última vez vimos tu preferida —añadí.

—Ya, ya… Por eso… —Se encogió de hombros.

Daba igual una película que otra, Elena tenía razón, se quedarían dormidas en menos de media hora. Por eso no me negué a su plan.

Tenían a quien parecerse; a mí me ocurría lo mismo. Era poner la televisión, después de cenar, y entrar en un estado de sopor casi inmediato, sobre todo si me sentía más cansada de lo habitual. Y ellas aún debían reponer una parte, mínima, de la energía que el catarro les había menguado.

Mientras yo cocinaba la cena, ellas colocaron los cubiertos y los vasos en la mesa y, además, buscaron la película en la plataforma televisiva correspondiente para dejarla lista. A veces, me sorprendía la habilidad que tenían en el manejo de los aparatos electrónicos. Entendía que habían nacido en la era digital, pero apenas tenían siete y nueve años, y eran capaces de entender mejor que yo cualquier mando a distancia, ordenador, móvil o *tablet*, sin casi haberlos usado. No imaginaba cómo sería cuando tuvieran acceso a todo ello al crecer.

Puse los platos con la cena y las llamé para que se sentaran a la mesa.

—¿Brócoli? Puaj… —dijo Ana.

—También hay pollo y patatas —observó Elena—. Mézclalo, se come más fácil así.

Tuve que reírme por su ocurrencia, aunque no me sorprendió, ese fue el modo en que mi padre les enseñó a comerse las verduras que no les gustaban. Y a mí también cuando era una niña como ellas.

Cenamos tranquilas, hablando de sus cosas del colegio y de sus amigos; esa vez sin preguntas comprometedoras. Cosa que agradecí. Al terminar, me fui a ordenar la cocina y ellas, a repasar sus mochilas y lavarse los dientes.

—Ya estamos listas, mami —gritó Ana, desde mi habitación.

—Voy.

Apagué todas las luces y cogí el móvil de una de las estanterías del salón. Me lavé los dientes y la cara antes de entrar en mi cuarto, donde las niñas habían colocado las almohadas y los cojines para sentarse bien cómodas a ver la película. Puse la alarma y dejé el teléfono cargando sobre la mesilla de noche.

—A ver, coleguitas, estáis en medio de la cama. No me habéis dejado sitio —bromeé con los brazos en jarras.

Ambas se miraron y echaron un vistazo a su alrededor.

—Oh, mami, es verdad. Muévete —dijo Ana a Elena.

Me recosté sobre los almohadones, junto a Ana, que estaba en mi lado del colchón. Las dos se arrebujaron una en la otra y sobre mi costado. No iban a durar ni diez minutos.

—Dale —le dije a Elena, que era quien tenía el mando a distancia.

Las sombras y luces de la pantalla se proyectaron en las paredes. Rieron a carcajadas con la escena en la que la familia Croods se tomaba una foto en piedra como si fuera la primera vez que la veían. Nora me contó que los niños ven la misma película una y otra vez porque se sienten seguros al saber lo que va a ocurrir. Era posible que tuviese razón, pero yo no acababa de entender por qué les hacía tanta gracia una situación que habían visto quince veces, como mínimo. Sin embargo, a mí me divertía ver que ellas lo pasaban bien, así que todas contentas.

El móvil vibró sobre la mesilla. Supuse que sería Ander para darme las buenas noches y preguntar por las niñas. Lo había hecho en varias ocasiones esa semana.

Ander:
Hola, ¿estás liada?
¿Cómo están tus hijas?

Las miré. Ya empezaban a cerrárseles los ojos y a cabecear.

Un poco. Las niñas están bien,
han invadido mi cama y estamos
viendo una película.

Ander:
Ah, eso es genial. No
os molesto, entonces.
Que lo paséis bien. Nos
vemos mañana. Buenas
noches a las tres.

Hasta mañana, Ander.

Me hubiese encantado hablar con él, pero estaba destrozada y, al igual que Ana y Elena, lo único de lo que tenía ganas era de dormir, así que las acomodé mejor en la cama y me acurruqué con ellas bajo el edredón, después de apagar la tele. El aroma a su jabón infantil me hizo respirar con calma. Jamás encontraría un lugar mejor en el que estar que ahí.

CAPÍTULO 32
La historia se repite

Ander

Había pasado el fin de semana de un lado a otro con Martín, mi cuñada y mis sobrinos. Me gustaba ir a animarlos a los partidos, hablar de las jugadas, compartir con ellos parte de mi tiempo libre. Empezaba a entender a Maya. El amor incondicional hacia los hijos. A ver, yo también era hijo, sabía que nuestros padres nos adoraban a Martín y a mí, y nosotros a cada uno de ellos, pero estaba seguro de que ese lazo bidireccional era más intenso de padres a hijos que a la inversa. O, al menos, eso era lo que vislumbraba desde mi posición como tío. Quizá se deba a que, por mucho que crezcamos y maduremos, los padres siempre nos ven desde un punto de vista más elevado. Siempre seremos niños para ellos.

Según como fuese la cena con Maya, tenía pensado pedirle que nos viéramos fuera del club; me parecía que aquel lugar ya no era el idóneo para nuestras citas. Para mí, ya no iba solo de tomar una copa y pasar al fondo del local, tenía más que ver con disfrutar de tiempo con ella.

Ni siquiera les había contado a mis padres que había conocido a una chica, quizá era hora de hacerlo. Quizá ellos lo vieran de una forma distinta al estar completamente fuera de la situación. Aunque debía asegurarme de que no se lo dijeran a Martín. Tras despedirme de Maya, como aún era temprano, pulsé el botón de videollamada.

—Hola, cariño —saludó mi madre desde la pantalla.

—Hola, mamá. ¿Cómo estáis?

—Muy bien. Descansando en el jardín. —Hizo un barrido con el teléfono a su alrededor.

—Aprovechad, dentro de nada, estaréis a bajo cero —me reí.

—Muy gracioso.

—¿Dónde está papá?

—En el cobertizo. Ya sabes que le gusta relajarse con sus herramientas. Ahora iré a avisarlo de que estás al teléfono. Pero, dime, ¿todo en orden por ahí?

—Sí, sí, todo va genial.

—El viernes hablé con Martín, dice que está encantado de tenerte con él.

—Y yo de estar aquí.

—Estoy muy orgullosa de los dos. Adoro ver que os lleváis tan bien.

—Ya… Oye, mamá, quiero contarte algo.

—Claro, cielo. Dime.

—He conocido a una chica.

—Oh, eso es fantástico. Tan solo llevas tres meses ahí, menudo casanova estás hecho —se rio.

Solté una carcajada.

—Pero no puedes mencionárselo a Martín.

—¿Por qué? —preguntó más seria.

—Porque la conoce.

—Razón de más para que lo sepa.

—Es más complicado que eso. Trabajo con ella.

—Entiendo. Es una compañera.

—Es mi jefa.

Arrugó el entrecejo.

—Pero ¿tu jefe no es Martín?

—Sí. Él es el jefe de ella, de los dos.

—Ah, vale. Aunque seguro que Martín lo entenderá. Tu hermano es muy comprensivo, ya lo sabes.

—Lo sé. Hay… más cosas.

—¿Qué cosas?

—Está divorciada, es mayor que yo y tienes dos hijas.

Mi madre se quedó en silencio y levantó las cejas. De pronto, empezó a reír a carcajadas. Tanto que fue imposible no imitarla.

—¿De qué nos estamos riendo? —le pregunté.

—Silvia, ¿qué ocurre? —Oí la voz de mi padre. Unos segundos después, apareció en pantalla—. Hola, Alexander. ¿Qué le has contado a tu madre? —Sonrió mientras se sentaba en el banco, junto a ella.

—Nada de lo que tenga que morir de risa —contesté.

—La historia se repite, Richard —dijo ella, un poco más calmada ya.

—¿A qué te refieres? —cuestionó mi padre.

—Tu hijo ha conocido a una chica.

—Ah, eso está genial. —Me miró y guiñó un ojo.

—Mayor que él, divorciada y con dos hijas.

Ambos se observaron con una sonrisa. Fue entonces cuando caí en la cuenta. Mi madre estaba en la misma situación cuando conoció a mi padre. Tres años mayor que él, divorciada y tenía a Martín.

Dios, ¿cómo demonios no había pensado en ello?

—Mamá, ¿tú tenías miedo de salir en serio con papá? —pregunté.

—Claro, cariño. No quería meter en nuestra casa a un hombre que no respetara a tu hermano. Y, si te digo la verdad, también tenía miedo de perder mi independencia. Había fines de semana que cogía a Martín y nos íbamos a pasar el día fuera, no le debía cuentas a nadie. Solo a mi hijo. Es normal que esa chica tenga dudas, cielo. Y tú, ¿las tienes?

—Sé que me gusta. Mucho. Es inteligente, divertida y preciosa. No dejo de pensar en ella y quisiera pasar más tiempo juntos, hacer cosas diferentes. Entiendo que tiene responsabilidades que yo no, pero no estoy pensando en pedirle matrimonio, solo en… intentarlo.

—Debes tener paciencia, Alexander —intervino mi padre—. Si a pesar de su situación, piensas así, deberías planteárselo. Es decir, si ambos os sentís atraídos como para dar un pequeño paso, comentadlo. Eso es lo más importante: la comunicación. Primero tenéis que ver si los dos estáis bien juntos, el resto, hijo, ya vendrá.

—Eso es lo que creo yo, pero me parece que ella es reticente.

—Cada persona necesita su espacio —añadió mi madre—. No todos vemos la misma situación igual. Además, ella no está sola.

Tiene que ver claro lo que siente. No puede tirarse a la piscina de cualquier manera, porque arrastraría a sus hijas.

—Nosotros te conocemos bien, hijo, sabemos que eres sincero, que siempre has tenido las cosas claras y no eres de los que echan a correr a la primera oportunidad, pero ella todavía no.

—Ya… Quizá debería esperar un poco para pedirle que salgamos más a menudo.

—Seguro que lo sabrás cuando llegue el momento, Ander.

—No quiero meter la pata.

—No lo harás, pero, si lo haces, pide disculpas, no pasa nada. A veces, sin querer, hacemos cosas que no están bien, por precipitarnos o porque creemos en ese momento que es lo correcto.

—De todas formas, no dejes de ser tú, hijo. No quieras amoldarte a todo por ella. Una relación es cosa de dos, en igualdad, en complicidad, en comprensión.

—Gracias a los dos. Pensaré en ello.

Ambos sonrieron mientras asentían.

—Bueno, ¿qué más nos cuentas? —preguntó mi madre.

Me centré en ellos, en mantener una conversación como tantas otras, y hablar acerca de que en poco más de un mes, en Navidad, vendrían a España para pasar esos días en familia, como cada año.

CAPÍTULO 33
Bonito y sencillo

Maya

El sábado de la cita llegó sin apenas percatarme. Entre la semana de virus, las niñas en casa hasta el miércoles y el trabajo para ultimar las campañas de varios clientes, no me dio tiempo a ponerme nerviosa. Ni enferma, dicho sea de paso. Sin embargo, esa misma tarde se me hizo un nudo en el estómago. De acuerdo, era adulta, conocía a Ander y ya me había acostado con él, ¿cuál era el problema? Dos, tenía dos problemas. Uno, desde el divorcio, no había salido a cenar con nadie; para mí, disfrutar de una velada, una conversación e intercambiar opiniones era mucho más íntimo que echar un polvo. Y dos, cenar con Ander no era solo una cita; estaba claro que nos gustábamos y me daba el mismo miedo que saliera bien como que saliera mal.

Intenté centrarme en lo que me repitieron hasta la saciedad mis amigas: «Solo es una cena. Relájate y disfruta». Muy bien, pues allí estaba, con lencería seminueva, un vestido bonito, un maquillaje sutil y el pelo suelto. Sencilla pero sexi.

Ander me avisó por WhatsApp de que ya estaba frente al portal. Puntual. Dijo que él me recogería e iríamos en coche hasta el restaurante. No sabía que tuviera vehículo; siempre iba a trabajar en metro. Cuando bajé, lo entendí. Llevaba el coche de Martín, pero no sería yo quien hiciera esa observación.

Abrí la puerta del copiloto y me senté a su lado.

—Buenas noches —saludé, mientras me acomodaba el cinturón de seguridad.

—Buenas noches, Maya.

Lo miré en cuanto estuve lista. Sonreía mucho y no había arrancado.

—¿Ocurre algo? —dudé.

—No, no. Es solo que… no esperaba verte aún más preciosa de lo que ya te he visto.

—¿En serio, Ander? —Alcé una ceja, a pesar de que noté el típico ardor en las mejillas que indicaba que me acababa de ruborizar.

—En mi cabeza sonaba mejor —bromeó.

—No hace falta que me piropees, ya hemos… follado —imité su tono.

—Si te digo que eres preciosa, es porque lo pienso. —Su sonrisa se desdibujó un poco.

—Y tú estás para mojar pan —añadí, con un guiño de ojo, para que volviera a sonreír de esa forma que me encantaba.

Soltó una carcajada.

—Tienes razón, suena fatal fuera de la mente —contestó, entre risas. Arrancó el motor y se incorporó al tráfico—. Le he pedido el coche a mi hermano, aún no he tenido tiempo, ni ganas, de ir a mirar uno.

—¿No te gustan los coches?

—Bueno, sí me gustan, pero solo porque te llevan de un lugar a otro.

—Un tío al que no le pirran los coches, no me lo puedo creer —reí.

—Has conocido a pocos hombres, ¿verdad? —rio también.

—Cierto. Y, ¿adónde vamos?

—A un sitio bonito y sencillo —respondió.

—Vale. Ya no pregunto más acerca de eso.

—Puedes preguntar. El tema es si quiero contestar. —Me guiñó un ojo.

—Estás muy gracioso hoy.

—¿Solo hoy?

—Dios, menudo diálogo de besugos —volví a reír.

—Perdona, estoy un poco nervioso.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Tú qué crees? —Me miró un momento y, después, volvió la vista a la carretera.

—Supongo que por lo mismo que yo.

—¿También lo estás? —se sorprendió.

—Un poco. Bastante. Mucho. No he salido a cenar con un hombre desde que me divorcié —confesé.

—¿En serio?

—Muy en serio. Solo he tomado alguna copa en el club y… bueno, ya sabes.

—Ya. Pues estamos, más o menos, igual. Eres la primera chica con la que interactúo desde que llegué de Nueva York, y la única.

—Supongo que… hemos empezado al revés.

—Bueno, el sitio en el que nos conocimos daba pie a ello. —Se encogió de hombros.

—Sí. Cierto. Aunque… me alegro de que tengamos otro ambiente en el que relacionarnos.

—¿La oficina?

—Y ahora, aquí —atajé.

Me miró otro segundo y sonrió de lado.

—Yo también me alegro.

Nos quedamos en silencio y aproveché para desviar la vista a la ventanilla. Nos alejábamos del centro hacia la parte de la montaña. Me gustaba la ciudad porque se asentaba junto al mar y, también, ofrecía la posibilidad de subir a la zona boscosa para disfrutar de la panorámica. Sabía que en esa zona había varios restaurantes de diferentes tipos, sobre todo de cocina mediterránea de temporada, pero nunca había ido a ninguno.

Ander aminoró la velocidad cuando entramos en la carretera de curvas y a oscuras. Subimos hasta una plaza que hacía las veces de aparcamiento público, aunque tuvimos que dar un par de vueltas por varias calles hasta dar con un sitio en el que dejar el coche. Había bastante movimiento. Lo normal en una noche de sábado.

—Por un momento he pensado que tendríamos que dejar el coche abajo y subir andando —comentó Ander, mientras salíamos del vehículo.

—Con el frío que empieza a hacer ya, no habría sido mala idea para entrar en calor.

—¿Tienes frío? —preguntó, tras ponerse un abrigo corto.

—Un poco. Quizá debería haberme puesto pantalones. —Levanté una pierna, embutida en medias negras y botines de tacón medio.

—Ven. —Se acercó a mí, me pasó un brazo por los hombros y me pegó a su costado.

Su aroma delicioso y amaderado se me coló por la nariz y me arrebujé contra su pecho. Dios, olía increíble. Y se estaba tan calentita…

Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que echaba de menos ese tipo de caricias, de mimos, de intimidad. Levanté los ojos hacia Ander. Su mentón me recibió fuerte y relajado, y mi frente parecía encajar a la perfección en el hueco de su cuello. Por primera vez en mucho tiempo, me olvidé de que era una profesional de la publicidad y una madre de casi cuarenta años. Allí, con él, solo era una mujer a quien le gustaba un hombre con el que iba a cenar en un restaurante bonito y sencillo.

CAPÍTULO 34
Noche estrellada

Ander

Por la cara que puso Maya cuando entramos en el restaurante, supe que había elegido bien. Se le abrieron ligeramente los ojos, sonrió contenta y observó con entusiasmo las paredes de piedra, las columnas de ladrillo rojo y los arcos de madera. En realidad, tenía un toque rústico muy acogedor.

Di mi nombre al camarero que nos atendió y nos acomodó a una mesa junto a la ventana, desde donde se veía parte de las luces de la ciudad.

—Es precioso, Ander —sonrió aún más.

—Me alegro de que te guste. Hice un trabajo de campo bastante exhaustivo.

Rio por lo bajo.

—Ya veo. Gracias por tomarte tantas molestias.

—No ha sido molestia, yo también prefiero los lugares bonitos y sencillos.

Volvió a reír. Solo por eso ya había valido la pena todo el tiempo que había invertido en buscar el sitio.

—Me gusta tu corbata. Hace juego con… tus ojos —alabó.

Dirigí mi mirada hacia la prenda. Había elegido una que simulada un cielo nocturno plagado de estrellas.

—Eso ha sonado aún más cursi que lo que te he dicho yo cuando has subido al coche —bromeé.

Se tapó la boca con la mano para amortiguar el sonido de su carcajada.

El camarero apareció en ese momento para tomar nota de la bebida, aunque todavía no habíamos ni mirado la carta.

—Elige el vino que quieras, yo solo beberé alguna copa. Tengo que conducir de vuelta —le dije—. Para mí, agua, por favor —pedí al hombre.

—De acuerdo. ¿Te apetece un rosado?, así da igual lo que comamos, suele ir con todo. Al menos, para mí.

—Claro.

Miramos la carta para escoger la cena antes de que el camarero volviera con nuestras bebidas, de ese modo, no retrasaríamos la preparación; había ya muchas mesas ocupadas.

—Por cierto, cuéntame eso de que fuiste a un restaurante de lujo —dijo Maya, tras beber un sorbo del vino que le habían servido.

—Ah, eso… Pues fue hace ya unos cuantos años. Mis padres tienen una empresa de moda en Nueva York y los invitaron a la cena de una revista del sector. Me obligaron a ir con ellos. De esmoquin. En el coche de vuelta, les dije que, si tenía que ir de nuevo a un sitio así, me escaparía de casa —resumí.

—¿Esmoquin? Pero ¿cuántos años tenías? —preguntó, entre risas.

—Creo que dieciocho. Le tengo tirria a esos eventos desde entonces. —Hice un mohín despectivo.

—Bueno, imagino que lo tomaron en cuenta, porque dijiste que no volviste a ninguno.

—Sí. Entendieron que no podían obligarme a asistir.

A medida que pasaban los minutos, y al ver a Maya hablar, reír y preguntar sin parar, me relajé del todo. Tanto que olvidé por completo los nervios y el mal cuerpo de los últimos días por si no salía bien. Temía que no se sintiera a gusto, pero parecía todo lo contrario.

Hablamos de nuestros años universitarios, de las diferencias de costumbres de un país y otro, de cómo conoció a su exmarido, de que yo había tenido un par de relaciones largas y algunos rollos; de todo y de nada. De mucho y de poco.

—Si no es molestia, te puedo preguntar por qué te divorciaste —cuestioné en un momento de la conversación.

Ella inspiró en profundidad y suspiró.

—Bueno…

—Perdona, no quiero incomodarte. Da igual, no contestes a eso. Hablemos de otra cosa —la interrumpí. Al final, había metido la zarpa.

—No, no. Quiero contártelo —atajó.

—De verdad, no es necesario.

—Me despidieron varias semanas después de informar a la empresa que estaba embarazada de Ana —empezó—. De eso hace diez años, más o menos. Mi amiga Greta y su marido, Hugo, son abogados. Denunciaron y recurrieron el despido en mi nombre. Ganaron. Nos llevamos un buen pellizco por despido improcedente agravado por mi estado. Eso es discriminación.

—Totalmente —asentí.

—Por ese mismo motivo, no me contrataron en ninguna empresa a las que acudí para entrevistarme. Así que decidimos que me quedaría en casa hasta que naciera la niña.

—Es una decisión como otra cualquiera —intervine al ver que se quedaba callada.

—Sí, por supuesto. El tema fue que, como queríamos tener dos hijos, aprovechamos esa pausa para volver a ser padres. Por eso Ana y Elena se llevan apenas dos años. Iker era el director de la sucursal bancaria en la que trabajaba y podíamos permitirnos que entrara en casa un solo sueldo, ya que teníamos ahorrado el dinero de mi indemnización.

»El problema vino cuando decidí volver a trabajar. Elena ya tenía seis meses y la llevábamos a la guardería, como a Ana, así que no había motivo para esperar más. Después de varias entrevistas en diferentes empresas del sector, caí en el despacho de Martín y me contrató. Desde ese momento, Iker y yo trabajábamos fuera de casa, pero él se había acostumbrado a que todo lo referente a las niñas, la casa y demás lo hiciera yo. Así que empezamos a discutir a menudo porque él apenas hacía nada más que llevar y traer a las niñas del colegio. El resto cayó casi por completo sobre mis hombros.

»Al principio, pensé que acabaría por entenderlo, que era imposible que yo pudiera hacerlo todo y, además, trabajar. Pero no. Incluso, planteó que dejara el empleo, que no había necesidad. Me

negué en rotundo. Me encanta mi profesión y no estaba dispuesta a renunciar a ella. Aguantamos varios años así por las niñas. Pero llegó un momento en que la convivencia se hizo insostenible y decidí plantearle el divorcio —hizo una pausa—. Y hasta hoy.

Habló casi de carrerilla, y hasta que no estuve seguro de que había terminado, no dije nada.

—Bueno, a veces, las cosas se tuercen y no hay vuelta atrás.

—Supongo que no. Tenemos la custodia compartida, solo hablamos de temas que tengan que ver con las niñas y ya. Me dio pena, porque llevábamos juntos desde la universidad, pero se me hizo un mundo vivir así —confesó un tanto compungida—. De todas formas, es agua pasada. Hablemos de otras cosas.

—Por supuesto —sonreí.

—¿Cómo diste con el club? —preguntó, antes de meterse un trozo del pescado que había pedido en la boca.

—Por internet.

—¿Todo lo buscas en internet? —rio.

—Casi todo. Aunque debo admitir que opino que la era digital nos está volviendo un poco idiotas.

Soltó una carcajada.

—Yo pienso lo mismo. Temo por las niñas; saben programar la televisión en un momento, pero eran incapaces de prestar atención a un libro durante un minuto. Hasta que conseguí que lo hicieran. Ahora leen cada noche un buen rato, antes de ir a dormir.

—Eso está genial.

La noté mucho más tranquila al poder hablar de sus hijas sin tapujos; como si se hubiese quitado un peso de encima al contarme que era madre y no tener que evitar ese tema en las conversaciones.

Me encantaba oírla hablar de cualquier asunto, siempre tenía un argumento lógico o divertido o hasta un poco loco. Anécdotas, pensamientos, preferencias. Todo en ella parecía, incluso, mejor de lo que me había imaginado. Y cada vez que reía, me miraba o callaba, sentía una atracción más fuerte hacia su órbita.

CAPÍTULO 35
Tocar el cielo con los dedos

Maya

Al contrario que al llegar, cuando salimos del restaurante, agradecí el frescor de la noche. Había cenado deliciosos platos, había bebido un buen vino y había conversado con Ander como si lo conociera de toda la vida. Me sentía demasiado bien. Como hacía años.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó de camino al coche.

—No lo sé. ¿Has pensado en algo?

—La verdad es que no. Me centré tanto en la cena que olvidé completar un plan para después —rio—. Pero podemos improvisar.

—¿Tomamos una copa?

—¿En el club?

—Bueno…, no es necesario que sea allí.

Miró a su alrededor, como en busca de algo.

—Creo que por aquí también hay algún *pub*.

—¿Lo viste por internet? —bromeé.

—Lo cierto es que sí. —Volvió a reír.

—Pues vamos. ¿Por dónde está? —pregunté y, sin pensarlo, lo agarré de la mano para que me dirigiera.

Sus dedos se enredaron en los míos de forma cálida, suave. Me observó con una sonrisa satisfecha y comenzó a caminar hacia el lado contrario al que íbamos.

—No está lejos.

Mientras andábamos, volví a sentir ese cosquilleo de calma en el pecho, como si algo se hubiese puesto en su lugar dentro de mi cuerpo. Me detuve.

—Espera, Ander. —No supe por qué, pero tenía la necesidad de confesarle algo.

—¿Qué ocurre, Maya? ¿Has cambiado de idea? ¿Quieres que vayamos a otro sitio? —preguntó—. No hay problema.

—No es eso. Es que… quiero decirte que… me gustas. Me gustas mucho —admití.

—Pero…

—No hay pero. Solo quería que lo supieras.

Se acercó el par de pasos que nos separaban y, sin soltar mi mano, me acarició la barbilla, el cuello, el pómulo…

—Tú también me gustas, te lo he dicho varias veces —murmuró, cerca de mis labios.

—Lo sé. Por eso me parecía justo que supieras que siento lo mismo. —Pasé mi mano por su corbata, despacio, sin intención de agarrarla, solo por el hecho de acariciar su pecho, como él mimaba mi rostro.

No hizo falta más. Su boca se posó sobre la mía, con delicadeza, con calma. Todo lo contrario a las veces que nos habíamos besado con anterioridad. Su lengua buscó la mía con tranquilidad, como si quisiera alargar el beso el mayor tiempo posible.

Me sentí flotar. No sabía si por el efecto de mi confesión, la sensibilidad de Ander o por haber disfrutado de una velada perfecta. Pero no quería salir de ese estado.

Fue él quien se apartó unos centímetros; yo seguí con los ojos cerrados.

—También podemos tomar esa copa en mi piso —susurró.

Levanté los párpados con lentitud.

—¿En tu casa?

—Prometo llevarte a la tuya después. No hace falta que te quedes si no quieres.

—Vale —asentí. Apenas tuve que pensarlo.

Llegamos a su barrio en menos de veinte minutos y, por suerte, esa vez, aparcó casi frente al portal del edificio. En cuanto entramos en el ascensor, sonrió.

—Aquí no hay cámaras —bromeó.

—Ah, ¿no? —Miré hacia el techo del habitáculo y, luego, de nuevo a él—. Está bien saberlo. —Alargué la mano y le cogí la corbata—. Al parecer, hoy voy a tocar el cielo con los dedos —añadí.

—No lo dudes.

Arremetió contra mi boca de forma contundente, como estábamos acostumbrados a interactuar en nuestros encuentros. El ascensor se detuvo y salimos a trompicones, sin soltarnos. Ander me arrastró hasta la puerta de su piso, buscó la llave en el interior de su abrigo y abrió con torpeza. En cuanto cerró la puerta a mi espalda, dejó caer la chaqueta al suelo. Yo hice lo mismo con mi bolso y la gabardina que me cubría.

Me cogió en volandas y me encajó en sus caderas, para caminar hacia lo que supuse era su dormitorio.

—No tienes ni idea de lo que te deseo —dijo, entre beso y beso —, de las ganas que tengo de follarte lento —gruñó—, profundo…

—Joder, sí… —jadeé—. Fuerte, intenso…

Entramos en otra estancia, y me depositó sobre una cama amplia y mullida. Me desnudó despacio, pero apretando los dedos sobre mi carne. Las botas, el vestido, las medias, la lencería… desaparecieron, al igual que su ropa. Se sacó la corbata por el cuello y la colocó alrededor del mío.

—Soy yo quien va a tocar las putas estrellas, Maya. Soy yo…

—Los dos…

Lo agarré de la nuca y lo atraje hacia mi boca, me era imposible dejar de besarlo durante breves espacios de tiempo. Después fuimos lenguas, caricias, mordiscos, pieles… Un amasijo de dos cuerpos interconectados por el ansia, el anhelo, el hambre. Dos cuerpos que decidieron por sí mismos necesitarse.

El orgasmo llegó como Ander había prometido. Lento, profundo, intenso. Tanto que sentí que jamás volvería a experimentarlo de esa forma si no era con él.

También cumplió con llevarme a casa en mitad de la madrugada. Me acompañó hasta el portal.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por invitarme a cenar.

—Yo también lo he pasado genial, ha sido un placer.

—Un placer muy placentero —bromeé.

—Con todas las letras —sonrió.

Lo besé una última vez esa noche.

—Mañana hablamos.

—Claro. Buenas noches.

—Que descanses.

Entré en la portería y llamé al ascensor, mientras veía a Ander alejarse hacia el coche. Me habría quedado en su casa a dormir, pero necesitaba procesar a solas todo lo que su compañía había despertado en mí.

CAPÍTULO 36
El día mejora por momentos

Ander

El lunes llegué a la oficina más sonriente de lo habitual. El fin de semana había sido perfecto. La cita con Maya, increíble. Dios, cómo empezaba a pillarme de esa mujer. Quizá ya estaba pillado hasta las trancas, pero me daba igual. Me sentía totalmente extasiado.

Esperé el ascensor en cuanto ella me avisó de que ya subía desde el *parking*.

—Buenos días, Ander —saludó, con una sonrisa igual de brillante que la mía.

—Buenos días, Maya. ¿Qué tal estás?

Las puertas se cerraron.

—¿Te apetecería salir al cine o a cualquier otro sitio algún día? —preguntó.

Me giré por completo hacia ella.

—¿Me estás pidiendo otra cita? —Fingí sorprenderme. Aunque, en realidad, estaba atónito. No habíamos hablado de ello en ningún momento del fin de semana.

—Podría decirse que sí. —Se encogió de hombros.

—Estaré encantado de ir a cualquier parte contigo —respondí.

—Bien. Lo vamos hablando. —Las puertas se abrieron—. Hasta luego. —Y salió con paso firme en dirección a la zona de oficinas.

Yo me quedé durante unos segundos allí plantado. Si pensaba que el día no podía mejorar, Maya acababa de darme una buena hostia con la mano abierta.

Pasé por la sala de descanso para dejar mi desayuno y prepararme un café. No había nadie. Era raro que Lucas no estuviera

allí, aunque quizá hubiese llegado antes y ya se encontrara en su puesto. No tardé en corroborar mi teoría.

—Lucas, pasa a mi despacho un momento —dijo Maya, desde el umbral de la puerta.

—Voy, jefa. —Lucas cogió la *tablet* y se dirigió hacia allí—. Hola, Ander. Tengo reunión con la jefa, luego nos vemos. —Me guiñó un ojo.

—Claro. —Levanté el pulgar.

—Cierra —se oyó la voz de Maya desde el interior.

Era raro ver la puerta de su despacho cerrada, pero imaginé que debían hablar de algo relacionado con clientes importantes, así que no me preocupé. Me acomodé en mi sitio y empecé por repasar la agenda de la semana.

Pocos minutos después, llegaron los demás.

—¿Dónde está Lucas? —preguntó Mónica.

—Con Maya. —Señalé con la barbilla.

—¿A puerta cerrada? —se extrañó Isaac.

Me encogí de hombros.

—Será algo importante.

No hicieron más preguntas y yo tampoco cuestioné nada.

Tras media hora, Lucas salió del despacho con su habitual actitud desenfadada y alegre.

—Mónica, te toca —le dijo a su compañera mientras señalaba el despacho, a su espalda.

—¿A mí? —dudó ella.

—Sí. Venga, no hagas esperar a la jefa —rio.

Mónica se levantó enseguida y caminó hacia la puerta.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Nuria en voz baja.

—Ah, no soy nadie para hablar de ello —respondió Lucas en su tono normal.

—Si está igual de contento que siempre, no será nada preocupante —expuso Isaac.

Lo único que hizo Lucas fue guiñarle un ojo. Luego se puso a trabajar.

Pasaron de uno en uno por el despacho de Maya. Hasta que me tocó el último turno.

—Hola —dije, al cerrar la puerta—. Me ha dicho Nuria que pase.

—Sí, siéntate —me indicó con rictus neutral, mientras preparaba unos documentos sobre la mesa.

—De acuerdo. —Hice lo que me pidió.

—Vale —levantó la vista hacia mí y apoyó los codos sobre la mesa—, por estas fechas siempre hablo con cada uno de vosotros para comentar cómo ha ido el año. Sé que llevas aquí apenas tres meses, pero también me gustaría saber cómo te ha ido a ti. Cómo te sientes con la empresa, tus compañeros, el trabajo, ya sabes —sonrió comedida.

—Bueno —me acomodé en el asiento—, la verdad es que estoy muy satisfecho. Todos me tratan bien y me ayudan, el trabajo es algo básico para mí, pero entiendo mi poca experiencia en la empresa; es necesario para conocer a los clientes y adaptarme a la dinámica del departamento.

Asintió.

—De acuerdo. Ellos —señaló hacia la puerta— también están contentos con tu incorporación. Dicen que eres un trabajador meticuloso y eficiente, y que te has integrado muy bien. Martín y yo estamos de acuerdo en eso, y así hemos informado a Dirección General.

—Me alegra saberlo. Gracias.

Me habló acerca de lo que se esperaba del equipo y de mí para el año siguiente, de la subida de sueldo anual, aunque, en mi caso, lo revisarían cuando cumpliera un año en la empresa. Lógico. También acerca de que me adjudicaría, junto con Lucas, la campaña de San Valentín de uno de los clientes. La escuché con atención, a pesar de que, a veces, se me iba la mente a escenas un tanto tórridas encima de su mesa, pero intenté apartarlas. Era horario laboral y ella, mi jefa.

—¿Quieres comentar algo más? ¿Alguna duda, problema…?

—No. Todo va bien. Estoy de acuerdo en lo que hemos hablado.

—Perfecto. Entonces, hemos terminado.

—Vale. —Asentí y me levanté de la silla para marcharme del despacho.

—Espera —dijo. Me di la vuelta—. Quiero decirte algo más.

—¿Sí?

—Respecto a lo que hemos comentado antes en el ascensor, ¿crees que sería posible vernos mañana para cenar? Algo ligero; una cerveza y unas tapas —propuso con total normalidad.

Me quedé fuera de juego. Tenía las piernas cruzadas, una mano apoyada en la silla y la otra, sobre la rodilla, la cabeza ladeada, una sonrisa traviesa…

—Eh… Claro —contesté, tras unos segundos.

—Si no te apetece… —Su rictus perdió algo de seguridad.

—No. No. Me apetece mucho. —Di un paso adelante—. Lo que pasa es que no esperaba que quisieras quedar entre semana —argumenté—. Estaba pensando en todo lo que hemos hablado de la empresa y… —Negué con la cabeza—. Nada. Mañana para cenar, por supuesto —confirmé.

—Vale, luego concretamos.

—Perfecto. —No me moví—. Te arrancaría esa blusa a mordiscos ahora mismo —bajé el tono de voz.

—Claro que lo harías. —Volvió a acodarse sobre la mesa—. Aquí encima, ¿cierto? —Señaló con el dedo la tarima llena de papeles.

—Cómo lo sabes… —casi gruñí.

—Pues vas a tener que esperar hasta mañana. —Me guiñó un ojo y volvió a enfrascarse en los documentos que tenía delante, con una sonrisa de la que se sabe vencedora de un duelo.

—Me las pagarás.

—Lo estoy deseando —rio.

Tuve que reírme también. Si esa iba a ser nuestra dinámica a partir de entonces, estaba jodido. Pasaría empalmado la mitad de la jornada.

CAPÍTULO 37
Esto no puede estar pasando

Maya

Esa tarde, justo cuando recogía mis cosas para marcharme a casa, sonó mi teléfono. Miré la pantalla. ¿Raúl? Arrugué el ceño, era raro que me llamara el marido de Greta. ¿Le habría pasado algo? Lo cogí enseguida.

—Hola, Raúl. ¿Qué ocurre? ¿Es Greta?

—Hola, Maya. No. Greta está bien —contestó, en un tono más serio del que me tenía acostumbrada.

Suspiré, aliviada.

—Vale. Dime.

—¿Sería posible que vinieras a mi despacho esta tarde?

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Sí, a las siete.

Miré mi reloj de pulsera. Pasaban dieciocho minutos de las seis.

—Supongo que sí. Pero ¿qué ocurre? —Tanta prisa empezó a preocuparme.

—Es Iker. Me ha llamado porque quiere que nos reunamos los tres.

—¿Iker? ¿Para qué? —Me extrañé.

Lo oí bufar al otro lado de la línea.

—Quiere… modificar la custodia de vuestras hijas —respondió. Parecía también inquieto.

—¿Qué? Y, ¿por qué no me ha llamado a mí? No te preocupes, ahora hablo con él, a ver…

—No. No quiere hablar contigo. Me ha dicho que… lo que tengas que decir me lo comentes a mí.

—Pero… no lo entiendo.

—Créeme, yo tampoco. No me ha explicado mucho, la verdad, pero lo conozco. Su tono ha sido… tosco e impertinente. A quien sí voy a llamar es a Greta, para que esté aquí contigo.

—¿A Greta?

—Sí. Iker me ha pedido que sea su abogado en este asunto. Solo el suyo, no tuyo, no de ambos.

Cada vez comprendía menos todo lo que me decía Raúl.

—Bueno, voy para allá. A ver qué quiere.

—Perfecto. Yo me encargo de Greta. No te preocupes, lo solucionaremos.

—Vale, ahora nos vemos.

Colgué la llamada y salí del despacho. Ya no quedaba nadie en el departamento, ni siquiera Ander, que se había marchado a la hora porque quería ir a ver entrenar a sus sobrinos. Bajé a por el coche y crucé media ciudad hasta el bufete donde trabajaba Raúl.

Le di vueltas al asunto durante todo el trayecto. Iker quería cambiar la custodia, pero ¿cómo? No quería hablarlo conmigo, ¿por qué? Cada vez entendía menos.

Llegué al edificio y aparqué en un *parking* de pago subterráneo, era imposible dejarlo en la calle. No iba a perder el tiempo en busca de un hueco que sabía no encontraría.

Di mi nombre a la recepcionista y pedí ver a Raúl. En menos de un minuto, aparecieron él y Greta. Ella no trabajaba allí, pero había llegado enseguida, así que aún me alarmé más.

—Hola, Maya —saludó mi amiga, y me dio un abrazo. La encontré demasiado seria.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunté, ya un tanto irritada.

—Ahora te lo explicamos —intervino Raúl.

Asentí. Greta me cogió del brazo y caminamos hacia el despacho de su marido.

—Al parecer, Iker quiere pedir la custodia exclusiva de las niñas —me informó en voz baja.

Me detuve en seco.

—¿Qué? —casi grité.

—Ssshhh. —Tiró de mi muñeca para que avanzara—. Tranquila, no será posible si tú no estás de acuerdo. Tiene que haber un

motivo importante y demostrable para solicitarlo de forma unilateral. Y que nosotros sepamos, no ha cambiado nada desde que os divorciasteis —me explicó con una calma que fingía fatal.

—Greta, que Iker quiera algo así, ya es un puto cambio, ¿no crees? —Me puse a la defensiva.

—Déjanos hablar a Raúl y a mí, tú solo intenta calmarte.

—Eso es fácil de decir.

—Lo sé.

Llegamos al despacho de Raúl, en el que ya estaba sentado a la mesa Iker, con cara seria e imperturbable. Sentí la inquina de su mirada en el centro del estómago. Algo iba mal. Muy mal.

—Sentaos —anunció el marido de mi amiga.

—¿Qué ocurre, Iker? —le pregunté.

—Ahora lo sabrás —contestó, molesto.

Greta se sentó a mi lado y me puso la mano sobre el muslo para tranquilizarme.

—Bueno —empezó Raúl—, Iker me ha llamado para organizar esta reunión urgente porque tiene la intención de cambiar la custodia de Ana y Elena. —Hice el amago de contestar, pero Greta me apretó la pierna—. Según me ha informado, quiere la custodia monoparental para él.

Ahí ya no pude reprimirme, por mucho que mi amiga volviera a advertirme con el mismo gesto.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté a la desesperada.

—No voy a hablar contigo. Habla con mi abogado. —Señaló a Raúl con la barbilla.

—¿En serio? —respondí con sorna.

—Vamos a calmarnos —continuó Raúl—. Iker, somos todos amigos desde hace años. Es normal que nos extrañe un acto como este. ¿Qué alegas para solicitar este cambio?

—No quiero que mis hijas tengan nada que ver con… una puta —expuso, con una mala leche que jamás le había visto.

—¿Qué has dicho? —Me levanté de un salto y apoyé las manos sobre la mesa para encararlo.

—¡Iker! —lo amonestó Greta—. ¿De dónde coño has sacado…?

—Por favor, Maya —intervino Raúl—, siéntate. Hablemos con calma.

—¿Con calma? Acaba de llamarme puta. ¿Te parece normal?

—Por favor —rogó de nuevo.

Inspiré hondo y me dejé caer sobre la silla. Me hervía la sangre, el corazón estaba a punto de salírseme del pecho. No entendía nada, pero no iba a permitir que… ese cabrón…

—Tranquila —susurró Greta.

—Iker —continuó Raúl—, esa es una acusación muy grave. ¿A qué te refieres con exactitud para afirmar algo así?

—Me refiero a eso exactamente. Maya ejerce la prostitución. No quiero que mis hijas estén con una madre así —sentenció.

—Pero ¿qué…?

—Maya, por favor —me interrumpió Raúl.

—Joder, ¿es que no voy a poder defenderme?

—Dejemos que Iker exponga su argumento, después será tu turno.

Greta volvió a tocarme. La miré. Negó con la cabeza. Entonces entendí que, si estaba callada, yo debía estarlo también; si no, ella sería la primera en saltar al cuello.

—Imagino que tendrás pruebas para demostrar lo que acabas de decir —fue mi amiga quien habló, en un tono calmado pero tenso.

—Por supuesto. —Cogió un sobre marrón de tamaño A4 que había sobre la mesa y se lo entregó a Raúl.

Mientras nuestro amigo lo abría, miré a Iker, seguía con la barbilla en alto y la mirada fría.

—¿Dónde están las niñas? —le pregunté. Esa semana las tenía él hasta el miércoles, puesto que la anterior estuvieron conmigo durante más tiempo.

—Con mis padres —respondió con rabia.

—Vale. ¿Puedes explicarnos qué es todo esto? —preguntó Raúl al tiempo que exponía sobre la mesa una serie de fotografías en las que aparecía yo a la entrada del club, en distintos días. Había instantáneas de, al menos, seis meses antes.

—¿Me has estado espiando? —pregunté—. No me lo puedo creer. Pero ¿tú de qué vas? —Cogí una de las imágenes—. Esto no es un

prostíbulo, Iker. Es un bar de copas.

—Según el informe del detective privado es… mucho más que eso —anunció.

—Aquí dice —intervino Raúl— que el local se divide en un bar y una zona de habitaciones, donde los clientes tienen relaciones sexuales. En ningún momento indica que se pague por ese… *servicio*, Iker.

—Ya, claro. Todos los bares de copas y *pubs* tienen habitaciones para follar, no me jodas. No solo eres una puta, sino que también pagas por ello —dijo Iker, con aversión.

—Que no es un puto prostíbulo. Se pagan las habitaciones que se usan. Nada más —expliqué, exaltada—. Es un club como cualquier otro bar.

—Iker, si llevas a cabo esta denuncia, se va a investigar todo. Si no tienes razón, vas a perder mucho más de lo que crees —explicó Raúl.

—Si no quieres hacerte cargo, buscaré a otro abogado más… persuasivo —anunció.

—Mira, Iker —interrumpió Greta—, ya me estás tocando la moral, y mucho. No sé qué coño te ha dado ahora con todo esto, pero no me toques los ovarios, en serio. Maya es adulta, puede hacer lo que quiera, ir a los bares que quiera, follarse a quien quiera… ¿O es que tú no lo haces también? —Alzó una ceja—. Ir a ese bar es como ligar en un *pub*, en una discoteca o en una aplicación de móvil. Igualito.

—Allí se paga por ello —insistió.

—Se paga la habitación, gilipollas —se enfadó Greta—. Quiero una copia de todo eso. Tú haz lo que quieras, yo estoy con Maya —le dijo a su marido—. Te voy a destrozar —advirtió a Iker, al tiempo que se levantaba de la silla.

—Eso ya lo veremos —se mofó él.

—Vamos, Maya —apremió mi amiga.

—No me lo puedo creer —le dije al padre de mis hijas—. Espero que cambies de idea, porque si no…

—¿Me estás amenazando? —Sonrió como el idiota que acababa de darme cuenta que era—. Toma nota, Raúl. Maya me ha

amenazado.

—Iker, por favor…

Ya no oí más. Salí de allí como una furia, tras Greta, que parecía igual de enfadada que yo.

—Pero ¿qué coño se ha creído? Será imbécil, el muy cretino —iba relatando Greta.

—No entiendo qué le pasa. Me he quedado en *shock*, te lo juro.

Greta se detuvo en cuanto cruzamos la puerta del edificio.

—Pasa que hay tíos a los que no se los conoce hasta que te divorcias de ellos.

—Hace dos años que nos divorciamos, ¿y ahora viene con esto?

—Chica, es que Iker va con retraso, al parecer. Será capullo…

—Sí, vale, muy bien, pero ¿por dónde empezamos a contrarrestar esa mierda de acusación? —pregunté, una vez que me calmé un poco—. Aunque es imposible que nadie pueda verificar que el club es algo que no es.

—Sí, pero Iker tiene razón en algo.

—¿En qué?

—Con su denuncia, puede sembrar el beneficio de la duda. Y con menores de por medio, siempre prima su bienestar.

—¿Me estás diciendo que es posible que pierda la custodia de mis hijas por tomar unas copas en un bar? —Me asusté de verdad.

—No solo no la vas a perder, sino que la vas a ganar —atajó—. Confía en mí. Yo me encargo. Soy tu abogada. —Me dio un beso y un abrazo rápidos y se marchó casi a la carrera.

—¡Greta! ¿Adónde vas?

—Luego te llamo —gritó sin detenerse.

Dios mío, pero ¿qué demonios estaba pasando? Me quedé allí plantada, en mitad de la acera, sin saber muy bien qué hacer. Todo lo ocurrido me parecía una locura, un desastre, un mal sueño. Me sentí como una espectadora de mi propia vida. No podía ser.

Me encaminé hacia el *parking*, con la cabeza a punto de estallar. Lo único que quería en ese momento era abrazar a mis hijas, así que saqué el móvil y llamé a la madre de Iker.

—Hola, Maya —saludó en el mismo tono de siempre.

Se enfadó un poco conmigo cuando me separé de Iker, pero, con el tiempo, respetó mi decisión. Supuse que pensó que perdería el contacto con sus nietas.

—Hola, Carmen. ¿Están ahí las niñas?

—Sí. Iker me ha dicho que tenía trabajo.

—Sí, sí, lo sé —mentí. No era plan de descargar mi rabia contra ella—. ¿Puedes pasarles el teléfono? Tengo que preguntarles una cosa.

—Claro. —Oí sus pasos sobre el suelo de tarima de su casa—. Niñas, es vuestra madre. Quiere hablar con vosotras.

—Mamiiii, hola —gritaron.

Las imaginé una al lado de la otra con el móvil en medio de sus orejas, como hacían cuando hablaban con quienquiera que las llamara.

—Hola, amores. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, mami. La abuela Carmen nos está haciendo una tortilla de patatas —explicó Elena con su habitual desparpajo.

Suspiré con alivio. Al menos, eran ajenas a lo que acababa de ocurrir.

—Eso es estupendo.

—¿Nos recogerás el miércoles, mami? —preguntó Ana.

—Claro, cariño. ¿Qué queréis que os lleve de merienda?

—¡Churros!

—¡Magdalenas!

Gritaron a la vez y me hicieron reír. Un nudo del tamaño de una noria se me agarró a la garganta.

¡No podía perderlas!

CAPÍTULO 38
Artillería pesada

Greta y Nora

Mientras caminaba a toda prisa por las calles en dirección a su despacho, Greta llamó a Nora.

—Hola, Greta. ¿Qué hay?

—Ha llegado el momento de sacar la artillería pesada —anunció.

—Iker —atajó Nora.

—Exacto. Ven a mi despacho, es importante.

—Enseguida.

Nora explicó a Hugo que debía salir, solo tuvo que decir una palabra.

—Maya.

Se visitó con ropa cómoda, cogió el abrigo y el bolso, y salió de casa en busca del coche. Con suerte, no tardaría más de quince minutos en llegar al bufete.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto su amiga abrió la puerta.

Greta hizo un resumen de lo que había ocurrido en la oficina de Raúl.

—Odio esto tanto como tú, pero hay que hacerlo —atajó cuando acabó.

—No es verdad, estabas deseando que pasara algo para descargar tu ira.

—Vale, te lo compro. Ahora vamos a currar. —Le guiñó un ojo.

—Espero que Maya no se enfade.

—Yo no lo haría si estuviese en su lugar.

—Ah, ¿no? ¿Tú no te cabrearías con nosotras si no te hubiéramos contado nada de lo que ha estado haciendo Iker si fuera

Raúl?

Greta la miró con los labios arrugados.

—Bueno, quizá un poco, pero se me pasaría enseguida.

—Mis ovarios, se te pasaría.

—Joder, da igual. No tenemos mucho margen. No quiero que Maya sufra más tiempo del necesario. Esta tarde ha flipado. Tenías que haberla visto, casi se come a Iker cuando la ha llamado puta —sonrió.

Se agachó frente al archivador del fondo y lo abrió. Sacó la caja de cartón en la que guardaba lo que ella llamaba «artillería pesada» y lo puso sobre la mesa.

—Qué pena de hombre, con lo majo que era antes —comentó Nora.

—Dicen que la gente no cambia; en este caso, no estoy de acuerdo. —Greta destapó la caja—. Vamos allá.

—¿Qué quieres que haga?

—Vamos a ordenarlo todo por fecha. Desde la más antigua hasta la más reciente.

—Vale. No recuerdo con exactitud cuándo empezamos con esto.

—En febrero. A ver, no hay mucho desorden, pero hay que organizarlo bien.

—Lo separo por meses y, después, lo juntamos.

—De acuerdo. Yo voy a preparar la grabación, aunque espero que no sea necesaria.

—Yo tampoco. No me gustaría que Iker la tomase con ella.

CAPÍTULO 39
Tengo una pala en el maletero

Maya

Cuando entré en casa, las fuerzas y la tensión me abandonaron. De pronto, mi cuerpo se aflojó y solo tenía ganas de meterme en la cama. Dormir. Desaparecer. Y que, al volver a abrir los ojos, todo lo que había pasado en el despacho de Raúl no hubiera existido.

No sabía qué le ocurría a Iker, por qué ese sentimiento de odio repentino, qué había hecho yo para recibir esa clase de rabia tensa y desmedida.

¿De verdad le molestaba tanto que saliera de copas? ¿De tener rollos de vez en cuando? Estaba convencida de que él hacía lo mismo; era imposible pensar que llevara dos años de celibato. Y, en cualquier caso, era su vida, ¿qué más me daba a mí lo que hiciera como hombre libre que era? Mientras no influyera en las niñas, podíamos hacer lo que nos viniera en gana. ¿En serio pensaba que cobraba dinero por acostarme con tíos? ¿Que pagaba? Era de locos. Por el amor de Dios.

Me había tirado sobre la cama, con la vista en el techo, sin ni siquiera quitarme los zapatos, pero no podía dormirme, tenía que esperar la llamada de Greta. ¿Qué estaría tramando? Se la veía muy segura de lo que debía hacer. Eso fue lo único que me tranquilizó un poco. Confiaba en ella, por supuesto; sin embargo, no saber qué planeaba también me inquietaba. A veces, Greta era demasiado impulsiva y hasta temeraria.

Necesitaba dejar de pensar por un rato, así que me levanté y fui al baño para darme una ducha. Hablar con las niñas me había dejado un sabor agridulce. Se encontraban bien, estaban contentas,

pero temía que esa inocente felicidad se truncara por culpa de lo que pretendía su padre.

El agua caliente me empapó la melena y, por un instante, me concentré en ese pequeño placer. Fue entonces cuando Ander me vino a la mente. Abrí los ojos de golpe. Ander. Justo esa mañana había decidido ser valiente e insinuarle que nos viéramos más a menudo. Probar. Olvidar todo lo que creía que nos separaba y darme la oportunidad de salir con alguien no solo por pasar un rato en la cama. Lo cierto era que, desde que lo había conocido, cada vez me apetecía menos ir al club. En cambio, el destino parecía pasarse mis deseos por el forro. ¿Cómo iba a meter a Ander en mis problemas? Era un hombre libre, joven, atractivo, inteligente y divertido, ¿quién era yo para importunarlo con mis asuntos personales? Nadie. Y ya no solo por lo que acababa de ocurrir con Iker, que no tenía ni idea de cómo iba a solucionar, sino cargar con mis responsabilidades; con mis horarios, mis imprevistos, mis hijas. No. En definitiva, no era negociable la libertad de elección que tenía para montar una vida a su antojo sobre la obligación de adaptarla a la mía. Eso sería muy egoísta por mi parte.

En cuanto salí de la ducha, miré el móvil por si había noticias de Greta.

Ander:
Hola, ¿qué tal te ha ido
la tarde? Acabo de llegar
a casa. Voy a darme una
ducha y a cenar algo.
¿Hablamos luego?

Inspiré hondo.

Hola. Lo siento, Ander,
me ha surgido un imprevisto.
Nos vemos mañana en la
oficina. Buenas noches.

Ander:
¿Va todo bien? ¿Son tus hijas?
¿Se encuentran bien?

Sí, sí, tranquilo. Mañana te cuento.

Mentí. No iba a contarle nada en absoluto, pero sí tenía que decirle que había cambiado de idea con respecto a nosotros.

Ander:
De acuerdo. Buenas noches.

Eran casi las diez cuando recibí la llamada que esperaba de Greta.

—Greta, dime qué pasa.

—Hola, Maya. Todo va según lo previsto —contestó con calma.

—Pero ¿qué hay previsto? Nada de lo que ha ocurrido hoy estaba previsto.

—Ya, ya. Era una forma de hablar. Escucha, mañana por la tarde, a las siete, ve de nuevo al despacho de Raúl. Volveremos a tener una reunión con Iker.

—Vale, genial. Y, ¿no me vas a contar qué demonios vamos a hacer para quitarle de la cabeza a mi exmarido esa idea ridícula de que soy…? Joder, es que no puedo creer lo que ha dicho y que haya mandado a alguien a seguirme. Esto parece una película de mierda. —Bufé de la frustración.

—Lo siento, vas a tener que confiar en mí. No puedo explicarte nada, necesito que tu reacción a lo que va a ocurrir mañana sea real. Si te lo cuento, Iker va a pensar que es cosa tuya y no quiero que crea eso.

—Pero…

—Pero nada. De verdad que lo siento. Sabes que te lo diría, pero no puedo.

Suspiré de nuevo.

—Vale, de acuerdo. Espero que sepas lo que haces porque, como esto salga mal, no sé qué…

—Si no sale bien, tengo una pala en el maletero, ya lo sabes —me interrumpió.

—¡Greta! Hablo en serio.

—Y yo, no te jode.

—No me lo puedo creer…

—Nos vemos mañana. Intenta descansar y no te preocupes. Soy tu abogada.

—Y mi… amiga.

—Eso por descontado. Abogada y amiga. No tienes ni idea de lo que significa para mí la combinación de esas dos palabras.

—Claro que lo sé.

—Entonces, como te acabo de decir, no tienes de lo que preocuparte.

—Vale. Hasta mañana.

Cuando colgué, no pude más que sonreír. Sabía que, si llamaba a Nora, me diría lo mismo que Greta. Estaba convencida de que ella también era partícipe del plan. Como solía decir Greta, no tenía pruebas, pero tampoco dudas. Recordé la primera vez que mi amiga dijo esa frase en el campus de la universidad, porque Nora le contestó:

—Menuda abogada de mierda vas a ser; si no tienes pruebas, no hay dudas que valgan.

—Cuando no tengo dudas, busco las pruebas hasta debajo de las putas piedras. Todas las acciones dejan rastro, por mucho que se quieran esconder. ¿Quieres que encuentre las tuyas? —La miró, desafiante.

Allí, sentadas en el césped, bajo un árbol, tanto Nora como yo supimos que Greta sería una de las mejores abogadas que conociéramos jamás.

CAPÍTULO 40
Última palabra

Ander

Entré en el edificio con el móvil en la mano, a la espera de que Maya enviara su habitual mensaje para subir juntos en el ascensor, pero pasaron los minutos y no recibí nada. Quizá aún no hubiera solucionado el imprevisto que me dijo la noche anterior que le surgió, así que entré en el cubículo y marqué el número siete; no quería llegar tarde.

Mónica y Lucas salieron de la sala de descanso cuando me acercaba a la puerta.

—Buenos días, tío. —Lucas alargó la mano para chocármela.

Mónica levantó el café que llevaba en la mano.

—Dejo esto —señalé mi mochila con el desayuno— y voy para allá.

—Tranquilo, no va a venir de un minuto —dijo Mónica.

Me hice un café, con la intención de llevármelo a la mesa, y me dirigí a mi puesto sin perder más tiempo. Me fijé en que el despacho de Maya aún estaba vacío, no había llegado. Las semanas que tenía a sus hijas, solía llegar más tarde porque debía dejarlas en el colegio, pero, que yo supiera, esos días estaban con su padre.

No le di mayor importancia, así que me acomodé en la silla y empecé mi jornada laboral como cada mañana. Maya aparecería en cualquier momento, aunque me extrañaba que no me hubiese avisado de que no estaría a la hora.

Quince minutos después, oí el sonido de sus pisadas, rápidas y contundentes. Sonreí. Quizá solo se le habían pegado las sábanas.

—Buenos días a todos —saludó en tono neutro.

Contestamos como siempre. Aunque hubo algo que me resultó raro. Cerró su despacho al entrar. Desvié la vista de mi pantalla hacia su puerta y, después, hacia mis compañeros. Ellos siguieron como si nada. No hicieron ningún comentario al respecto, no vieron extraño ese comportamiento de Maya. Llevaba trabajando casi tres meses allí, y ella jamás había cerrado la puerta de su despacho si estaba sola. Era posible que yo estuviese haciendo una montaña de un grano de arena, pero entre el mensaje de la noche anterior, la ausencia de aviso de esa mañana y que hubiera decidido levantar un muro entre ella y el departamento no hizo más que preocuparme.

¿Habría ocurrido algo con la empresa, con dirección? Por supuesto, no quise preguntar al resto, que se comportaba como siempre, así que no tuve más remedio que seguir con mi trabajo y esperar a que Maya me dijera lo que fuese.

***

Diez minutos antes de las cinco, hora en la que se acababa la jornada, Maya abrió esa puerta que había estado cerrada durante todo el día.

—Ander, ¿puedes pasar unos minutos antes de marcharte, por favor? —Apenas me miró. Soltó la frase y volvió al interior.

—Claro —contesté, y me levanté en el acto, sin pensar. Ni siquiera cogí la *tablet* o algún papel para anotar lo que tuviera que decirme.

Apenas tardé un par de segundos en estar en la misma estancia que ella por primera vez ese día.

—Cierra —pidió antes de acomodarse en la silla— y siéntate, por favor. —Su tono era serio y tenso.

—Vale. —Hice lo que me pidió y esperé a que dejara de mover los papeles que tenía sobre la mesa—. ¿Ocurre algo?

Inspiró hondo, cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos para mirarme de una forma que hizo saltar una alarma en mi interior. Parecía triste pero, a la vez, confiada.

—Lo siento mucho, Ander, pero hoy no vamos a poder quedar —carraspeó—. De hecho, ni hoy ni ningún otro día. No volveremos a

vernos fuera de esta oficina. —Me observó durante un par de segundos, luego desvió la mirada hacia su pantalla.

La alarma empezó a tronar en mi cabeza, en mis oídos, en mis sienes.

—Eh… ¿Alguien de la empresa se ha enterado de que nos hemos visto? ¿Es eso?

—No —negó con los ojos cerrados, de nuevo—. No es eso. —Volvió a mirarme—. Me precipité al decirte que nos viéramos, lo siento. Creo que lo mejor es que lo dejemos aquí, ahora.

—Pero… ¿qué ha ocurrido? ¿Qué te ha pasado?

—Ander —inspiró en profundidad—, acordamos que, cuando cualquiera de los dos quisiera dejarlo, lo haríamos sin dramas. El otro debía aceptarlo y nos comportaríamos como personas profesionales dentro de la empresa.

—Sí. Eso dijimos —corroboré. Me sudaban las manos y tenía un pequeño temblor en el tobillo derecho. Desvié la vista hacia la ventana, casi era de noche—. Aunque, después de estas semanas, de la cena del sábado, pensé que…

—Lo siento, no…

—Deja de disculparte. —Apreté la mandíbula—. No soy un crío a quien le has quitado el caramelo de la boca, ¿vale? —Elevé el tono. Suspiré. Joder—. Perdona. Pero me gustaría saber qué ha ocurrido para que cambies de opinión de un día para otro —añadí con un tono que demostraba mi frustración.

Se le humedecieron los ojos.

Mierda.

Parpadeó varias veces.

—No debí permitirlo. Trabajamos juntos, soy tu jefa y te llevo once años. No está bien.

—¿Es tu última palabra? —quise asegurarme. Me debatía entre abrazarla u odiarla.

Joder, me sentía estúpido pero, a la vez, conmovido. Sus palabras pretendían ser duras, firmes, sin embargo, sus ojos decían todo lo contrario. O eso quise creer. Quizá esa desesperanza que veía en el brillo de sus pupilas era solo lástima por mí.

Asintió. Ni siquiera lo verbalizó.

Genial.

Me levanté, salí del despacho y cerré a mi espalda. Si eso era lo que quería, yo no podía obligarla a hacer lo contrario, por mucho que me gustara, por mucho que ya la echara de menos, por mucho que supiera que, en realidad, no parecía convencida de lo que acababa de decirme.

CAPÍTULO 41
El cazador cazado

Maya

Cuando Ander desapareció tras la puerta, me tapé la cara con las manos. Un nudo se me atragantó en las cuerdas vocales y sentí otra vez el picor en los ojos. Había estado a punto de echarme a llorar. Esa conversación había sido la más dura en varios años, con diferencia. Mentir no se me daba bien; ocultar lo que sentía, aún peor. Pero era mejor así. Mejor para él. Encontraría a una chica con quien compartir su vida sin cargas adicionales.

Una vez me convencí de nuevo de mi propio argumento, escribí a Greta. No tenía noticias suyas y empezaba a preocuparme.

Greta, ¿puedes decirme
si lo que sea que estés
tramando va bien?
Llevo encerrada todo el día
en mi despacho, no quiero

que nadie vea lo nerviosa
que estoy.

No tardó ni diez segundos en responder.

Greta:
Tranquila, todo va según
lo previsto. Nos vemos a las
siete en la entrada al bufete
de Raúl.

Vale. Espero que lleguemos
a un acuerdo, porque… si
vamos a juicio, esto se va a
poner difícil. Y no quiero

que las niñas salgan perjudicadas.

Greta:
Nadie va a salir perjudicado.
Confía en mí.

De acuerdo. Nos vemos dentro
de un rato.

Apenas eran las cinco y veinte, así que, para no pasarme una hora elucubrando acerca de lo que se me podía venir encima y de que había hecho daño a Ander, me puse a repasar varios proyectos hasta que llegó el momento de ir hacia el despacho de Raúl.

Al salir del coche, en el aparcamiento, noté con mayor fuerza el temblor de mis piernas. Fue entonces cuando entendí a Greta. Si Iker notaba que estaba tranquila, sospecharía que yo tenía algo que ver con lo que fuese que ella iba a presentar como contramedida a su acusación. En teoría, tendría que saberlo, pues un abogado y un cliente deben consultarse y estar de acuerdo en la estrategia que se vaya a llevar a cabo, pero, con sinceridad, prefería no conocer qué preparaba mi amiga, porque seguro que no era nada ortodoxo. Como abogada era una profesional que le sacaba punta a cualquier situación con la ley en la mano; como amiga era una bestia parda. Y, si se juntaban las dos, aquello podía convertirse en una salvajada.

Mientras me acercaba a la puerta del despacho, ya vi a Greta, pero también vi a Nora. Ambas me esperaban con una sonrisa.

—Nora, ¿qué haces aquí? —pregunté al tiempo que nos dábamos ese abrazo de, mínimo, seis segundos.

—Vengo como apoyo emocional —se rio.

—De eso nada, viene porque hemos hecho juntas lo que vamos a presentar —intervino Greta.

Me separé de Nora y levanté las cejas.

—Pero ¿qué narices habéis hecho? —cuestioné.

—Dame un abrazo, anda. —Greta me agarró con una sola mano, en la otra llevaba una carpeta—. Tengo toda la documentación dentro. Vamos.

Entramos directas a la sala en la que estuvimos la tarde anterior, aunque Nora se sentó en una de las sillas de la zona común.

—¿No entras? —le pregunté.

—No. En teoría, solo soy una testigo. Entraré si no hay más remedio, pero no creo que Greta necesite ayuda. —Me guiñó un ojo.

Pero ¿qué demonios habían maquinado esas dos? Y en tan poco tiempo. Solo habían transcurrido veinticuatro horas desde la reunión con Iker.

—Venga, Maya, Iker ya está dentro con Raúl —me apremió Greta.

Lancé un beso a Nora, en señal de agradecimiento por estar ahí, ya fuese como testigo o como apoyo, o por ambas cosas.

Iker y Raúl estaban sentados en las mismas sillas que el día de antes. Iker me miraba del mismo modo, frío y tenso. Raúl, en cambio, parecía tranquilo.

—Hola, Maya —saludó el marido de mi amiga.

—Hola, Raúl. Iker…

Mi exmarido solo movió un mínimo la cabeza.

—Bien. Vamos allá —dijo Greta, mientras yo tomaba asiento. Ella, sin embargo, se agachó bajo la mesa y cogió una caja de cartón, que depositó sobre la mesa con más estruendo del necesario. Se quedó de pie, con las manos apoyadas sobre la tapa —. Iker, ¿sigues con la idea de cambiar la custodia de vuestras hijas?

—Por supuesto. Raúl ya ha redactado el documento para presentarlo en el juzgado —contestó con seguridad.

—De acuerdo. —Greta levantó la tapa y empezó a sacar diferentes carpetas, también de cartón marrón—. Aquí —colocó una de ellas sobre la mesa— hay pruebas de que no pasas ninguna tarde con tus hijas —expuso. Cogió otro archivador—. Aquí hay pruebas de que apenas pasas un par de horas con tus hijas los fines de semana que están contigo —siguió.

—¿De qué estás hablando, Greta? ¿Qué significa esto? —Iker me miró con una furia que jamás le había visto hasta la tarde anterior.

—No lo sé… —Me encogí de hombros, tan sorprendida como él.

—No, ella no sabe nada. He sido yo quien te ha seguido desde que te vi entrar en el portal de tu piso con una chica. Era una tarde, sobre las seis, de una semana que tenías a las niñas contigo. En teoría. En la práctica, estaban con tus padres —aseguró Greta.

—¿Cómo? —cuestioné. Miré a Iker—. ¿No tienes a las niñas contigo? ¿En tu piso? No… No entiendo. —Desvié la vista hacia Greta.

—Eso es mentira —casi gritó Iker, con los dientes apretados.

—Ah, ¿sí? ¿No es tu madre quien recoge a las niñas del colegio cada tarde y las acompaña a merendar y al parque, para luego llevarlas a su casa, estar con ellas, bañarlas y darles de cenar, hasta que llegas tú, sobre las nueve, también para cenar, las recoges, ya en pijama, se acuestan en tu piso y las llevas al colegio por la mañana?

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso? —cuestionó Iker.

—Me lo has dicho tú. —Greta abrió una carpeta y empezó a lanzarle varias fotografías en las que aparecían las niñas con su madre, en la calle, en el parque, en una cafetería; también a él al salir del gimnasio, entrar en su portal, a veces solo; otras, acompañado; salir de nuevo, cambiado, en dirección a casa de sus padres, que vivían en la misma calle, a menos de doscientos metros.

—¿Me has seguido? —cuestionó mientras cogía una foto detrás de otra.

—Oh, vaya, el cazador cazado —se mofó Greta.

—Eres… eres…

—No lo digas, Iker. Porque te juro que cojo la pala que tengo en el coche y te entierro en la puta montaña —lo interrumpió mi amiga.

—Greta —la advirtió su marido, que no había abierto la boca en toda la reunión.

—Esto no significa nada, pueden estar trucadas, modificadas. Ser del mismo día y convertirlas en lo que quieras. Voy al gimnasio de vez en cuando…

—Ah, entonces, ¿admites que las fotos que le hicieron a Maya también pueden estar retocadas?

—No. Esas son reales, se puede comprobar.

—Estas también —aseguró Greta—. Vas al gimnasio a diario, cuando sales del banco, alrededor de las cuatro de la tarde. No ves a tus hijas hasta las nueve, que las pones a dormir. Lo único que haces es levantarlas, darles el desayuno y llevarlas al colegio. Hay

fines de semana que, incluso, las niñas pasan la noche en casa de tus padres, porque su puñetero padre se va de copas.

Yo no daba crédito, miraba las fotografías una y otra vez, escuchaba las palabras de Greta con respecto a Iker como si se refirieran a otra persona.

—Entonces —notaba la boca seca, las palabras se me pegaban al paladar—, ¿por qué quieres la custodia exclusiva si no estás con ellas? —Levanté la vista hacia el que había sido el amor de mi vida desde los años universitarios. No lo reconocía.

Se quedó en silencio.

—Para hacerte daño, Maya. Ni más ni menos. Y porque es un capullo —soltó Greta.

—Pero ¿por qué? ¿Ahora, después de dos años divorciados? No lo comprendo. —Seguía sin poder creer la situación.

—Porque, hace unos meses, empezaste a salir, a divertirte, a vivir, como cualquier mujer. Hasta hace poco, te dedicabas a trabajar y a cuidar de tus hijas; ni siquiera salías cuando no estaban contigo, a no ser que fuese con Nora y conmigo —argumentó Greta.

—¿Es eso cierto? —cuestioné.

—Eres madre. No deberías andar por ahí… *fulaneando* —confesó Iker.

—También es una mujer joven, atractiva y dueña de su vida, imbécil —soltó Greta.

—Esto es increíble —murmuré.

No me entraba en la cabeza. No conseguía entenderlo.

—¿Qué quieres hacer, Maya? —preguntó Raúl.

Levanté la cabeza de entre mis manos y lo observé. Raúl lo sabía. Sabía todo lo que iba a exponer su mujer. Quizá hasta la ayudó. Sonreí con desgana.

—Quiero que acompañes a tu cliente a casa de sus padres y recojáis a mis hijas para traerlas aquí —contesté con firmeza. Desvié la vista hacia Iker, que seguía sumido en las fotografías—. Las niñas se quedarán conmigo hasta que tome la decisión con respecto a tu demanda, pero no esperes que sea benevolente, ya no —sentencié.

CAPÍTULO 42
Sin corbata

Ander

Las siguientes semanas fueron poco menos que un calvario. Los días se me hacían eternos en la oficina, pasaba de un estado anímico a otro sin ton ni son. La puerta del despacho de Maya siguió cerrada a cal y canto; fue entonces cuando mis compañeros empezaron a inquietarse, pero no se atrevían a preguntarle si ocurría algo. Yo no sabía qué pensar. Me parecía una forma exagerada de llevar nuestra… ¿ruptura? Ni siquiera habíamos empezado en serio. Eso era lo que me repetía una y otra vez cuando me sentía frustrado o pensaba en ella a todas horas. Aunque lo cierto era que estaba preocupado, no parecía la misma en las reuniones de departamento o cuando nos cruzábamos por los pasillos. Nuestras conversaciones eran solo profesionales, cortas y sin apenas mirarnos. Sus gestos ya no eran enérgicos, ni sus sonrisas tan amplias como antes.

Dejé de ponerme corbatas, porque, cada mañana, cuando la anudaba, me recordaba su mirada traviesa, sus palabras provocadoras. Como ya hacía frío, mi excusa de llevar jerséis no pareció rara para mis compañeros, aunque Lucas no dejaba de meterse conmigo por haber perdido la esencia de mi atuendo.

Me centré en el trabajo, en mi familia, en el deporte y en salir con los amigos de Lucas. Además, coincidí con un par de chicos en el gimnasio y empecé a ir a tomar algo de vez en cuando con ellos.

Pero era prácticamente imposible sacarme a Maya de la cabeza. Cada noche, al acostarme, pensaba en ella, sobre todo porque no entendía que se comportara de forma tan distinta a como cuando la conocí, incluso en la oficina. No me atrevía a preguntarle a mi hermano si sabía algo, pues, en teoría, Maya solo era mi jefa y hacía

poco más de tres meses que teníamos trato profesional. Aparte de que Martín dejó de preguntarme cómo llevaba el trabajo a medida que vio que me integraba sin problemas.

Llegó mediados de diciembre y, con él, mis padres. Mi madre no consintió quedarse en el piso de ninguno de sus hijos, prefirió alquilar una pequeña casa a las afueras de la ciudad para su estancia durante un par de semanas.

—No pienso interferir en la vida de mis hijos ni que ellos lo hagan en la mía —fue su respuesta.

Y ya no hubo más que hablar.

Bueno, eso era un decir, porque una tarde de aquellos primeros días, se presentó en mi piso, con la excusa de que se lo enseñara, para hacerme un tercer grado.

—No has vuelto a contarme nada acerca de la chica que te gusta —dijo, como si el tema fuese lo más normal del mundo.

Era cierto. En mis posteriores llamadas había evitado comentar cualquier detalle que hiciera referencia a Maya.

—Bueno, la cosa no salió bien —contesté, escueto.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió? —No iba a darse por vencida, lo tenía claro.

—Ella decidió cortar la relación antes de empezar más en serio. Me dijo que no le parecía correcto que saliéramos, dadas nuestras circunstancias.

—¿Circunstancias?

—Ya sabes; edad, trabajo y posición dentro de la empresa. —Me encogí de hombros.

—Entiendo. Y, ¿cómo estás? Te veo un poco… apagado. —Por supuesto, era mi madre y se daba cuenta de cualquier cambio en sus hijos, por muy lejos que viviera de ellos y a pesar de haber intentado disimular.

—Bueno, estoy. Si te soy sincero, no pensé que me afectara tanto. Al principio sí, incluso me enfadé. —Alzó las cejas—. Ya, no me siento orgulloso. Pero, con el paso de los días, empecé a echarla de menos, a pensar demasiado en ella, a cavilar una forma de convencerla, a… No lo sé, mamá.

—A darte cuenta de que estás enamorado —atajó mi madre.

Inspiré hondo.

—¿Es posible que ocurra en tan poco tiempo?

Mi madre soltó una carcajada.

—Y en menos. Dicen que los flechazos no existen, yo creo que no es verdad.

—Lo más jodido es que la veo a diario y, aunque no hablemos de nada personal, se me remueve algo por dentro cada vez que oigo su voz.

—Y, ¿cómo está ella?

—No lo sé, pero te aseguro que no es la misma de antes.

—¿También está apagada?

—Y preocupada. Creo que tiene algún otro problema, familiar o personal, no lo sé, pero estoy convencido de que le ocurre algo.

—¿Por qué no le has preguntado?

—No lo sé, no… me ha parecido correcto, después de que me dijera que nuestra relación sería estrictamente profesional.

—Podrías preguntarle como compañero, como amigo. ¿No lo haces con el resto?

—Sí, lo hago. Pero no sé si sería capaz de aguantar que me contestara que no es asunto mío.

—No creo que lo hiciera.

—No la conoces, mamá —sonreí sin ganas.

—Sé lo que me has contado.

—Ya. ¿Podemos dejar el tema?

—Está bien. —Levantó las manos en señal de rendición.

Sabía que volvería al ataque antes de regresar a Nueva York. Igual que ella nos conocía a nosotros, yo la conocía a ella.

A un par de días de las vacaciones de Navidad, decidí que le preguntaría a Maya, aunque no sabía cómo hacerlo sin que pensara que la observaba a escondidas. Si le decía que la notaba triste y preocupada, entendería que seguía pendiente de ella.

Pero a los pocos minutos de estar sentado en la silla de mi escritorio, apareció Martín.

—Buenos días, chicos. Maya no vendrá hoy. Tiene un tema personal que resolver. Para cualquier duda o problema, pasad por mi despacho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, jefe. —Lucas levantó el pulgar.

—Deja de llamarme así —rio mi hermano—. Me da urticaria.

Estuve a punto de preguntarle si conocía la índole de ese asunto particular de Maya, pero me quedé callado. Sin embargo, un par de horas después, me presenté en su despacho.

—¿Qué pasa, Ander?

Cerré la puerta y me acerqué a la mesa.

—¿Sabes qué le ocurre a Maya? —pregunté sin rodeos.

—Ya pensaba que no vendrías nunca a preguntar por ella. —Alzó una ceja. Su rostro me mostró una mueca estúpida.

Arrugué el ceño.

—Mamá… —Caí en un segundo—. Menuda bocazas.

Se echó a reír con ganas.

—Solo está preocupada por ti. ¿Por qué no me has contado lo de Maya?

—Ella no quería que lo supieras, le daba… reparo.

—Aquí no hay ninguna norma que diga que no se pueden establecer relaciones personales si se cumple con el trabajo —expuso.

—Pero ella piensa que soy demasiado joven.

—Ya.

—No es la misma de antes, y no creo que sea porque me dejó claro que no volveríamos a vernos fuera de la oficina.

—Bueno, no soy quien para contarte sus asuntos, deberías preguntárselo a ella.

—No voy a hacer eso.

—Lo imaginaba. —Tomó aire—. Vale, solo te informaré de que tiene un problema con el padre de sus hijas y la custodia de estas.

—Joder… —bufé—. Sabía que le pasaba algo. —Me recliné en la silla.

—Sobra decir que yo no te he explicado nada.

—Sí, ya, claro. Pero ¿lo está solucionando? ¿Sabes…?

—Ander, eres mi hermano y te quiero —me interrumpió—, pero no puedo decirte más. Es un tema privado de Maya.

Volví a soplar. Por su postura, codos apoyados sobre la mesa y los dedos entrelazados, entendí que no iba a sonsacarle información,

así que me di por vencido. Tenía razón, no era una cuestión para soltársela a cualquiera, ni siquiera a mí, que era su hermano y, además, había tenido una relación estrecha con ella.

—De acuerdo. Lo comprendo —asentí.

—Bien. Ahora, vuelve al trabajo y no te preocupes por Maya, ha salido airosa de otras situaciones parecidas.

—Sí, lo sé. —Me levanté—. Gracias por todo, Martín.

—De nada. Sería estupendo tener a Maya de cuñada —soltó con una risita.

—Vete a la mierda.

Esta vez, esa sonrisa de imbécil se convirtió en una carcajada de lo más escandalosa. En cuanto salí de su despacho, supe que mi hermano me ocultaba algo.

CAPÍTULO 43
Para flipar

Maya

Tuve que mentir a mis hijas de por qué, de momento, no volverían a casa de su padre; más bien, a casa de sus abuelos. Jamás habían mencionado que, prácticamente, vivían con mis exsuegros. Imaginé que, al dormir en el piso de Iker, ya les valía como eso, por lo que no las quise sacar de su error.

Al parecer, Iker les había contado a sus padres la milonga de que trabajaba horas extras para llegar a fin de mes, puesto que, con el divorcio, necesitaba más dinero para mantener a las niñas y pagar el piso. Sería lógico si fuese verdad. Pero no. El tío dedicaba esas horas a ir al gimnasio, tomarse unas cañas con compañeros o follarse a alguna amiga. Que me parecería bien si no fuese porque no diferenciaba entre las semanas que tenía a las niñas y las que no. Entendía que tuviera necesidad de disfrutar de tiempo libre, pero a costa de no pasarlo con sus hijas… pues no.

¿Para qué demonios quería entonces la custodia? Greta dio en el clavo. Para joderme. Sabía que, para mí, las niñas eran lo más importante, lo primero de mi lista de prioridades, y que no aceptaría por las buenas verlas un fin de semana cada quince días, así que el muy cretino pretendía que dejara de salir a cambio de mantener la custodia compartida. Que me comportara como una madre de verdad. ¿Había algo más estúpido y mezquino por parte de un padre? ¿De alguien que hacía lo que le salía de los huevos mientras dejaba a sus hijas al cuidado de los abuelos? No podía entenderlo. No había por dónde cogerlo.

Con todos los documentos sobre la mesa, tanto los que habían recopilado Greta y Nora y el puñetero informe del detective de Iker,

no tardamos en convencer a mi ex de que, si llegábamos a juicio, lo íbamos a destrozar vivo. Sin embargo, insistió en buscar otro abogado, puesto que Raúl no estaba dispuesto a representarlo en ese asunto. Temí que encontrara a alguien que lo aceptara, no por miedo a que ganase, sino por el lío en que nos meteríamos y el tiempo que perderíamos para nada. Greta lo tenía claro. Y, además, había grabado todas las conversaciones que tuvimos en el despacho de su marido. Incluso, me contó que, junto a las fotografías, tenía una grabación con la madre de Iker, que no quiso utilizar para no meter a la mujer en un problema con su hijo. Cuando empezó a seguir a Iker, se hizo la encontradiza con mi exsuegra, y Carmen le contó con mucha pena que, desde el divorcio, su hijo trabajaba muchísimas horas, que el pobre no tenía tiempo para nada, que apenas podía ver a sus hijas, y que ella lo ayudaba en todo lo que podía, para eso era su madre. Capullo.

Pasé dos semanas con los nervios de punta, mientras Iker buscaba a otro abogado. Y, además, me sentía culpable por lo que había hecho con Ander. Sí, solo había cortado con él, pero… es que no hubiera querido dejar de verlo. Era la primera vez que me sentía a gusto con un hombre. Ander me hacía reír, me escuchaba, teníamos una conexión que me hacía sentir viva, era un hombre interesante, divertido… Y, en la cama, joder… Pero no podía ser. Estábamos a años luz el uno del otro.

Decidí cerrar la puerta de mi despacho en la oficina por dos razones: la primera, no quería que nadie me viera en ese estado de nervios, de frustración, de tristeza, de rabia…, y segunda, no era capaz de dejar de observar a Ander. Cuando nos reuníamos todo el equipo, intentaba no mirarlo, hablar de la forma más profesional posible, sin tartamudear incluso. Me fijé en que dejó de ponerse camisa y corbata; en su lugar, vestía jerséis de diferentes tipos, pero eso no le quitó ni una pizca de atractivo. Sin embargo, en su rostro se reflejaba una seriedad poco habitual en él; ya no sonreía tanto, al menos, cuando yo estaba delante. En cambio, lo oía reír con los demás. Eso me reconfortó de alguna manera. Estaba convencida de que, con el tiempo, llegaríamos a tener una relación laboral menos

tensa. Eso era precisamente lo que quería evitar cuando empezamos a vernos, pero, al parecer, se nos había ido un poco de las manos.

Iker dio señales de vida casi tres semanas después de habernos reunido en el despacho de Raúl. Nos convocó para informarnos de su decisión. Greta y yo nos presentamos en el bufete de su marido, como las veces anteriores, aunque nos extrañó que Iker quisiera que fuese allí; pensé que nos indicaría la oficina de su nuevo abogado. Sin embargo, cuando llegamos, estaba solo con Raúl.

—Creo que es mejor que te quedes tú con la custodia exclusiva de las niñas —expuso, incluso antes de que pudiéramos acomodarnos en las sillas.

—¿Cómo? ¿Has pasado de quererla tú a dármela a mí? ¿Dónde está la trampa? ¿Qué pretendes? —pregunté de corrido. Ya no me fiaba ni un pelo de él.

—No estoy hecho para ser padre —atajó—. Y menos, padre soltero.

—Flipo… Todo lo que has montado, todo lo que he sufrido estas semanas, ¿para esto? —Miré a Greta, en un intento de que me indicara cómo proceder. Tenía la boca tapada con la mano, pero se veía a la legua que se estaba aguantando la risa.

—No hay trampa. Te concedo la custodia. Acordaremos un importe de manutención y, si hay algún gasto extra, lo compartimos —siguió Iker, como si aquello fuese un mero trámite.

—Y, ¿no quieres ni siquiera verlas algún fin de semana? —cuestioné.

—Sí, sí, eso sí. Visitas, vacaciones, lo que tú creas conveniente.

—¿Yo? También son tus hijas.

—Ya, pero a mí no se me dan bien este tipo de asuntos. Prefiero que pongas tú las condiciones.

Si no hubiera estado sentada, me habría caído de culo al suelo.

—¿Hablas en serio? —quise asegurarme.

—Por completo.

—¿Dónde está tu abogado? ¿Eso es lo que te ha recomendado?

—No ha hecho falta. Me he dado cuenta en estas semanas de que estarán mejor contigo. Yo… no…

—Que prefieres vivir a tu rollo, sin la responsabilidad de implicarte en el cuidado de tus hijas, vamos —intervino Greta con sarcasmo—. Pagas una cantidad y que se encarguen los demás. Muy bien, Iker, con dos cojones. Esto ya lo sabía yo.

Miré de nuevo a mi amiga. Asentía mientras sonreía de lado. Volví a girarme en dirección a mi ex.

—¿Es eso? ¿No quieres interactuar con ellas, verlas crecer, ser parte de su vida?

Iker inspiró en profundidad y luego expulsó el aire poco a poco.

—Lo siento, Maya. No me gusta el papel de padre, me… ahoga demasiado —confesó—. Cuando las tuvimos, tú te encargabas de todo, yo pasaba ratos con ellas, pero lo cierto es que no me sentía satisfecho. Nos divorciamos por eso, ¿recuerdas?

—La madre que me parió… —susurré—. Y, ¿por qué no lo dijiste entonces? Podríamos haber acordado este tipo de custodia desde el divorcio.

—Me daba reparo. No quería darte la razón en cuanto a que hacía lo mínimo. —Sus ojos ya no estaban cargados de esa rabia de la última vez. Parecía avergonzado pero, a la vez, esperanzado—. No me malinterpretes, las quiero, son mis hijas, pero… no soy capaz de asumir esa responsabilidad.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo estoy.

—Entonces, no hay nada más que hablar. —Me dirigí a Raúl—. Prepara el documento para el cambio de custodia y de las cuotas correspondientes por ley como importe de manutención. —Volví a fijarme en Iker—. Lo firmamos y lo presentamos en el juzgado. ¿Te parece bien así?

—Me parece bien. Lo que tú digas.

—Bien. Ya te puedes marchar, Iker.

—De acuerdo. —Se levantó de la silla—. Lo siento, Maya. —Y se fue. Sin más.

—Os juro que estoy flipando —dije cuando se cerró la puerta.

—Yo no —respondió Greta—. Lo vi en cuanto tuvisteis a Ana.

—Coño, ¿y no podías habérmelo dicho? —le recriminé.

—¿Y meterme en una relación de pareja? Ni de coña. Aunque seas tú, Maya. Con total seguridad, habríamos acabado discutiendo, o peor.

Cerré los ojos.

—Tienes razón. No hay más ciego que el que no quiere ver —sentencié.

CAPÍTULO 44
Algo menos de tensión

Ander

Las vacaciones de Navidad fueron muy distintas a las últimas semanas de trabajo; se me pasaron volando entre comidas familiares y visitas por la ciudad en compañía de mis padres y mis sobrinos. Martín agradeció que nos lleváramos a los niños de vez en cuando para pasar unas horas a solas con Belén. Lo entendía, no debía de ser fácil llevarlo todo adelante, pero yo estaba encantado y mis padres, aún más.

No volví a preguntar a mi hermano por Maya, ya me había dejado claro que no tenía intención de contarme nada al respecto; por eso me extrañó que, en Nochebuena, mientras preparábamos la mesa en su casa para cenar todos juntos, me soltara:

—Maya y su ex han llegado a un acuerdo. Las niñas se quedan con ella, en custodia exclusiva.

Me detuve en seco.

—¿Cómo? ¿Su ex ha renunciado a la custodia compartida?

—Eso parece. Y no preguntes más, ya sabes lo que pienso acerca de ello. —Me guiñó un ojo.

Al menos, era una buena noticia. Sabía lo que Maya sentía por sus hijas y estaba seguro de que lo había pasado mal por ese tema. A la vista estaba su cambio de ánimo y actitud de las últimas semanas.

Me alegré por ella y esperaba que hubiera recuperado su alegría y esa fuerza que la caracterizaba, y de la que yo me había pillado desde el primer momento en que la vi. Ya lo tenía claro.

Con el paso de los días, me encontré un poco más tranquilo. Quizá se debiera a que, durante esas vacaciones, no la vi; aunque

eso no quería decir que, cada noche, cuando me acostaba, en el silencio y la solitud de mi habitación, no pensara en ella. Eso aún no lo había conseguido.

La primera mañana que volví al trabajo, todo fue saludos, comentarios, anécdotas y risas con mis compañeros. Maya llegó unos minutos después; sus pasos no eran tan contundentes como al principio, pero nos saludó con una sonrisa más amplia que antes de Navidad. Supuse que haber cerrado el asunto de sus hijas con su ex la dejó tranquila. Sin embargo, se metió en su despacho y, aunque no cerró del todo, dejó la puerta entornada.

Algo era algo.

La reunión fue mejor, distendida, hecho que me relajó, pues empezaba a pensar que a Maya le molestaba tenerme en su departamento. Incluso, en alguna ocasión, había pensado en decirle a Martín que me trasladara si había alguna persona en la empresa con la que poder intercambiar mi puesto. Parecía que no sería necesario. Maya me preguntó directamente cuestiones de trabajo, de agenda, de previsiones… Eso sí, siempre delante de otros y de una manera demasiado profesional para lo que me había acostumbrado al tratar con ella. Pero entendí que esa debía ser nuestra dinámica. De hecho, se comportó de igual modo con el resto.

El viernes de esa semana de trabajo, cuando salí de la oficina a primera hora de la tarde, recibí la llamada de un número que no conocía.

—Dígame —contesté.

—Hola, Ander. Soy Nora, la amiga de Maya.

—Eh… ¿Nora? —Me dio un vuelco el corazón. ¿Le habría pasado algo a ella? Aunque, si así fuese, ¿para qué llamarme a mí?

—Sí, nos conocimos en la terraza de un bar en la calle…

—Sí, sí, te recuerdo.

—Perdona, le he pedido tu número a Martín —explicó.

—¿Conoces a mi hermano?

—No somos íntimos, pero sí, hemos coincidido en algún cumpleaños de Maya y, además, mi marido juega al pádel con él de vez en cuando.

—Entiendo.

Recordé que Martín me invitó alguna vez a ir con él, pero no era un deporte que se me diera bien, prefería hacer otras cosas.

—Necesito hablar contigo —continuó.

—¿Conmigo? ¿De qué? —Cada vez me parecía más extraña la situación.

—De Maya.

CAPÍTULO 45
Encerrona

Maya

Tras la primera semana de trabajo, después de las vacaciones, me sentí mucho mejor. Las niñas acabaron de instalarse en casa esos días festivos. Ellas empaquetaron todo lo que tenían en casa de su padre e Iker lo trajo hasta mi portal con el coche. Apenas intercambiamos un par de palabras. Yo aún seguía un tanto indignada por su comportamiento, pero había decidido no discutir.

Por supuesto, seguimos con la historia de que él debía trabajar muchas horas, por eso se trasladaban de manera definitiva a casa, y su padre las vendría a buscar algunos fines de semana para estar con ellas. Eso sí se lo dejé claro a Iker; si las recogía para llevarlas con sus padres, más valía que ni se molestara en aparecer. Él prometió que así lo haría. El tiempo nos daría la razón a uno u a otro.

El jueves, mi madre me llamó para decirme que el viernes por la tarde irían a recoger a las niñas al colegio y las llevarían a merendar. Ambos se quedaron igual de sorprendidos que yo al saber lo que ocurrió con Iker, así que, de vez en cuando, me ayudaban con ellas por si yo tenía que hacer algún recado o salir a tomar un café con mis amigas, que también tenía derecho a disfrutar de unas horas libres. No me opuse; lo cierto era que necesitaba un descanso.

Chicas, ¿quedamos un rato
mañana por la tarde?

Nora:
¿Un café?

Greta:

O una cerveza. Me apunto.

Nora:
Cuenta conmigo.

Quedamos en una cafetería cerca del centro de yoga de Nora, cosa que agradecí porque hacía un frío del demonio y ese local siempre tenía un ambiente cálido y cómodo. Llegué con las manos y la nariz casi congeladas.

—Qué ganas tengo de que llegue la primavera —dije mientras me quitaba el abrigo, los guantes y la bufanda.

Mis amigas ya estaban allí, sentadas a una mesa, junto a la ventana.

—Pues esto no ha hecho más que empezar, querida —respondió Greta.

—Calla, no me lo recuerdes. ¿Qué tal estáis?

—Bien.

—Genial.

Respondieron a la vez, aunque su tono sonó a respuesta estándar.

—¿Ocurre algo? —pregunté, al tiempo que las miraba a una y a otra.

—No. La cuestión es cómo estás tú, cómo llevas todo lo que ha ocurrido, ahora que ya están las niñas en casa —respondió Nora.

—Estoy bien, chicas, de verdad. Mucho más tranquila. Todo está en orden, claro y calmado. Ya no tengo que preocuparme por cambios de casa, ni de Iker. No acabo de entender su postura, pero es la que tiene, así que, por mí, como si no aparece nunca más, aunque eso sería un desprecio hacia sus hijas. Hecho que, al parecer, se la suda.

—A veces pienso que le ha dado algún tipo de crisis de los cuarenta —intervino Greta—, pero luego pienso en las reuniones que tuvimos y se me pasa. Es un jodido gilipollas.

Me reí por lo bajo.

—Pues esa crisis le viene desde los treinta, ya te lo digo. —Miré en dirección a la barra y levanté la mano para pedirle al camarero un café con leche.

Cuando volví la vista hacia el frente, mis amigas me miraban con una sonrisa franca.

—Me alegro de que te encuentres bien —dijo Nora.

—¿Seguro? —dudó Greta.

—Sí, todo bien —asentí.

—Y, ¿qué tal con Ander? —preguntó Nora.

Noté que la sonrisa desaparecía de mis labios y que un nudo se agarraba a mi pecho.

—No lo sé. No encuentro la forma de volver al buen rollo que teníamos en la oficina, me da miedo que piense que quiero volver a… bueno, a estar juntos —confesé.

—¿No quieres?

—Tampoco lo sé. Ha sido todo muy complicado.

—Déjame decirte algo, amiga —Greta me miró a los ojos—: lo has complicado tú.

—Lo sé.

—Vaya, algo que sí sabes —se burló.

—Eres muy perra cuando quieres —contesté con un amago de sonrisa.

—En eso tienes razón. —Me guiñó un ojo.

—Pero ¿qué sientes? —insistió Nora.

—Que he perdido la oportunidad de conocer a alguien estupendo —confesé. Justo en ese instante, el camarero dejó una taza frente a mí. Levanté la vista—. Graci… —no pude acabar la palabra, se me cortó la respiración—. Ander…

—Hola, Maya —saludó con una leve sonrisa.

—Nosotras nos vamos para que podáis hablar —anunció Greta. La miré con el ceño fruncido—. Yo no he sido —levantó las manos—, te lo juro.

—Lo he llamado yo —atajó Nora—. Espero que tengas el valor de decirle todo lo que nos has confesado a nosotras durante este tiempo.

Ambas se levantaron de las sillas y recogieron sus pertenencias, mientras yo las miraba con los ojos muy abiertos y el corazón al galope en las sienes.

—Adiós, Ander. —Greta le guiñó un ojo.

Nora solo le dio un apretón en el brazo.

—Adiós, chicas. Y gracias —se despidió él.

Yo seguía sin emitir palabra. Ander se sentó frente a mí, en la silla que hasta hacía unos segundos ocupaba Nora.

—Ander…

—Sí, soy yo —se rio.

—Dios, lo siento. Debo de parecer idiota. Es que… no te esperaba.

—De eso se trataba. Aunque, si no quieres que esté aquí, puedo irme.

—No, no. Está bien. —Alargué la mano y la puse sobre su antebrazo, en un intento de que no se marchara.

Él pasó sus dedos por los míos. No pude evitar cerrar los ojos ante su contacto. Lo había echado tanto de menos… Había pensado tanto en la suavidad y el calor de sus manos, en su risa, en su voz… Levanté los párpados, para comprobar que seguía ahí, mirándome, con esos ojos cálidos y llenos de tantas cosas por decir. Aunque, en realidad, era yo quien tenía demasiadas palabras atragantadas.

—¿Cómo te encuentras? He estado un poco preocupado por ti. Tuve que preguntarle a Martín si sabía lo que te ocurría. Solo me dijo que tenías problemas con tu ex por la custodia de tus hijas. —Su voz sonó tranquila pero también inquieta.

—¿Nora no te ha contado nada?

—Bueno, algo sí —sonrió.

—Ya —imité su gesto—. Han sido unas semanas un poco duras, pero ya está todo en su sitio. —No quería perder ni un minuto con él hablando de Iker—. Lo que en realidad me agobia es no saber cómo arreglar las cosas contigo.

—¿Qué cosas?

—En primer lugar, nuestra dinámica en la oficina. Sé que es culpa mía, pero me resulta difícil mirarte a los ojos sin que se me note que… sigo pensando en ti.

—Yo también pienso en ti, Maya. —Apretó su agarre en mis dedos—. Nunca he dejado de hacerlo.

—¿No estás enfadado conmigo?

Negó con movimientos lentos.

—Quizá al principio, porque no entraba en mis planes renunciar a ti, pero no podía obligarte a intentarlo.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Sigues queriendo que… lo intentemos?

—¿Por qué crees que estoy aquí? Quiero que me hables, que me cuentes lo que te preocupa, lo que sientes. Quiero estar contigo. Y, si en un futuro no sale bien, que sea por nosotros, por lo que sentimos o dejamos de sentir, pero no por algo ajeno. —Se detuvo un momento—. Bueno, todo lo que tenga que ver contigo no es ajeno, creo que me he expresado mal…

—Te he entendido a la perfección. No volveré a cortar por lo sano por pensar en lo que yo creo que es mejor para ti.

—Te lo agradecería —se rio—. Me da igual que trabajemos juntos, que seas mi jefa, que seas mayor que yo, que tengas dos hijas… Eso forma parte de ti y, por lo tanto, lo acepto, porque me gustas tú, con todo lo que conlleva.

—¿Y si algún día quieres ser padre?

—Maya, ¿de verdad es necesario hacer planes a tan largo plazo?

—No lo sé. Me da miedo que, llegado el momento, tengamos ese problema.

—Y yo estoy convencido de que lo solucionaríamos. Deja de preocuparte.

—Vale —asentí—. Tienes razón, pienso demasiado.

—Creo que sí —sonrió.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Qué te parece retomarlo donde lo dejamos?

—Me parece bien.

Ander se levantó de la silla y se sentó en la que había junto a mí, yo no pude evitar observar cada uno de sus movimientos; había estado tan ocupada evitándolo que había olvidado cómo me encantaba mirarlo. Me recorrió la cara, la barbilla, la sien, con los dedos.

—¿Puedo… besarte? —susurró sin apartar sus ojos de los míos.

Afirmé despacio. Sentía el corazón a punto de estallar, el hormigueo de su caricia se expandió por cada centímetro de mi piel,

mientras acercaba su boca a la mía. Cerré los ojos en cuanto noté su tacto en mis labios. Nos besamos despacio, en busca de reconocernos, de encontrarnos de nuevo. Sin esa tensión desmedida que a veces nos invadía.

—Pensé que nunca volvería a sentirte —murmuró.

—Yo también.

Me acogió entre sus brazos, me apoyé en su pecho y el aroma de su piel envolvió todos mis sentidos. Aferré mis dedos a su jersey de lana y me di cuenta de algo. Levanté la vista hacia su rostro.

—No llevas corbata —observé.

Soltó una pequeña carcajada y me besó la nariz.

—El lunes volveré a ponérmela —prometió.

EPÍLOGO
Tres años después

Maya

Ana y Elena construían un castillo… bueno, más bien, parecía una fortaleza por semejante tamaño, con la arena húmeda de la orilla, tal y como Ander les había enseñado días atrás. Yo las observaba sentaba en una silla de playa, bajo la sombrilla. Habían crecido mucho y muy rápido.

No sabía si solo me ocurría a mí o, de verdad, el tiempo había tomado una dimensión distinta en los últimos años. Lo cierto era que los días parecían tener apenas unas cuantas horas, incluso en vacaciones, cuando ni siquiera íbamos a trabajar, ni ellas, al colegio. Pasábamos las veinticuatro horas juntos y, aun así, me parecían pocas. Todo era así desde que Ander se trasladó a vivir con nosotras, un año después de aquella tarde en la cafetería.

Odié a mis amigas por la encerrona, sobre todo a Nora, que fue la artífice y la ejecutora de la idea, pero también las amé por la misma razón. Me brindaron la oportunidad que yo había echado a perder por decidir en nombre de Ander, a pesar de no estar de acuerdo conmigo misma. Nadie se escapa de cometer errores. Y yo había cometido unos cuantos.

Iker fue el más grande y absurdo. Pensé que, con los años, se le pasaría esa crisis suya, pero fue al revés. El transcurso de los meses dio la razón a Greta. El padre de mis hijas disminuyó sus visitas en lugar de aumentarlas. Ya apenas las veía una tarde de fin de semana al mes. Era algo que seguía sin entender, pero a lo que me había acostumbrado, igual que las niñas; no les quedó más remedio. Tuve que explicarles el verdadero motivo por el cual su padre no pasaba tiempo con ellas cuando empezaron a preguntar demasiado

por el tema. No lo entendieron, como es lógico, pero acabaron por aceptar que las personas tenemos distintas prioridades en la vida.

Aproveché esa conversación para explicarles que salía con alguien desde hacía seis meses. Abrieron tanto los ojos por la sorpresa que pensé que se les saldrían de las cuencas.

—¿Tienes novio, mamá? —preguntó Elena.

—Podría decirse que sí.

—Se nota. Ya no estás tan triste como antes —argumentó.

—Ah, ¿no? —Me asombró que estuviera tan atenta a mi estado de ánimo.

Negó con vehemencia con un movimiento de cabeza.

—Y, ¿cómo se llama? —Esa fue Ana.

—Alexander, aunque todos lo llaman Ander.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Es guapo?

—¿Vivirá con nosotras?

—¿Él también tiene hijos?

—¿Sabe jugar a piedra, papel o tijera?

—¿Sabe patinar?

—¿De qué color tiene el pelo?

…

La retahíla de preguntas se extendió durante más de una hora. Intenté responderlas de la mejor forma, con prudencia, escueta y sin dar demasiados detalles, pues era la primera vez que les hablaba de Ander.

—¿Podemos conocerlo? —dudó Ana.

—¿Crees que le gustaremos? —cuestionó Elena.

—¿Por qué no ibais a gustarle? —Me extrañó esa pregunta.

—A papá no le gustamos —contestó Ana. Ambas se miraron durante un segundo. Supuse que habrían hablado entre ellas del asunto.

—El problema lo tiene vuestro padre, no vosotras. ¿Lo entendéis? Ninguna de las dos ha hecho nada para que él prefiera hacer otras cosas. No es culpa vuestra.

Tuve que repetir esa frase muchas más veces de las que me hubiera gustado, pero no me cansaría de decirla hasta que lo

comprendieran. Esperaba que el comportamiento de Iker no provocara una grieta en su autoestima.

En cambio, conocer a Ander les produjo el efecto contrario. Conectaron en menos de cinco minutos. El puñetero polluelo, como lo llamaban mis amigas, se metió a mis hijas en el bolsillo en menos tiempo que a mí. Les proponía excusiones, planes de todo tipo, les contaba chistes malos… Malísimos. Pero las niñas se partían de risa, y yo, solo por eso, me enamoraba cada día un poco más de él.

Ander tenía razón. Cualquier problema tenía solución si lo enfrentábamos juntos.

Volví a centrar la vista en las niñas, que habían terminado su obra arenosa y caminaban hacia mí.

—Mamá, ¿va a tardar mucho en venir Ander? —preguntó Elena.

—No creo. Ha ido a buscar unas bebidas al chiringuito.

—Vale. Es que queremos preguntarle una cosa —anunció Ana.

—¿El qué?

—Es una pregunta para él, mamá, no para ti —me contestó.

—Ah, vale, vale —levanté las manos—, perdón por meterme donde no me llaman —bromeé.

—Mira, ahí viene. —Elena echó a correr en su dirección, a mi espalda.

Ana la siguió, y yo me di la vuelta en la silla para observarlos. Las niñas se detuvieron frente a él. Elena tenía las manos entrelazadas y las movía de un lado a otro; eso significaba que se sentía intranquila. Ana se cruzó de brazos y juntó las piernas; otra señal de inquietud. Arrugué el ceño. ¿Por qué estaban tan nerviosas?

Ander, en cambio, sonreía como siempre, pero, en un momento dado, levantó las cejas y abrió la boca. Luego, soltó la bolsa de bebidas que colgaba de su mano, se agachó y las abrazó con fuerza. No acababa de entender qué ocurría, estaban demasiado lejos para oír la conversación.

Después se soltaron y las niñas volvieron a correr hacia la orilla, sin detenerse a darme alguna explicación. Ander recogió la bolsa de la arena y caminó hacia mí, parecía contento, incluso más que de costumbre. Sonreía de oreja a oreja y negaba con la cabeza.

—¿Ocurre algo con las niñas? Me han dicho que tenían que preguntarte una cosa, pero no me han querido contar el qué —indagué cuando estuvo lo suficientemente cerca. Ander parecía un poco descolocado—. ¿Estás bien?

Metió las bebidas en la neverita que usábamos y se sentó a mi lado, en la otra silla de playa. Se quitó las gafas de sol y me miró. Tenía los ojos enrojecidos, como si se le hubiese metido algo y se hubiera rascado con demasiada fuerza.

—Las niñas me han preguntado si pueden… llamarme «papá» —dijo con la voz un tanto rasposa.

Se me elevaron las cejas hasta el nacimiento del pelo, pero también sonreí tanto que temí provocarme una contractura en los pómulos.

—Ya sabía yo que tramaban algo… —bromeé. Ander parecía realmente emocionado—. Y, ¿qué les has contestado?

—Que sí, que pueden llamarme…

—¡Papá! ¡Te necesitamos! —el grito de Elena lo interrumpió.

—Suena… bien, ¿verdad? —susurró con una sonrisa.

—Y te queda bien. —Le guiñé un ojo, mientras un escalofrío de felicidad me ponía los vellos de punta.

—¿Ves como no debías preocuparte por si quería ser padre o no? —Arrugué el ceño—. No he tenido que decidirlo, ellas —señaló a las niñas— me han elegido. Y eso es aún mejor —sentenció con los ojos a punto de desbordarse.

—Ander… —Lo abracé con tanto ímpetu que pensé que me rompería los brazos—. Te quiero muchísimo.

—Y yo, maldita sea, no sabes cómo te quiero. —Me agarró de ambas mejillas y me plantó un beso fuerte, enérgico, abrasador.

—¡Papá!

—Puajjjj, otra vez se están besando.

Nos reímos uno en los labios del otro.

—Tus hijas te reclaman, polluelo. —Sonreí.

—Este polluelo te va a dar un buen picotazo esta noche, jefa. —Volvió a darme un beso y salió a la carrera hacia la orilla, donde se arrodilló junto a las niñas.

Saqué el móvil de la bolsa de tela y apreté varias veces el botón de la cámara en su dirección. Sería una preciosa foto para colgar al lado de sus corbatas enmarcadas.

FIN

Agradecimientos

Después de casi dos años sin publicar, no sé ni cómo empezar a dar las gracias; sobre todo por el apoyo que le habéis brindado a mi vuelta. Es maravilloso sentir vuestro cariño a pesar del transcurso del tiempo. A veces se me olvida por qué publico, pero vosotras siempre me recordáis el motivo. Por todo ello, un millón de gracias.

Ojalá esta historia, en apariencia sencilla, te haya hecho sonreír y pasar un rato agradable. Es lo bonito de escribir; hacer felices a quienes se pierden entre las páginas de un libro, aunque sea por unas horas. Al menos eso es lo que creo cuando soy yo quien pasa las hojas después de una jornada llena de horarios y responsabilidades.

He dedicado esta historia a mi marido porque siempre está ahí para apoyarme en todo. Hemos luchado muchísimo para llegar hasta aquí, a este ahora en el que disfrutamos de la tranquilidad y las pequeñas cosas de la vida. Al parecer, hemos hecho un buen trabajo de equipo y el plan ha salido bien. Te quiero muchísimo, amor. A ti y a nuestra pequeña (ya no tanto) *destroyer* □.

A mi familia, por su apoyo y amor infinito. Os quiero mil.

Esta es la primera historia que publico sin la lectura cero de mi adorada Marisa. Es duro haberte perdido, mucho. Espero que, allá donde estés, te llegue todo el cariño y la añoranza que sentimos todas las personas que te queremos, pero sobre todo la gratitud de haberte conocido. Tealoviu forever, Polli.

Gracias infinitas a Tessa, María, Judith, Mónica, Niusha, Nuria y Estela. Sin vosotras, mis historias no serían las mismas. Siempre le dais la puntilla para que quede lo más impoluta posible. Sois mucho más que lectoras y/o compañeras, sois amigas.

Espero veros en la próxima, queridas kiwis.

Sobre la autora

Nací en Barcelona, un 21 de febrero de hace más de cuarenta años. Estudié una carrera de números y pasé veinticinco años trabajando en diferentes departamentos financieros hasta 2018, cuando decidí que debía cumplir mi sueño desde que era una cría. Combiné el trabajo con estudios de escritura creativa y corrección literaria durante más de cinco años; después, me lancé a escribir y no he parado de hacerlo desde entonces.

En la actualidad, sigo formándome en el campo literario y me dedico por completo a esta profesión que me hace sentir una persona plena y feliz.

Vivo junto al mar, como siempre deseé, y comparto mis días con los dos amores de mi vida: mi marido y mi hija.

«No dejes que solo sean sueños, trabaja para convertirlos en realidad».



Si quieres mantenerte al día de mis publicaciones, puedes seguirme en redes:

Elisa Mayo

@elisamayoescritora

@elisamayo_lakiwi

Otras publicaciones de la autora:

Escanea el código QR para visitar mi página de autora en Amazon.

